

January 2013

El intelectual y el poder: El discurso contestatario en Jacobo Timerman y Aleksandr Solzhenitsin

Evguenia Davenport

University of South Florida, ecausley@mail.usf.edu

Follow this and additional works at: <http://scholarcommons.usf.edu/etd>

 Part of the [Arts and Humanities Commons](#)

Scholar Commons Citation

Davenport, Evguenia, "El intelectual y el poder: El discurso contestatario en Jacobo Timerman y Aleksandr Solzhenitsin" (2013).
Graduate Theses and Dissertations.
<http://scholarcommons.usf.edu/etd/4880>

This Thesis is brought to you for free and open access by the Graduate School at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Graduate Theses and Dissertations by an authorized administrator of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.

El intelectual y el poder:

El discurso contestatario en Jacobo Timerman y Aleksandr Solzhenitsin

by

Evguenia Davenport

A thesis submitted in partial fulfillment
of the requirements for the degree of
Master of Arts
Department of World Language Education
College of Arts and Sciences
University of South Florida

Major Professor: Pablo Brescia, Ph.D.
Edurne Portela, Ph.D.
Victor Peppard, Ph.D.
Sonia Wohlmuth, Ph.D.

Date of Approval:
November 13, 2013

Keywords: Argentina, dictadura, Foucault, gulag, Rusia, Bajtín

Copyright © 2013, Evguenia Davenport

DEDICATORIA

Dedico este trabajo a mi papá, un ser fuerte y rebelde y a mi mamá, un ser dócil y sumiso.

RECONOCIMIENTOS

Me gustaría que estas líneas sirvieran para expresar mi agradecimiento más sincero y profundo a todas las personas que me han brindado su apoyo y comprensión y que han colaborado en la realización de este trabajo. En primer lugar, quiero expresar mi gratitud al director de la tesina, el Dr. Pablo Brescia por la orientación, la enseñanza y la ayuda pero sobre todo por la comprensión y la confianza que ha mostrado en mí al concederme la oportunidad de desarrollar mis ideas y el tiempo necesario para llevar a cabo mi labor investigadora. Le debo un especial reconocimiento y le tengo mucho aprecio al Dr. Brescia porque el presente trabajo no hubiera sido posible sin su constante guía y motivación.

También les quiero agradecer a la Dra. Portela, al Dr. Peppard y a la Dra. Wohlmuth por formar parte del equipo de los lectores y por toda su ayuda y colaboración brindadas en el proceso de llevar a cabo este trabajo.

Agradezco además al personal y a los colegas en el Departamento de Lenguas Extranjeras en la Universidad del Sur de la Florida por su ayuda y colaboración. No puedo olvidar tampoco a mis compañeros de despacho y los estudiantes graduados de español por mostrar su interés y su apoyo y compartir conmigo esa inolvidable experiencia.

También le agradezco de todo corazón a mi esposo por el amor, el cariño y la comprensión que me ha dado durante todos estos años.

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Abstract | ii |
| Introducción: El intelectual y el poder, enfoque socio-histórico | 1 |
| I. Síntesis del estudio y objetivos | 1 |
| II. Metodología del estudio..... | 5 |
| III. Justificación del estudio..... | 7 |
| Capítulo 1: El intelectual y el testimonio: voz al rescate de la verdad | 29 |
| I. La figura del intelectual: rescatar la voz y cuestionar el estatus quo..... | 29 |
| II. La propaganda en la zona: el discurso ideológico como herramienta de control | 38 |
| III. La narrativa testimonial: destapar la mentira y decir la verdad | 46 |
| IV. La <i>polifonía</i> : la memoria y las voces múltiples del <i>testigo colectivo</i> | 53 |
| Capítulo 2: El intelectual y la <i>zona</i> : el discurso como prisión..... | 69 |
| I. La <i>zona</i> del encuentro con la tortura: el cuerpo como espacio del dolor..... | 69 |
| II. La <i>zona</i> del encuentro con <i>el otro</i> : las víctimas y los victimarios | 89 |
| III. La jerga <i>deshumanizante</i> de la <i>zona</i> : el lenguaje como prisión..... | 95 |
| Conclusión: a modo de cierre que queda abierto: Pasado, presente y futuro: eco de discursos que se repiten | 115 |
| Bibliografía | 138 |

ABSTRACT

This thesis examines the role of an intellectual confronted with the power of a totalitarian state. It is based on a literary analysis of two literary works: *Prisoner without a name, cell without a number* by Jacobo Timerman and *Archipelago Gulag* by Aleksandr Solzhenitsyn. This work explores the dynamics manifested in the language used by an intellectual (a writer) at the level of discourse to challenge the *status quo* and question power relations established in a society with a repressive state system. The main focus of the analysis lies in establishing how social reality is reflected through discourse of an intellectual who is at the same time a writer, a former political prisoner, a witness, a victim and a judge.

Furthermore, the purpose is to examine the notion of power and its relation in respect to such concepts as discourse, literature, knowledge, state and an individual and how the existing power relations affect and contribute to construction and / or deconstruction of individual and collective identity. The thesis's particular interest consists in the transformative effect of discourse on power relations (indoctrination, dominance, collaboration, etc.) which exist within a society as reflected through literary discourse. The theoretical foundation for the analysis will be partially based on the concepts proposed by Michel Foucault in his theory of power, Mikhail Bakhtin in his literary theory and Norman Fairclough in his CDA (critical discourse analysis) theory.

INTRODUCCIÓN

EL INTELECTUAL Y EL PODER, ENFOQUE SOCIO-HISTÓRICO

Lo que busco aprehender, el diablo que trato de atrapar, es el oscuro apetito de poder que todos tenemos, la perversión del amor que es la consecuencia inevitable del poder, las delicias de la perversión cuando el poder se hace absoluto, y la espantosa convicción de que en una época en que la ciencia se ha convertido en esclava de la política hecha teología, todo eso puede volver a ocurrir.

Jacobo Timerman (*Preso sin nombre, celda sin número* 125)

I. Síntesis del estudio y objetivos

Aunque algunos historiadores y críticos literarios afirman que vivimos en la época *posdictatorial*, hay otros¹ que dejan entender que es muy difícil aceptar esa idea como un hecho porque hoy día todavía existen países devorados por la guerra y los golpes de estado recurrentes que ignoran los procedimientos legales con una audacia que sobrepasa todos los límites. Aún siguen en pie en algunos rincones clandestinos (y no tan clandestinos) del mundo regímenes y estados que se empeñan en ejercer su poder e imponer su voluntad sobre sus ciudadanos-víctimas. Apenas se escucha la voz de los que

¹Eduarne Portela en el libro *Displaced Memories: The Poetics of Trauma in Argentine Women's Writing* replantea con nueva fuerza la cuestión de que al entrar al siglo XXI los regímenes totalitarios del siglo XX siguen penetrando el cuerpo social ya magullado y estropeado de los pueblos a través de aplicar las mismas ideologías de exterminación y tácticas de manipulación que ya fueron responsables por tanto terror y violencia, guerra y represión, genocidio y muerte (24).

todavía se atreven a contraponer el poder de sus ideas y de su pluma al poder de las armas nucleares. Al parecer en la actualidad tampoco se hace muy potente la fuerza del pensamiento creativo y el brillo del intelecto de los hombres más inteligentes y educados de todos los países del mundo, comparándolos con la fuerza de las armas y la bestialidad del ímpetu primitivo de los que se mantienen en el poder y encabezan los gobiernos de dichos países. Por consiguiente, se nos hace interesante explorar en este estudio el lugar y el papel de un individuo que además es un *intelectual*² que se encuentra enfrentado al poder del *Estado*. Esa exploración se lleva a cabo a través de un análisis que echa una mirada comparativa a dos obras que examinan en detalle las complejidades de la realidad argentina de los años setenta bajo la dictadura militar y la realidad rusa bajo el régimen totalitario bolchevique en los años de la dictadura de Stalin. Las obras en cuestión son *Preso sin nombre, celda sin número*, de Jacobo Timerman, y *Archipiélago Gulag*, de Aleksandr Solzhenitsin.

En su obra Timerman cuenta su espantosa experiencia del secuestro, cautiverio y tortura mientras estuvo detenido como preso político en las cárceles clandestinas en la Argentina durante el periodo de la dictadura militar en los setenta. La obra de Solzhenitsin también puede ser identificada como un testimonio literario de un ex preso político aunque el mismo Solzhenitsin la llamó “un experimento en la investigación literaria” porque contiene no solamente las memorias y la experiencia personal del autor

²El termino intelectual se puede definir en el sentido más amplio como la figura del pensador que tiene voz pública (Foucault, *Power* xi).

sino también una investigación de los procesos sociales, políticos, históricos e incluso antropológicos de la época soviética en la historia de Rusia, una época que se sembró con las promesas de igualdad y justicia para todos los oprimidos y terminó poniendo en marcha y sosteniendo un orden y un sistema de terror estatal y genocidio interno.

Aunque estas dos obras son bastante distintas y fueron escritas en dos períodos históricos diferentes, es decir, Timerman escribió su obra en 1981 y Solzhenitsin trabajó en su obra por una década entre los años 1958-1968, ambas narran los hechos que sucedieron en Argentina y Rusia durante las épocas del terror estatal institucionalizado y apoyado por la ideología del estado. El interés de este trabajo se ubica no solamente en investigar los mecanismos del poder que sostienen y mantienen a flote el sistema totalitario pero también desea evaluar y reflexionar sobre el papel de un individuo (más precisamente, de un individuo quien a la vez es un intelectual y un escritor, como lo fueron Timerman y Solzhenitsin) que se encuentra enfrentado a esta “máquina” de represión omnipotente y todopoderosa que devora y muele a cualquier “insecto” (el término usado por Solzhenitsin) que se atreve a desafiarla o abiertamente y conscientemente o por el mero hecho de existir que, paradójicamente, en sí mismo resulta ser un tipo de crimen que merece ser castigado de la manera más dura y severa.

No es sorprendente entonces que la mayor parte de estas dos obras esté dedicada a la descripción de estos “castigos” que se les impone a los “criminales” y los “enemigos de estado” dentro del sistema dictatorial. No es sorprendente tampoco que el lenguaje que se utilice en ambas obras no sea nada ligero ni alegre: está cargado de dolor, resentimiento y a menudo de sarcasmo muy amargo aunque no se puede negar que a veces el discurso de Timerman así como el de Solzhenitsin se llena de un sentido dulce-

amargo de lirismo y compasión cuando se habla de la vida de las personas que tratan de preservar su psique y espíritu humano aun en las situaciones y circunstancias más inhumanas e inimaginables.

Cabe apuntar, en primer lugar, que el enfoque de esta investigación no será necesariamente la realidad social o el contexto histórico-político de las épocas en que vivieron Timerman y Solzhenitsin, sino más bien el análisis del discurso literario en los textos de estos dos escritores que tiene el papel de mostrar, primero, cómo esa realidad social se refleja y se revela en el discurso de un individuo que asume una identidad multidimensional de un ex preso, un escritor, un intelectual, un testigo, una víctima y un acusador, todo al mismo tiempo. En segundo lugar, el trabajo indagará en la noción del poder enfocado en las relaciones entre el discurso y diferentes vertientes de poderes que moldean y a la vez reflejan el modo de pensar y vivir cuando la realidad social de cada individuo se ubica dentro del contexto de un régimen dictatorial. Es decir, el propósito es trazar las relaciones entre entidades como el discurso, el individuo y el poder (el Estado) basándose en el análisis textual y haciendo hincapié en cómo esas relaciones afectan y contribuyen a la construcción y / o destrucción de la identidad de un individuo forzado a sobre-vivir enfrentado al poder autoritario y opresivo de una dictadura. En pocas palabras, el foco de interés particular para esta investigación aborda la tarea de contemplar la dinámica que se desarrolla en las relaciones entre fenómenos y conceptos dentro del paradigma de poderes tanto históricos como socio-culturales: *el discurso / el texto – el poder / el estado – el individuo / el intelectual.*

II. Metodología del estudio

Nadie puede ignorar que fenómenos como *el discurso / el texto – el poder / el estado – el individuo / el intelectual* forman parte íntegra de la realidad social en la que vivimos y en las últimas dos o tres décadas han encontrado una difusión extensa en las ciencias del lenguaje que a menudo recurren a los planteos teóricos obtenidos en otros campos de investigación como estudios socio-lingüísticos, histórico-filosóficos, psicológicos, étnicos, antropológicos, etc. (Bratosevich, 1: 14). Dicho de otra manera, el acercamiento al análisis literario hoy día se ejercita teniendo en cuenta la “opción polifacética”, o sea, ya se hace más y más de costumbre la integración de métodos y perspectivas diferentes que incluso ya no se restringen a un campo del análisis literario sino incorporan los métodos y los elementos del análisis socio-lingüístico, histórico, etc. (Bratosevich, 1: 14). Por lo tanto, la metodología empleada en este estudio no se basa solamente en un método sino se vale de varios métodos y perspectivas del acercamiento al análisis de los textos.

Más específicamente, el aporte teórico a los temas y objetivos del presente trabajo se ofrece a través de la combinación de métodos y teorías que pertenecen al campo de los estudios tanto socio-lingüísticos como literarios. En primer lugar el análisis se apoya en la teoría de poder de Michel Foucault que va a servir parcialmente como punto de partida metodológico y como guía para llevar a cabo la investigación en este trabajo. También se exploran en el estudio los planteamientos que forman parte del *análisis crítico de discurso* (CDA – *Critical Discourse Analysis*) desarrollado por Norman Fairclough y otros investigadores en el campo del análisis discursivo. Este tipo de análisis puede ser útil porque se preocupa por la cuestión de la importancia social del discurso

considerándolo como una práctica social donde se manifiestan y se reproducen las relaciones de poder:

CDA sees discourse – language use in speech and writing – as a form of ‘social practice’. It...helps to sustain and reproduce the social status quo, and in the sense that it contributes to transforming it. Since discourse is so socially consequential, it gives rise to important issues of power. Discursive practices may have major ideological effects – that is, they can help produce and reproduce unequal power relations between (for instance) social classes, women and men, and ethnic / cultural majorities and minorities through the ways in which they represent things and position people. (Weiss and Wodak 13)

Además, se intenta aplicar en el análisis textual algunos conceptos como el *cronotopo* y la *polifonía* desarrollados en el campo de la teoría literaria por Mikhail Bajtín (*The Dialogic Imagination* 84).

La organización del trabajo se basa en una introducción, dos capítulos y una conclusión. En la introducción se plantean los objetivos, la metodología y la justificación del presente trabajo. La introducción se enfoca en el trasfondo socio-histórico de los países de Argentina y Rusia y de dos obras escritas por Jacobo Timerman y Aleksandr Solzhenitsin. Los capítulos tienen como su objetivo el desarrollo de los focos temáticos y teóricos importantes para el análisis de los textos de Timerman y Solzhenitsin. El primer capítulo examina la cuestión de un testimonio como género literario y el modo de hacer memoria, decir la verdad y rescatar la voz de *un individuo-un testigo-un intelectual*. En el primer capítulo también se da un enfoque en la problemática del poder como fenómeno social y cultural y su relación en cuanto a un intelectual (y su rol) dentro del contexto

histórico y socio-cultural de Argentina y Rusia. El segundo capítulo se centra en la temática o los temas en común en dos textos de Timerman y Solzhenitsin y los recursos literarios empleados por los autores. Este capítulo también explora la dinámica de la interacción entre dos tipos dominantes de discurso que surgen en los textos en cuestión: el discurso del poder, o sea, el de los que están en poder y el discurso contestatario de un *individuo-un testigo-un intelectual*, o sea, el de la oposición. La conclusión contempla la cuestión de relevancia de los temas explorados en el trabajo en relación a la actualidad y a las teorías contemporáneas acerca del poder. Además, la conclusión traza una posible vía del futuro análisis discursivo que se puede aplicar dentro del contexto de la realidad social contemporánea involucrada en el proceso de la *globalización*.³

III. Justificación del estudio

Si se trata de indagar la relación que quizá pueda existir entre las nociones como *el discurso / el texto – el poder / el estado – el individuo / el intelectual*, se hace preciso lograr que se perciban las razones por las cuales estas denominaciones presentan tanto interés para este trabajo. En otras palabras, ¿por qué preocuparnos por las cuestiones de los regímenes totalitarios si ya terminaron, por qué fijarnos precisamente en las obras de Jacobo Timerman y Aleksandr Solzhenitsin, por qué dirigir nuestra mirada a Argentina y

³El término *globalización* puede definirse desde dos puntos de vista: la globalización puede entenderse como 1) a process (or set of processes) which embodies a transformation in the spatial organization of social relations and transactions...generating transcontinental or interregional flows and networks of activity, interaction, and the exercise of power...2) complex connectivity...the rapidly developing and ever-densening network of interconnections and interdependences that characterize modern social life (Fairclough, *Language and Globalization* 3).

Rusia en particular, y por qué tratar de entender el rol del intelectual y la función su discurso en cuanto a su relación con el poder del estado dictatorial?

Según hemos mencionado anteriormente, todavía existen hoy en día naciones y estados donde el poder es usurpado y perpetuado por una persona o por un grupo muy limitado de personas y esa concentración de poder absoluto da paso a la creación de regímenes con un orden riguroso y un control socio-político (y militar) muy rígido de cada aspecto de la vida del resto de la población. Actualmente estos regímenes se encuentran en todas partes del globo. Resulta muy cuestionable creer que los inestables y peligrosos tiempos de la *Guerra Fría* ya quedaron atrás hace más de dos décadas y que el mundo se salvó de hundirse en la supuesta *tercera guerra mundial*.

¿Será posible considerar que la guerra fría en realidad nunca ha terminado sino que se ha transformado y se ha adaptado a los nuevos procesos y tendencias globales al nivel político, económico y socio-cultural? Todavía más, ¿se podría suponer que la *guerra fría* poco a poco se fue calentando hasta que logró desatarse en lo que actualmente ha adquirido el nombre de la *guerra contra el terror* o la *guerra contra el terrorismo*?

Según dice Ezat Mossallanejed en *Torture in the Age of Fear*:

The end of the Cold War did not usher in an era of peace and prosperity for the human race as expected. On the contrary, it brought with it ethnic conflicts and genocide. The forces of globalization, including the failure of Western secularism in resolving man-made problems, resulted in fanaticism of all kinds – religious, nationalistic and other. Terrorism of the worst type showed its ugly face as a manifestation of total despair. For all intents and purposes, we are living in an age of horror. (11)

Diciéndolo en otras palabras, ¿no será que tenemos el privilegio (o la mala suerte) de vivir en la época en la cual la *guerra fría* se hizo una *guerra cálida* que poco a poco se está convirtiendo en guerra al nivel *global*?

Señalemos aquí que otro punto muy interesante de Mossallanejed es que no se debe ignorar que el proceso de la globalización (con todos los beneficios que supuestamente puede traer) que ha recibido tan amplia promoción últimamente por parte de los gobiernos democráticos dominantes como el de los EE.UU., se relaciona muy íntimamente con los procesos que actualmente nos dejaron en plena *guerra contra el terror*. Con perplejidad, desconcierto y pudor nos encontramos de nuevo arrojados y hundidos en un enfrentamiento insoslayable y fútil donde se queman cuerpos y almas de miles de personas en las llamas de la violencia desatada del terrorismo estatal (o, quizá, mejor dicho, terrorismo global) que una y otra vez proclama esa misma violencia como medida necesaria (aunque lamentable) y, de hecho, la “única alternativa posible” para solucionar el problema del terrorismo *subversivo* o terrorismo *no estatal* (Duhalde 36).

Hay que notar que Ezat Mossallanejed indica que las dos fuerzas malvadas que están destruyendo la vida humana en la actualidad son precisamente el terrorismo *estatal* y el terrorismo *no estatal* y que algunos de los gobiernos modernos más poderosos del Occidente que dicen ser democráticos como los EE.UU, Inglaterra y Canadá utilizan ya en el siglo XXI las mismas tácticas ilegales de terror, manipulación, secuestro, tortura y desaparición (básicamente, el eufemismo para ‘la muerte’) que usaron los gobiernos autoritarios del siglo XX (11). Edurne Portela ofrece una observación muy parecida a la de Mossallanejed:

Unfortunately, the history of terror did not end in the year 2000. We only need to contemplate the US occupation of Iraq, the inhumane *modus operandi* of the US prison in Guantánamo, the images of torture in Abu Ghraib, and the current crisis in the Middle East – just as few examples – to realize that the twenty-first century has already been shaped in its first decade by dominant powers as another century of war and death, violence and repression, prisons, concentration camps, and genocide. (24)

Por su parte, Pilar Calveiro insiste en que Guantánamo no es más que el “tip of the iceberg”, que constituye la parte visible del *invisible* universo de la cadena clandestina represiva que actualmente opera bajo el mando de la CIA⁴ por todo el mundo (Hilde 116).

Esta cadena represiva también incluye una red muy extensa de centros clandestinos de detención que han adquirido el nombre de “sitios negros” creados y mantenidos por la CIA desde los comienzos de ya mencionada *guerra contra el terror*. Uno de los principales objetivos de esta cadena de represión y de los ‘sitios negros’, según Pilar Calveiro, es encontrar a las personas (o los sectores) que se perciben como *terroristas* y después ‘desaparecerlos’:

The existence of “ghost detainees” – that is, *disappeared* (desaparecidos) – has

⁴CIA - La Agencia Central de Inteligencia (CIA, Central Intelligence Agency) es, junto con la Agencia de Seguridad Nacional, la agencia gubernamental de los Estados Unidos encargada de la recopilación, análisis y uso de "inteligencia", mediante el espionaje en el exterior, ya sean gobiernos, corporaciones o individuos que pueden afectar la seguridad nacional del país. La agencia lleva a cabo operaciones encubiertas y acciones paramilitares, y ejerce influencia política exterior a través de su línea operativa, la División de Actividades Especiales. Numerosos periodistas y medios de todo el mundo han realizado acusaciones hacia EEUU y, en concreto, hacia la CIA de violar las Convenciones de Ginebra al recurrir a la tortura.

also been documented within penal institutions recognized as such ... as in the case of Abu Ghraib. Lastly, a *network* of completely clandestine detention centers, known as “black sites”, was created and has been operated by the CIA since the beginning of the so-called war on terror. These are scattered across several countries and are probably also located in North American military installations. This all constitutes *a vast, illegal repressive network operating within legal structures*, and endowed with the capacity to alternate between the legal and illegal, black, and otherwise hidden components of the apparatus ... we find ourselves facing a state-sponsored policy of disappearances. This same policy is administered by legal intelligence services that, with permission of the States, create illegal underground networks, thus establishing a permanent *State of Exception* regarding those sectors of the population defined as “terrorist”. With respect to terrorists, the repressive legal / illegal network “excepts” itself from adhering to and fulfilling conventions and accords. It resorts to the “disappearance” of persons as a way of removing them from public scrutiny and in order to do anything at all to them during and length of time. This is the most *radical* form of torture, then because *it is as unlimited in its form as it is in duration*. (Hilde 116)

La pregunta surge entonces, ¿cuál será el objetivo para perpetuar tanto terror? La respuesta resulta ser tanto simple como complicada porque nos lleva a la cuestión que ha

sido explorada por expertos en los campos de historia, filosofía, sociología, socio-lingüística e incluso literatura.

Como lo señala Mossallanejed, “state and non-state terrorism. These two faces of terror nourish and complement each other. Both use abhorrent means, including torture, to achieve the main goal of power. The main victims are the common people, faceless and powerless, who work from dawn to dusk to keep their bodies and souls together” (11). En pocas palabras, al principio del siglo XXI se cristaliza otra vez y con fuerza verdaderamente perturbadora el conflicto donde el hombre se encuentra forzado a enfrentarse al estado. El objetivo principal del estado, por supuesto, es el poder, el poder de dominar y mantener al hombre bajo su control (económico, político, religioso, ideológico, etc.), sea lo que sea y cueste lo que cueste. Por cierto, una observación de Eduardo Duhalde, aunque pueda ser debatible, señala el carácter inherentemente *coercitivo* de cualquier estado, democrático o totalitario: “Esta justa diferenciación, más allá de todo gradualismo y matización, entre Estado democrático y Estado totalitario, puede llevar una errónea contraposición, que haga olvidar el carácter coercitivo que el Estado siempre tiene en sí, aún en su modelo democrático...” (15). Precisamente por esa razón y basándose en todo lo sugerido es que nos interesa indagar en lo que se refiere a ese enfrentamiento de un individuo al sistema *coercitivo* del estado.

Aunque las circunstancias y los actores políticos en la arena socio-cultural y política de la actualidad pueden haber cambiado, es posible argüir que el sistema represivo que todavía es perpetrado hoy día por los gobiernos supuestamente democráticos representa no solamente el legado mórbido de los tiempos de las dictaduras del siglo XX, sino también devela uno de los pilares fundamentales del tejido socio-

político del Occidente que se basa en una larga historia de *presión y cárcel* (Portela 24). La cárcel ha servido a través de los siglos como instrumento y espacio de dominación creado y perfeccionado por la civilización occidental. Esa larga historia del Occidente está saturada de políticas estatales de terror, violencia y presión utilizadas por parte del estado como herramienta para erradicar cualquier tipo de oposición, para silenciarla, para “desaparecerla” (Portela 24). El tema de la cárcel ha sido examinado por algunos investigadores como por ejemplo Michel Foucault, quien le dedicó *Discipline and Punish: The Birth of the Prison* (Portela 25).

Este tema se intercala insoslayablemente con el tema del prisionero y, dentro del contexto de los regímenes totalitarios, se hace muy presente el tema del *preso político* cuyo único crimen ha sido expresar su oposición a las políticas opresoras del estado. Nos ocuparemos de estos temas de la cárcel y del preso político en detalle más adelante aplicándolo a los dos textos de Timerman y Solzhenitsin que se van a analizar. Puede decirse que Timerman y Solzhenitsin fueron precisamente un ejemplo de dos individuos que se convirtieron en presos políticos y sufrieron por sus convicciones y su oposición a las políticas del gobierno autoritario de sus países. Los dos fueron presos políticos pero también fueron escritores e intelectuales que usaron su pluma y su don de escribir para denunciar los abusos y la injusticia que en la sociedad en la que vivían.

Algunos investigadores en el campo de crítica literaria señalan que antes de entrar en el análisis de cualquier obra literaria puede ser muy favorable primero dirigir la mirada hacia el fondo y las raíces propias del escritor porque muy a menudo tal indagación en el pasado del autor rinde buenos resultados ya que puede sacar a la luz muchas cosas importantes sobre la misma escritura. Es decir, la letra en muchos casos proviene de la

vida y la obra literaria puede considerarse un vehículo bastante definitivo entre la realidad y la consciencia del escritor. Según Nikolai Karamzin, uno de los fundadores de la prosa rusa: “A creator is always depicted in his creation, even against his will. You take up a pen and want to be an author...because you want to write a portrait of your spirit and your heart” (Burg and Feifier 11). Uno de los escritores más fundamentales de la literatura rusa, Lev Tolstoi, expresó básicamente la misma idea en sus palabras: “In a work of art the most important element is the soul of the author” (Rzhevsky 14). Vamos a asumir una postura similar a la de Tolstoi y Karamzin en cuanto a que cualquier obra literaria refleja hasta cierto punto el mundo interior de la persona que la escribió. Esto es importante para este trabajo porque va a servir como base para llegar a entender quiénes eran Solzhenitsin y Timerman no sólo como escritores e intelectuales sino también como individuos y personas comunes que padecieron las tragedias y los cataclismos de la época en la que les tocó vivir.

La vida de estos dos escritores resulta tener más similitudes, cruces y travesías de lo que uno pueda sospechar. No es tan sorprendente que el nacimiento de ambos intelectuales esté vinculado con la historia de un país cuyos procesos históricos culturales están profundamente marcados por las tensiones y las luchas, por paradojas y contradicciones a nivel ideológico, socio-económico y cultural. Este país tiene fama mundial por haber implementado o, mejor dicho, haber sufrido, el llamado *experimento comunista* o *experimento soviético*. Este país es Rusia.

Aleksandr Solzhenitsin nació en la ciudad de Kislovodsk en Rusia o, más precisamente, en la Unión Soviética, el 11 de diciembre de 1918. Estudió matemáticas y física en la Universidad de Rostov y tomó cursos por correspondencia de historia, letras y

filosofía. Durante la Segunda Guerra Mundial, combatió en diferentes frentes y participó en varias batallas contra el ejército nazi alemán por lo cual también fue condecorado. En 1945, fue detenido por comentarios anti estalinistas escritos a uno de sus amigos y condenado a ocho años en campos de trabajo duro. Después de cumplir su condena fue expulsado del país hasta 1956 cuando empezó a dedicarse a la escritura. Como resultado de esta experiencia de estar en los campos soviéticos escribió su obra enciclopédica de tres tomos Archipiélago GULAG.

Al terminar su exilio en 1956, Solzhenitsin trabajó como profesor de matemáticas y al mismo tiempo publicó varias obras que consiguieron bastante circulación y éxito. Sin embargo, la KGB (Comité de Seguridad Estatal) comenzó una investigación contra él a lo que siguió su expulsión de la Asociación de Escritores Soviéticos. En el año 1974, el estado comunista le quitó la nacionalidad soviética y lo deportó a Alemania. Solzhenitsin también pasó un periodo en Suiza hasta que fue invitado por la Universidad de Stanford para vivir y enseñar en los Estados Unidos. Solzhenitsin no pudo regresar a su país por veinte años hasta 1994 cuando logró recuperar su nacionalidad soviética y regresar a Rusia. En 1970, recibió el Premio Nobel de Literatura por escribir su monumental obra, Archipiélago GULAG, pero sólo pudo recoger el premio después de su deportación en 1974.

Jacobo Timerman, por su parte, nació el 6 de enero de 1923 en una familia de descendencia judía en Bar, el pequeño pueblo de Ucrania (que formó parte de la Unión Soviética) cercano a la capital Kiev. En 1928 Timerman a la edad de cinco años emigró a Buenos Aires junto a sus padres. Timerman empezó su carrera de periodista en 1943, cuando tenía 20 años. Su primer trabajo fue en la revista *Correo Electrónico*. Luego

trabajó en *Noticias Gráficas*, *La Razón*, *El Mundo* y *La Nación*. En la época del gobierno de Juan Domingo Perón la obra literaria y periodística de Timerman estuvo prohibida. En estos tiempos trabajó en la agencia France Press. En el año 1962 lanzó su propio proyecto editorial por la primera vez, la revista *Primera Plana*, similar a los "magazines" norteamericanos. Tres años más tarde fundó la revista *Confirmado* y en 1971 fundó el diario *La Opinión* donde trabajó como director y logró convertirse en el centro de las fuerzas progresistas intelectuales del país de la época.

En 1977 el gobierno militar clausuró y expropió *La Opinión*. Este mismo año fue secuestrado por las órdenes del ex general Ramón Camps. Estuvo detenido dos años y medio. Como resultado de esa experiencia escribió uno de sus libros más famosos, *Preso sin nombre, celda sin número*. Escribió además otros tres libros: *La guerra más larga: la invasión de Israel al Líbano*, *Chile, el galope muerto* y *Cuba: un viaje a la isla*. Sus libros fueron traducidos a varios idiomas y algunos fueron publicados en inglés antes que en castellano. Timerman recibió el premio de *La pluma de oro de la libertad* otorgado por la Federación Internacional de Editores de Diarios. También ganó el premio *María Moors Cabot* de la Universidad de Columbia.

Si se analizan con cuidado las vidas de Solzhenitsin y Timerman, se llega a una conclusión que ambos escritores tienen muchas cosas en común como, por ejemplo, que ambos se interesaron desde muy jóvenes por las letras y la escritura. Ambos desempeñaban un papel muy prominente y destacado convirtiéndose hasta cierto punto en el eje de la vida intelectual de sus países en un momento histórico muy crítico y definitivo para dos naciones que tuvieron la mala suerte de caer (y, lo que aun es más horrendo, de mantenerse allí por muchos años) en las garras de regímenes políticos

militares que lograron violar, devorar y aniquilar su cuerpo social así como miles y hasta millones de los cuerpos humanos una y otra vez, año tras año, década tras década, generación tras generación. Timerman y Solzhenitsin consiguieron hacerse “enemigos de estado”, es decir, “elementos subversivos” que, al desafiar y enfrentarse a las estructuras y al sistema del poder militar y totalitario a través de sus obras en el campo de la literatura y el periodismo, tuvieron que pagar consecuencias bien caras.

Ambos estuvieron presos por mucho tiempo, Solzhenitsin en los campos soviéticos de trabajo duro (o Gulag) por casi nueve años y Timerman en las cárceles clandestinas de Argentina durante el período de dictadura militar en los años setenta en los cuales Timerman fue detenido y torturado por treinta meses. Finalmente, los dos escritores terminaron por contar sus horripilantes experiencias en sus obras más definitivas y prolíficas donde se documentaron y se revelaron no solamente el dolor y el sufrimiento a nivel individual sino también el dolor y el sufrimiento de todo el país (dos países, en este caso). Al fin y a cabo, ambas obras pueden denominarse documentos históricos y testimonios de la tragedia de dos países a nivel nacional e individual. Ahora bien, retomando el tema de la cárcel y el tema del preso político, los dos han recibido algo de atención y han sido desarrollados dentro de las obras de la *narrativa carcelaria* que ha surgido en las últimas décadas principalmente en la narrativa de la dispersión europea y anglo-sajona; desafortunadamente, el alcance de estas obras no ha sido suficientemente amplio en el ámbito tanto crítico como literario de América Latina (Portela 26). Tampoco existe un corpus muy extenso de trabajos crítico-literarios que comparen los textos de la narrativa carcelaria producidos dentro del marco socio-político, histórico y cultural de países tan diferentes como Rusia y Argentina que, no obstante sus

diferencias, han atravesado en el siglo XX procesos y períodos bastante parecidos de regímenes dictatoriales. En este sentido, urge poder ampliar el corpus de los trabajos comparativos que quizá podrían ser fuentes que saquen de la clandestinidad a la luz el verdadero rostro de un sistema estatal opresor.

Tales trabajos comparativos quizá sirvan para exponer el peligro y, en fin, la futilidad y la fatalidad de caer una y otra vez en la trampa de utilizar el terror contra el terror, la violencia contra la resistencia y la represión contra la oposición. Queremos ocuparnos precisamente de esta tarea porque el peligro todavía está presente y más que nunca amenaza el bienestar de los seres humanos; sólo que esta vez el fenómeno del terror estatal no involucra exclusivamente a los seres humanos del llamado *tercer mundo* sino, en el contexto de la guerra contra el terror al nivel global y el estado del *terror global* en el que nos encontramos, se pueden ver afectados los destinos de los seres humanos de *todo* el mundo (Portela 26).

Al mismo tiempo, si recogemos como punto de partida la fórmula que se basa en el concepto de la *repetición* del pasado cuando se trata de *recordar para no repetir*, puede decirse que las preguntas del presente a menudo se actualizan y se hacen vigentes a través de las preguntas del pasado (Vezzetti 33). Por lo cual, se nos hace lógico dirigir una mirada a dos países cuyo pasado ha sido marcado trágicamente e irreversiblemente por los períodos opacos y dolorosos cuando los regímenes totalitarios ejercían su poder absoluto sobre millones de personas. Hay que hacer hincapié en el hecho que las trayectorias históricas, socio-políticas y culturales de Argentina y Rusia han sido marcadas por dos fenómenos tan complejos en su esencia e inmensidad que su análisis seguramente queda afuera del alcance de este estudio. Estos dos fenómenos son el

militarismo y el *nacionalismo* cuyo rol formativo en moldear y transformar el tejido socio-político y cultural de dos países como Argentina y Rusia no puede quedar menospreciado.

Por lo tanto, se hace preciso forjar una trayectoria comparativa general entre la situación histórico-social de Rusia y la de Argentina para poder entender un poco mejor a dos pueblos que parecen tener una tendencia a someterse y mantenerse como víctimas bajo regímenes de terror y genocidio nacional de gobiernos militares y autoritarios. Es en estos dos pueblos donde se producen las obras como la de Timerman y la de Solzhenitzin, testigos oculares que sufrieron en carne propia la tragedia y las atrocidades de los regímenes militares. Las causas y las razones de tal disposición de estos dos pueblos a ser oprimidos y, más bien, a seguir permitiendo la opresión y el terror estatal año tras año (y, en el caso de Rusia, siglo tras siglo) pueden estar arraigadas en la propia historia de dos países que, si se analiza bien, curiosamente parecen tener muchos ejes entrecruzados con respecto a la formación y función de los distintos fenómenos y mecanismos dentro del marco socio-político, histórico y cultural.

Para empezar, cabe señalar que las raíces de los regímenes totalitarios militares que devoraron el cuerpo social de Rusia y de Argentina en el siglo XX pueden verse ya desde los principios de la historia de estos países que abunda en conflictos militares y guerras constantes dirigidas y encabezadas por las personas, o sea, los ‘personajes históricos’ que con el correr del tiempo se convertían de un modo u otro en líderes militares. Por ejemplo, en la Rusia antigua los jefes de numerosas tribus que vinieron en ondas inmigratorias al transcurso del tiempo se convirtieron en los llamados *knyazi* o sea, en otras palabras, en los señores o aun príncipes con propio derecho sobre diferentes

áreas o regiones. Ellos principalmente instalaron el orden entre los pueblos, ejercían el poder militar y también eran los mercaderes y hacían negocios de todo tipo para sostener a sus ejércitos (Walsh 22). El poder de un knyaz dependía de la fuerza de su ejército: “It seems likely that whatever authority a prince possessed was personal rather than official. A prince who had only a small private army or whose control over his retinue was weak was, by those facts, a weak prince. Perhaps the nearest modern parallel is a political boss whose influence and authority depend not on holding office but upon his personal political machine” (Walsh 22). Estos *knyazi* rusos de los tiempos antiguos quizá pueden compararse con los caudillos que poblaron y dominaron el espacio socio-político de Argentina en el siglo XIX.

El poder de un caudillo también se basaba en el apoyo militar que él recibía de su ejército: “These caudillos were military leaders who led cavalry and militia forces for various factions and their ability to gather armed forces was the foundation of their political power” (Edwards 131). Algunos investigadores alegan que los caudillos fueron precursores y arquetipos de los dictadores modernos: “The caudillo of Spanish America was both regional chieftain and, in the turbulent years of the early nineteenth century, national leader. His power base rested on ownership of land and control of armed bands. He was the rival of constitutional rulers and the precursor of modern dictators” (Lynch 45). Como se observa, el hecho que los pueblos ruso y argentino sean tan propensos a encontrarse bajo el orden totalitario o dictatorial se ubica en las tendencias y los fenómenos histórico-políticos como militarismo y nacionalismo que desde siempre definían, transformaban y moldeaban el transcurso de la realidad social de estos dos países.

Por lo tanto, es importante notar que este problema de la excesiva militarización del gobierno y del estado o el militarismo de muchos de los países en desarrollo y, especialmente, los de Latinoamérica, recibió mucha atención en las últimas décadas.

Como lo señala Silvia Rivera Echenique:

La creciente militarización de los regímenes políticos de los países en desarrollo se ha convertido en un problema crucial en la América Latina. Nos encontramos ante una etapa donde los ejércitos nacionales pasan, de conservadores del orden interno y defensores del territorio en caso de peligro externo, a convertirse en fuerzas de ocupación de sus propios países. Las Fuerzas Armadas tienen como principal función reprimir la subversión y la guerra interna. (7)

Por consiguiente, se hace posible afirmar que el militarismo desde siempre ha formado parte del proceso socio-político de la formación nacional de Rusia y Argentina. Por otro lado, si uno hace la indagación a fondo de la situación histórico-social y cultural de esos dos países, de pronto se revela que existen muchas otras similitudes entre ellos. El hecho importante es que tanto Rusia como Argentina poseen muchos extensos y vastos territorios. Como dijo Sarmiento en *Facundo: Civilización y Barbarie*:

La inmensa extensión de país que está en sus extremos es enteramente despoblada, y ríos navegables posee que no ha surcado aún el frágil barquichuelo. El mal que aqueja a la República Argentina es la extensión; el desierto la rodea por todas partes, se le insinúa en las entrañas; la soledad, el despoblado sin una habitación humana, son por lo general los límites incuestionables entre unas y otras provincias. Allí, la inmensidad por todas partes; inmensa la llanura, inmensos los bosques, inmensos los ríos, el horizonte siempre incierto, siempre

confundiéndose con la tierra entre celajes y vapores tenues, que no dejan en la lejana perspectiva señalar el punto en que el mundo acaba y principia el cielo.

(27)

Estas palabras sobre la inmensidad insostenible de los terrenos argentinos bien podrían venir de la pluma de cualquier escritor clásico ruso como Tolstoi o Chejov que tanto admiraron la hermosura y la inmensidad de las tierras y las llanuras rusas. Éstas son las tierras y las llanuras que engendraron en sus entrañas vastas, opacas y rebeldes los personajes como el *gaucho* argentino y el *cosaco* ruso, los personajes coloridos y medio folclóricos (aunque completamente históricos) producidos dentro de las culturas marcadas por la complejidad y heterogeneidad de los procesos socio-culturales.

Quizás no haya dos otros países que pudieran haber producido tantos espíritus independientes así como vagabundos y marginales como el *gaucho* o el *cosaco*. Hay que hacer notar también que desde el punto de vista nacional y cultural Rusia y Argentina se caracterizan por la heterogeneidad en los asuntos de tanto de sus terrenos como de la gente que reside en ellos. Ahora bien, se llega a un punto muy crucial y definitivo para poder entender mejor la dinámica de la estructura social en Argentina y Rusia, a niveles políticos, económicos e ideológicos. Este punto representa la cuestión de la heterogeneidad étnica y racial en los países latinoamericanos a que se refiere muy a menudo como al “cruce de razas” (Vasconcelos 42). De igual manera, muchos investigadores citan, además del proceso del cruce de razas, la cuestión del conflicto entre las diferentes clases sociales al mismo tiempo señalando los problemas que surgen del hecho de tener tan extensas tierras y espacios geográficos tan distintos:

To understand Argentina en psycho-historical terms, one must first consider the various cleavages in its society. To begin with, as elsewhere in Latin America – and, for that matter, the world – there is the cleavage between rich and poor. This is more evident in the countryside than in Buenos Aires, but even in the capital there are massive disparities between the neighborhoods populated by the wealthy and those inhabited by workers, especially recent migrants from the rural areas. Second, there is a sharp cleavage between the littoral and the interior. (Morrock 171)

Lo interesante es que en ello también Argentina y Rusia son dos países muy parecidos porque Rusia desde hace siglos se convirtió en el punto de encrucijada étnico-cultural de los pueblos, tribus y etnias muy distintas del mundo como los hunos, los ávaros, los turcos, los kazajos y los eslavos que vinieron en olas inmigratorias a lo largo de los siglos a poblar el territorio de la Rusia contemporánea. En este sentido, la historia de Argentina y Rusia está marcada profundamente por la mezcla de civilizaciones y culturas, de etnias y religiones.

Por otro lado, aunque una discusión a fondo de los orígenes en Rusia de la famosa “lucha de clases” en la que se basa la teoría marxista y de sus repercusiones queda fuera del alcance de este estudio, es esta tensión entre las clases sociales distintas, entre los ricos y los pobres en la época de los zares rusos, la que se convirtió en la causa casi proverbial de la Revolución Rusa del 1917. Lo anterior quiere decir que las naciones más afectadas por los conflictos basados en las diferencias de clase (así como las de raza) son muy propicias al desequilibrio e inestabilidad socio-política cuando puede estallar todo tipo de calamidades al nivel nacional empezando con las rebeliones y las sublevaciones y

acabando con las guerras civiles, las revoluciones o los golpes de estado. Por supuesto, en los casos particulares de Argentina y Rusia, el antagonismo y la oposición entre las áreas “interiores” y “litorales” en Argentina o las áreas centrales (las de Moscú y San Petersburgo) y las de la periferia (el resto del país) en Rusia, no alivian nada el problema de las tensiones socio-culturales que han impregnado la historia de estos dos países.

Otro cruce común que puede presentar interés es que tanto Argentina como Rusia actualmente se encuentran en el llamado proceso de *transición a la democracia* (Vezzetti 25). Sin embargo, se señala cada día con más frecuencia que esa tal *transición* ha sido marcada por muchos desafíos y obstáculos que han debilitado y han trastornado el cuerpo socio-político y económico de estos dos países cuyo sistema terminó por convertirse en un tipo de ‘híbrido’ entre totalitarismo y democracia suspendido en el limbo de la crisis e inestabilidad. Lilia Shevtsova sugiere que en Rusia “surgió durante la etapa de Eltsin, y con Putin se ha asentado de forma definitiva, un sistema híbrido que regula la relación entre la sociedad y el Gobierno en base a unos principios incompatibles: democráticos y autoritarios” (25-26). Por otro lado, Juan Carlos Marín ofrece una interpretación interesante del proceso de la transición a la democracia en Argentina:

Al mismo tiempo que ello ocurrió, simultáneamente durante la llamada transición hacia la democracia, el proceso político fue reemplazado periódicamente por la acción del crimen político organizado; cuyos intereses fueron realizados y defendidos en todas las formas posibles de los ilegalismos conocidos y sin que la infinita incapacidad de un poder judicial, públicamente corrupto, tuviera la decisión y determinación de detenerlo. Toda la intervención del crimen y el delito

organizado ocurrió frente a una ciudadanía impotente y a un parlamento que se neutralizó a sí mismo en innumerables comisiones de investigaciones que terminaron siendo acerca de la nada. (3)

Con facilidad la descripción de arriba se podría aplicar a lo que también estaba pasando en Rusia durante el proceso de la llamada transición a la democracia.

Dicho de otra manera, la nueva “democracia” rusa se basa inalterablemente en la fusión enfermiza del poder de los oligarcas y los mafiosos que siguen cometiendo sus ‘delitos’ frente a la ‘ciudadanía impotente’ y perpleja ante su propia incapacidad de hacer algo al respecto (Batalla 3). Xavier Batalla define la situación actual de Rusia de la siguiente manera:

El ejército...es la facción más imperial de la política rusa...La política exterior se debate entre el pragmatismo y nostalgia...El sistema económico, dominado por los oligarcas, parece haber entrado en una transición...hacia un capitalismo autocrático, en el que tienen un peso creciente las fuerzas de seguridad...De la economía industria (nada boyante) Rusia ha pasado a ser un clásico apéndice proveedor de materias primas...Y el régimen político, un híbrido de democracia dirigida...y autoritarismo, está dominado por Putin, que se apoya en algo bien conocido en Rusia: reformas desde arriba, alianza con Occidente y poder personal. (3)

Este “poder personal”, en el caso de Rusia y Argentina, representa el poder concentrado y corrupto de los grupos pequeños de personas que ejercen su voluntad sobre el resto de la población, el vulgo, la multitud.

Vale la pena decir que en el medio de esos dos sectores socio-políticos y culturales (los que gobiernan y los que se dejan gobernar) históricamente se encuentra otro grupo de gente, el grupo que recibió, si nos adherimos a la terminología de Ángel Rama, el nombre de ‘los letrados’. En *La ciudad letrada* Rama se dedica a examinar más a fondo las nociones de poder y gobernabilidad enfocándose en el papel y el lugar (dentro de las estructuras de poder) de los a quienes llama ‘los letrados’. Según el autor, los letrados son una “pléyade de religiosos, administradores, educadores, profesionales, escritores y múltiples servidores intelectuales, todos esos que manejaban la pluma” (32). Él señala que los letrados estaban “estrechamente relacionados con las funciones del poder” y analiza cómo ha evolucionado la relación entre dos fuerzas sociales, la del poder de estado y la del poder de pluma (y letra). El escritor uruguayo evalúa una trayectoria de esa relación desde la *ciudad letrada* (cuando los ‘letrados-servidores’ funcionaban como protectores del poder y ejecutores de sus órdenes) hasta la *ciudad politizada* y, más aún, la *ciudad revolucionada* (cuando los letrados se hacen los intelectuales-críticos que empiezan a oponerse a las estructuras del poder institucionalizado y centralizado) (Rama 32, 106). En el libro también se considera la cuestión de *los de arriba y los de abajo* apoyándose en la contemplación de *Los de abajo* de Mariano Azuela donde se revela la transformación de “un intelectual auténticamente partícipe del impulso revolucionario en un “intelectual oportunista” que ya no sirve ni como protector de los intereses de los de arriba ni intenta ayudar a los de abajo sino reclama su propio poder individual y sirve a sus propios intereses (Rama 124). En fin, Rama logra sacar a la luz la “tradicionalmente difícil conjugación de las dos espadas, de los dos poderes del mundo”, los que gobiernan y los que escriben (Rama 124).

En cuanto a la cuestión del poder, importa destacar el aporte de Michel Foucault quien ha desarrollado su propia *teoría de poder* donde se indaga la noción de poder pero no en sí o por sí sino en relación a sus partícipes, sus técnicas, sus mecanismos y sus instituciones: “Para Foucault se trata de saber entre quiénes pasa el poder, con qué efectos, a través de qué procedimientos. Es mucho preguntar. Pero el campo que investiga no se refiere tanto a ideologías o historia sino a las prácticas y tecnologías de las relaciones de poder” (Echavarren 25). Algunos conceptos centrales de la teoría de poder de Foucault se van a aplicar como base teórica para el análisis de los textos de Timmerman y Solzhenitsin en este trabajo. Sin embargo, quizá el campo más fructífero de la teoría de poder de Foucault para el propósito de esta indagación tiene que ver con su análisis de los regímenes de subjetivación que existieron bajo los gobiernos totalitarios del siglo XX. Uno de los puntos fundamentales que Foucault investiga es que el *sujeto de derecho* (del estado de derecho) inevitablemente se convierte en el *sujeto de opresión* y el *sujeto de terror estatal* bajo el gobierno totalitario donde la erradicación de libertad individual se hace uno de los objetivos principales del estado:

Dentro del desenvolvimiento del estado de derecho no caben los regímenes totalitarios (nacional socialismo o bolchevismo). El gobierno totalitario de un partido, a la manera nazi o soviética, no puede insertarse...dentro de una genealogía del estado moderno...Una economía estatal planificada, una economía de mando, tanto en el rubro agrario como en el industrial, está condenada a los peores errores administrativos, que se pagan caros, con la muerte por hambre de los habitantes, la pérdida del stock ganadero, la degradación de los productos

industriales, el deterioro del ambiente, la contaminación. Su compañero inevitable es el terror, la pérdida de libertad. (Echavarren 11)

En consecuencia, la cuestión de libertad individual y de un individuo enfrentado al poder y la represión del estado centralizado se plantea con nueva intensidad dentro del contexto de los regímenes dictatoriales del siglo XX. Por supuesto, esa “pérdida de libertad” culmina en el nuevo conflicto entre “dos espadas”, “dos poderes del mundo” de los que habló Rama, con el debate sobre el rol de un intelectual dentro de las estructuras de poder llegando a su apogeo.

CAPÍTULO 1

EL INTELLECTUAL Y EL TESTIMONIO: VOZ AL RESCATE DE LA VERDAD

La memoria no se mata, las ideas
tampoco mueren jamás...

(VIVIANA DAMBOLENA en *Aún no te dije
adiós: El rescate de la verdad*)

I. La figura del intelectual: rescatar la voz y cuestionar el estatus quo

Hasta hoy, la problemática del rol del intelectual dentro del contexto socio-cultural, político y filosófico tanto de Rusia como de Latinoamérica en general ha sido investigado y desarrollado de lleno por varios investigadores y teóricos en campos muy diversos como historia, socio-política, filosofía e incluso literatura. Muchos de ellos han tratado el tema de la intelectualidad dentro de las relaciones de poder establecidas en la sociedad contemporánea y han considerado “la figura del intelectual moderno” como parte integral de “una cultura de resistencia al *establishment*” (Brescia 74). En *Escenas de la vida posmoderna* Beatriz Sarlo analiza las funciones de un intelectual moderno y plantea una pregunta importante: “¿Necesitamos de los intelectuales?” (Brescia 74). A través de los textos de Timerman y Solzhenitsin se puede ver un intento de definir ese papel de la figura del intelectual quien tiene “algo que decir a la sociedad” (Brescia 75). De allí que vale la pena examinar los focos del debate en el que una miríada de intelectuales tanto sudamericanos como rusos ha expresado de una manera u otra su

postura en cuanto al papel del intelectual. Teniendo en cuenta el contexto histórico de ese debate más adelante será más fácil adentrarse en el análisis de los textos para poder explorar el discurso contestatario de Timmerman y Solzhenitsin como respuesta de un individuo (y un intelectual) a la represión de un régimen dictatorial.

Según Octavio Paz, por ejemplo, el rol del intelectual consiste “en primer término, pensar; después, si ése fuese el caso, para protestar” (González Campañá 146). Sin embargo, el escritor mexicano insistía que el intelectual tiene que preservar su estatus de *escritor independiente*, “desplazado del poder” que debe examinar, protestar, criticar e influenciar pero sin involucrarse directamente en el campo político y tratar de mantenerse “fuera del ámbito del Estado” (González Campañá 147). Otro ejemplo de un intelectual, según opina González Campañá, que prefería quedarse al margen de la política fue Jorge Luis Borges quien trató de evitar mezclar la literatura con la política. Existe una opinión que Borges tampoco quería ser percibido como un intelectual sino como un escritor que se interesaba más en las teorías abstractas sobre el pasado o el futuro y la filosofía que en las turbulencias socio-políticas del presente (González Campañá 147). En rigor, la polémica se giraba alrededor dos cuestiones grandes que siempre han existido en el espacio cultural y literario, o sea, el arte por el arte o el arte comprometido a una causa: “El campo del arte fue otro frente de batalla: ¿el arte por el arte o el arte comprometido? En el caso de Argentina, hacia mediados de siglo el debate era intenso y se polarizaba” (Brescia 74).

Cabe apuntar que hubo muchos otros intelectuales y escritores en América Latina que tampoco pensaban que su rol fuese únicamente adherirse a escribir o ser líderes sólo en el campo literario o filosófico. Por ejemplo, Mario Vargas Llosa, asume una posición

un tanto diferente a la de Paz o Borges afirmando que el intelectual debe participar de la manera más activa en lo que pasa en la sociedad (y la política) a su alrededor: “En América Latina un escritor no es sólo un escritor ... se espera de nosotros, es más, se nos exige, pronunciarnos continuamente sobre lo que ocurre ... Se trata de una tremenda responsabilidad ... Quienes no la rehúyen tienen la obligación, en ese campo político donde lo que dicen y escriben reverbera en la manera de actuar y pensar de los demás” (González Campañá 145). De igual forma, Juan Gelman, escritor, poeta y periodista argentino, asume una posición intermedia entre la de Paz y Borges y la de Vargas Llosa definiendo el rol del intelectual como el del crítico de la sociedad en que vive: “Creo que el papel real del intelectual en la América Latina y a nivel mundial ha sido el de un rol crítico, crítico de las obras de los demás, de las propias y de toda la sociedad. Es una especie de conciencia lúcida del mundo” (Pigna).

Se puede decir que escritores como Octavio Paz y Jorge Luis Borges ejemplifican un tipo del intelectual descrito por Friedrich A. Hayek: “Necesitamos intelectuales líderes que sean capaces de resistir la adulación y los halagos del poder ... y estén dispuestos a adherirse a principios y a luchar por su plena realización ... Los compromisos prácticos deben dejarlos a los políticos” (González Campañá 150). De esta manera los investigadores como Hayek trazan la línea recta de la división y la asignación de papeles entre dos actores sociales muy importantes dentro de la sociedad: gobernar para los gobiernos y los políticos, escribir y opinar y, si fuera necesario, usar su escritura como un modo de resistir la opresión y luchar por la justicia para los intelectuales y los escritores. Según Hayek, los escritores y los intelectuales no deben mezclarse en la política y, más

precisamente, no deben aceptar ningún cargo que traiga consigo cualquier “compromiso práctico”.

En otras palabras, los intelectuales quizá puedan estar comprometidos con una causa social pero a través de sus palabras, principios y teorías y no tratando de poner sus teorías en práctica. Sin embargo, lo que tal planteamiento parece subestimar es que la escritura en sí puede considerarse como una práctica y un acto social que a menudo puede ser tan o aun más impactante en la sociedad y en la conciencia de la gente que cualquier acción política y puede ser un catalizador y un agente de cambios sociales y socio-políticos mucho más grandes que cualquier reforma socio-política. Con que surge el concepto de *poder del discurso* o de la palabra de un intelectual, la palabra *escrita*, y sobre todo, la palabra *escuchada* por los demás en el espacio socio-cultural (Brescia 74). Vamos a indagar en más detalle la problemática de poder del discurso en el capítulo 2, pero por ahora hay que tener presente que los ejemplos de tal poder abundan en la historia de la humanidad. Sólo basta pensar en la influencia de obras como *Hamlet* de Shakespeare, *Don Quijote* de Cervantes y *Crimen y castigo* de Dostoievski tanto en las sociedades que las han producido como en las sociedades y culturas de todo el mundo donde estas obras han recibido una vasta dispersión.

Curiosamente, en la historia de Rusia hay innumerables ejemplos de este tipo de ‘compromiso social’ o ‘arte comprometido’ de parte de muchos intelectuales y escritores rusos. Ya desde el siglo XIX empezaron a formarse las tendencias que llevaron a algunos representantes del ámbito literario-intelectual a dedicarse a la causa política de querer mejorar las condiciones de vida y luchar contra las injusticias y por la libertad del pueblo ruso. Así surgió y se creó un grupo de los intelectuales rusos que consideraron su

escritura como medio e instrumento para difundir sus ideas y ejercer su acción política y revolucionaria con el propósito de liberar al pueblo ruso de la opresión del régimen zarista. Ellos fueron los que poblaban la *ciudad revolucionada* a la que refirió Ramas. Incluso, en la segunda mitad del siglo XIX se introdujo en la narrativa rusa un nuevo personaje que encarnaba un concepto del ‘nuevo héroe’, del ‘superhombre nuevo’ con la publicación de la novela *¿Qué hacer?* (bastante mala desde el punto de vista de los méritos literarios) escrita por Chernichevski:

Rajmetov encarna el representante de la nueva jerarquía revolucionaria y por lo tanto “humana”. Es el héroe, el “superhombre nuevo”, el *guía*. No vive más que para la revolución. Para ella reniega de sus parientes, rechaza el amor de una mujer, renuncia a la amistad. Su único objeto, su única pasión es trastocar el orden, reemplazar el gobierno por cualesquiera medios. Se distingue de los demás por la alta opinión que tiene de sí mismo. Sabe que la revolución necesita de él. (Echavarren 116-117)

De esta manera en la segunda mitad del siglo XIX se fue forjando la imagen del intelectual-revolucionario que quería asumir el papel del protector y defensor del pueblo así como fue evolucionando el concepto de la llamada *intelligentsia*⁵ rusa: “Quince años después de la aparición de *¿Qué hacer?*, Turguéniev escribió un poema en prosa, *El*

⁵El término de *intelligentsia* ha surgido en Rusia y ha recibido mucha atención en los estudios socio-culturales y literarios rusos así como occidentales. Comúnmente, con la *intelligentsia* como término colectivo se identifican los representantes de la sociedad con alto nivel de educación como filósofos, educadores, periodistas, escritores, científicos, profesionales, artistas, etcétera. Más aún, su labor se dedica a una causa social de estar al servicio del pueblo y criticar los males y las injusticias de la sociedad.

umbral. Mostró que la masa de intelectuales había incorporado completamente el modelo de “hombre nuevo” propuesto por Rajmetov” (Echavarren 117). No se necesita decir que las ideas promulgadas por los representantes más destacados de esa *intelligentsia*⁶ rusa fueron muy radicales si no extremistas para aquel tiempo: “¡Que muera la verdad si su desaparición puede permitir que el pueblo viva mejor y sea más feliz! Tal es, escribe Nilolai Berdiaiev, la gran ley moral de la *intelligentsia*” (Echavarren 117).

Lo paradójico (¿o quizá lo lógico?) de todo eso es que el pueblo ruso, es decir, los de abajo, aparentemente, no necesitaban y tampoco apreciaban tanto fervor revolucionario de parte de los intelectuales (que en su mayoría, vinieron de la clase media-alta y bien educada) y los consideraba como algo ajeno a sus verdaderos intereses, ese ‘otro’ que no formaba parte del pueblo de los pobres y necesitados y, por lo tanto, no podía entenderlos y, aun menos, ayudarlos. Foucault en una de sus entrevistas publicada bajo el título de “Intelectuales y poder: conversación entre Michel Foucault y Gilles Deleuze” saca a la luz las contradicciones y complejidades que formaban base de la tensión que existía, existe y quizá siempre va a existir entre tres actores sociales, el pueblo, los intelectuales y el poder (el estado). Foucault señala ese lugar difícil del intelectual moderno de encontrarse entre ‘la espada y la pared’, es decir, entre los que tienen el poder y las “masas”:

Los intelectuales han descubierto...que las masas no tienen necesidad de ellos para saber; saben claramente, perfectamente, mucho mejor que ellos; y lo afirman

⁶*Intelligentsia* : “The intellectual elite of a society” (The American Heritage Dictionary of the English language).

extremadamente bien. Pero existe un sistema de poder que obstaculiza, que prohíbe, que invalida ese discurso y ese saber. Poder que no está solamente en las instancias superiores de la censura, sino que se hunde más profundamente, más sutilmente en toda la malla de la sociedad. Ellos mismos, los intelectuales, forman parte de ese sistema de poder, la idea de que son los agentes de la “conciencia” y del discurso pertenece a este sistema. El papel del intelectual no es el de situarse “un poco en vanguardia o un poco al margen” para decir la muda verdad de todos; es ante todo luchar contra las formas de poder allí donde éste es a la vez el objeto y el instrumento: en el orden del “saber”, de la “verdad”, de la “conciencia” del “discurso.” (*Los intelectuales y el poder* 77)

Según Foucault, la labor principal de un intelectual no se sitúa dentro del campo de política sino dentro del campo del “saber”, de la “verdad” y la “conciencia” del “discurso”. Sin embargo, en muchas ocasiones Foucault asume la posición más decisiva y definitiva en cuanto al rol del intelectual, o sea, de ‘luchar contra las formas de poder’ lo que se puede interpretar como un llamado a la agencia social (y, por extensión, política) más activa.

Al mismo tiempo, Foucault explora la cuestión del llamado *intelectual universal* y el *intelectual especializado* (las diferencias entre los dos fueron forjando a lo largo del siglo XX) a quien él llama un ‘técnico’: “Intellectuals have become used to working not in the modality of the “universal,” the “exemplary,” the “just-and-true-for-all,” but within specific sectors, at the precise points where their own conditions of life or work situate them (housing, the hospital, the asylum, the laboratory, the university...” (Foucault, *Power* 126). Foucault examina la dinámica entre los roles que estos dos tipos del

intelectual desempeñan dentro del marco de las relaciones del poder al nivel académico y social y señala “la decadencia de los intelectuales, ya definitivamente derrotados por el técnico especializado” (Avelar 11-12).

Sin embargo, habría que decir que el proceso de convertirse de un intelectual en un ‘técnico’ se manifiesta al máximo y se devela como uno de los rasgos más salientes de un fenómeno que ha recibido el nombre del *arte social* o *realismo social* que ha dominado el ámbito artístico, cultural y literario en Rusia, una vez que ésta se convirtió en la Unión Soviética después de la tan anhelada Revolución rusa que ha cambiado para siempre el tejido social del país a partir de 1917. Si sólo los intelectuales revolucionarios rusos como Chernichevski hubieron sabido que el arte y la literatura posrevolucionaria durante el período del régimen soviético se convertirá en un pobre títere del Estado, su instrumento patético de instalar y difundir la doctrina oficial del Partido bolchevique y su ideología de la dictadura del Proletariado: “La tiranía del Estado socialista se extendería fatalmente hasta las conciencias, las ideas y la creación artística, sometidas al control del régimen. En todos los teatros se representarían obras que glorificaran la revolución social...El arte no sería más que un monótono instrumento de adoctrinamiento” (Angenot 99-100).

En *Archipiélago Gulag* Solzhenitsin describe que muchos de los intelectuales rusos que al principio lucharon por los ideales de la Revolución con el propósito de liberar al pueblo ruso terminaron por llevarse una sorpresa mórbida y cruel al despertarse de un sueño convertido en una pesadilla. Esa pesadilla se manifestó en el hecho de que en vez de ser los libertadores del pueblo, acabaron por convertirse en los pobres diablos que formaron parte de la servidumbre de los nuevos ‘dueños’ que llegaron a apoderarse de la

sociedad rusa a comienzos del siglo XX. Curiosamente, esa idea de la frustración y desilusión con los ideales de la Revolución también encuentra su desarrollo en la narrativa latinoamericana que cuenta con los personajes como Demetrio Macías en *Los de abajo* quien vive en el momento histórico caótico y lleno de conflictos y violencia sin sentido donde la gente se ve atrapada entre varias fuerzas sociales y políticas sin tener valores o propósitos definidos (Rama 124). En cuanto a los “libertadores del pueblo ruso”, su misión podría verse por cumplida, hasta cierto punto, pues la fusión del arte y de la literatura con la política ha sido total y totalizadora bajo la dictadura del proletariado y el régimen soviético. Sin embargo, eso no quiere decir que no hubo oposición o disidencia y todavía queda abierto el campo para la investigación del fenómeno de la disidencia rusa (interna y externa, o sea, los que quedaron y los que tuvieron que emigrar del país para evitar la represión) durante el período de régimen soviético y a finales del siglo XX y principios del siglo XXI.

No obstante toda la polémica en cuanto a lo que los escritores tanto rusos como sudamericanos pensaban acerca del lugar del intelectual en la política, la mayoría de ellos coincidía en que el intelectual sí tiene que responsabilizarse por pensar, criticar y protestar contra cualquier tipo de injusticia u ofensa contra la libertad individual y los derechos humanos. De allí es que puede argüirse que el discurso empleado en el campo de la intelectualidad es a menudo el discurso contestatario al discurso usado por los que tienen el poder, o sea, al discurso de *los de arriba*. Por eso, para poder entender mejor el uso del lenguaje y del discurso como técnica literaria en las obras de Timerman y Solzhenitsin, será preciso destacar el papel fundamental del discurso del poder o del discurso ideológico del Estado porque es a través de él se moldea y se canaliza la

dinámica discursiva entre dos agentes de poderes y dos campos opuestos: el Estado y el individuo.

II. La propaganda en la zona: el discurso ideológico como herramienta de control

Al preguntarnos ¿cuál será este discurso del poder de los de arriba que propone imponer y mantener el control sobre los de abajo y, especialmente, el discurso del poder totalitario?, la respuesta no resulta ser tan fácil. Según Feitlowitz, la retórica oficial utilizada por el Estado terrorista argentino contenía todos los rasgos del discurso totalitario característico de cualquier dictadura y no solamente la que se estableció en Argentina: “Official rhetoric displays all of the traits we associate with authoritarian discourse: obsession with the enemy, triumphal oratory, exaggerated abstraction, and messianic slogans, all based on “absolute truth” and “objective reality”” (22).

Otro punto interesante que hace Feitlowitz es que el discurso oficial puesto al servicio del régimen militar refleja a la perfección la doble cara de la dictadura, su inherente duplicidad y clandestinidad: “The terrorist state created two worlds – one public and one clandestine, each with its own encoded discourse” (22). Lo curioso es que lo mismo pasó durante la dictadura en Rusia cuando se impuso el culto de la persona de Stalin y cuando, “with diabolical skill, the regime used language to: 1) shroud in mystery its true actions and intentions, 2) say the opposite of what is meant, 3) inspire trust both at home and abroad, 4) instill guilt, especially in mothers, to seal their complicity, 5) sow paralyzing terror and confusion” (Feitlowitz 22). La teoría del análisis crítico del discurso examina minuciosamente ese carácter clandestino del discurso ideológico que a menudo sirve para cubrir y disfrazar el verdadero significado de las palabras: “An ideological position can also be hidden (or at least screened) by the use of words, such as when an act

of war is termed ‘peacekeeping’. The critical discourse analyst must always be on the lookout for hidden ideological positions...” (Bloor and Bloor 11).

Pasemos ahora a los textos de Timerman y Solzhenitsin donde se abarca la cuestión del papel de la ideología y del discurso oficial del estado que instaure y legitime esa ideología. Según Timerman, la obtención de la información a través de la tortura (el tema que se examinará a fondo más abajo) representa nada más que la punta del iceberg y esconde la intención y el plan mucho más grande, ambicioso y siniestro puesto en práctica por los militares de la Junta Militar argentina así como por los militares del Partido Bolchevique ruso. Ese plan incluía nada más y nada menos que la instalación del sistema de terror estatal con fin de eliminar a todos los que no estaban de acuerdo con la nueva política de los nuevos “dueños” de la nación que se apoderaron del destino del país entero y de todos sus habitantes. Al tomar el poder, la única solución para los militares para mantenerse en poder y justificar sus métodos fue la política del terrorismo de Estado y de exterminio:

Los militares necesitaron todo ese tiempo para preparar sus planes, según algunos observadores. Sin embargo, en verdad los planes ya estaban preparados. Los militares necesitaban algo que resultaría mucho más importante que la situación se pudiera lo suficiente como para que toda la población – la prensa, los partidos políticos, la Iglesia, las instituciones civiles – considerara inevitable la represión militar. Necesitaba aliados, para luego convertirlos en cómplices. Necesitaba el Miedo por la seguridad personal, por la crisis económica, por lo desconocido, fuera tan grande como para que tuvieran el margen de tiempo, de contemplación,

de pasividad, necesario para desarrollar lo que consideraban la única solución al terrorismo de izquierda: el exterminio (Timerman 61).

Así empezó a crearse la base socio-política e ideológica para lo que más adelante llegará a conocerse con el nombre del Proceso de la Reorganización Nacional con su doctrina de la Seguridad Nacional (Portela 13). Simón Lázara indica lo siguiente sobre este proceso de indoctrinación ideológica:

La Doctrina de la Seguridad Nacional durante el llamado ‘proceso de reorganización nacional’ pasó a convertirse en la base ideológica de la acción de las Fuerzas Armadas, en Argentina y también en otros países latinoamericanos. Se describía a sí misma como impulsora de la modernización la institucionalización del Estado; le confería una efectiva capacidad de acción para resolver las crisis internas, no limitada por las trabas tradicionales de una sociedad democrática. Pero la verdad es que sirvió de sustento conceptual y proveyó de medios de acción a un nuevo modelo político, esencialmente burocrático-autoritario, que fue acompañado de un modelo económico, estrechamente vinculado a las concepciones predominantes en los centros hegemónicos de poder económico mundial (116-117).

Un “proceso” similar ya había transcurrido unas décadas antes cuando Stalin trató de reorganizar y reconstruir el cuerpo socio-político de Rusia al mismo tiempo que remodelarlo cambiando la manera de pensar y percibir el mundo de todos los habitantes del país en lo que después recibió el nombre del “experimento socialista” que intentó llevar a cabo el Partido comunista ruso.

Esta intención del régimen soviético resuena en las palabras del general Videla sobre el propósito del Proceso: “The aim of the Process is the profound transformation of consciousness” (Feitlowitz 21). Timerman insiste en que cuando los militares “tomaron el poder en marzo de 1976, las Fuerzas Armadas argentinas ya tenían elaborada toda la filosofía de la represión (176). Esta “filosofía” de la represión llegó expresarse a través del lenguaje y del discurso ideológico utilizado por la dictadura militar para apoyarse y para legitimar su estancia en el poder. Según lo señala Eduardo Duhalde, lo esencial de la doctrina de la Seguridad Nacional es que el “énfasis de su discurso ideológico está puesto en la defensa de la seguridad de la nación supuestamente amenazada ... por la infiltración en el seno del país, de elementos subversivos empeñados en destruirlo en todos los órdenes” (33).

Por eso, se hace útil trazar la recta entre el discurso ideológico y su papel en el análisis crítico del discurso que ha adquirido importancia y difusión amplia en el campo del análisis discursivo y literario. Es interesante considerar el punto planteado por Marc Angenot, aunque pueda ser debatible, sobre el discurso literario como parte del *discurso social* en el sentido más amplio que también abarca el discurso ideológico:

Como se ve claramente, ya no se trata de oponer “ciencia” y “literatura” a la ideología, impostora y engañosa. Porque la ideología está en todas partes, en todo lugar y la palabra misma “ideología” deja de ser pertinente en el sentido de que, al seguir el camino que guiaba la reflexión hacia una semiótica socio-histórica, muchos investigadores han llegado a hacer suya la proposición inaugural de Marxismo y filosofía del lenguaje (1929): todo lenguaje es ideológico, todo lo que significa hace signo en la ideología. Cito a Bajtín / Volóshinov: “El ámbito de la

ideología coincide con el de los signos: se corresponden mutuamente. Allí donde se encuentra el signo, se encuentra también la ideología... Todo lo que se analiza como signo, lenguaje y discurso es ideológico.” (27-28)

Algunos investigadores del análisis crítico del discurso indican que “discourse is an integral aspect of power and control ... Much social practice in complex modern society is institutionalized. Business, government, education, the law, for example, are essentially verbal... When we look at the highly structured organizations that hold most power and that control the way we live and influence the way we think, we can see that language is an integral part of that control” (Bloor and Bloor 4-5).

Por algo es que tanto la dictadura argentina así como la dictadura soviética en sus primeros pasos empezaron a encargarse de crear su propio lenguaje, su propio discurso ideológico o *el discurso del poder* con un léxico oficial aprobado y promovido en todos los medios por el Estado. Timerman dedica mucho espacio en su testimonio para reflexionar sobre ese discurso del poder y el proceso de creación de la doctrina:

El gobierno del general Videla se esmeraba en producir hechos pacíficos, hablaba de paz y comprensión, sostenía que la revolución no se había hecho contra nadie en particular, contra ningún sector en especial. Pero los jefes militares organizaron rápidamente sus feudos, cada uno se convirtió en un señor de la guerra en la zona que estaba bajo su control, y se pasó del terrorismo caótico, anárquico, irracional de la guerrilla izquierdista y los escuadrones de la muerte fascistas, a un terrorismo sistematizado, orgánico, racionalmente planificado. (40)

Con eso surge otra dimensión dentro de la cuestión dicotómica de la *verdad* (y la *historia* /la *realidad*) versus *ficción* que se plantea en el campo de la narrativa testimonial. Esta

dimensión tiene que ver con la necesidad de proponer otra versión de la ‘verdad’, la verdad del otro. Sin embargo, la verdad o la realidad ‘alternativa’ que, por querer establecerse como tal, o sea, por tratar de declararse ‘la verdad’, no deja de ser la realidad inventada y disfrazada, en otros términos, no deja de ser la ‘ficción’ o, básicamente, sigue siendo una mentira.

Ahora bien se necesita un disfraz bastante poderoso para sostener esta mentira, para apoyar esta propuesta de *la otra verdad*, para legitimar esa realidad *alternativa*. Se necesita nada más y nada menos que la palabra, la *historia* sobre la historia, o sea, el discurso social que describiría, representaría y apoyaría la realidad social nueva. Como lo dice Marc Angenot, el “discurso social tiene el monopolio de la realidad...representación de la realidad que contribuye en buena medida a hacer la realidad...y la historia” (64). Para poder hacer eso, para reinventar y ‘re-escribir’ la historia argentina, además del poder de las armas que ellos ya tenían, los militares necesitaban el poder del discurso legitimador para establecer el monopolio de la realidad y la verdad.

Eso fue precisamente lo que intentó hacer el general Videla y los militares como él en Argentina durante el período de la dictadura, hacer o, mejor dicho, rehacer la historia del país entero, la historia al nivel nacional a través de la obtención del “monopolio de la realidad” y el ‘monopolio’ de la verdad. Timerman lo explica en los siguientes términos:

La obsesión de la mente totalitaria es su necesidad de que el mundo resulte claro y nítido. Cualquier sutileza, o contradicción o complejidad la asusta, la confunde, y se le hace insoportable. Trata entonces de superar lo insoportable, por la única vía que tiene en sus manos, la violencia. Será difícil que ejerza la política, la

estrategia, la paulatina superación de los conflictos. Tiene al alcance de su mano el monopolio del poder, y lo lanza con toda su violencia que su ansiedad por simplificar la realidad le impone. (115)

Lo interesante que se devela en las palabras de Timerman es la cuestión de las *inhibiciones e inseguridades* del poder, las que crecen, paradójicamente, al paso al que crece el mismo poder. La paradoja consiste en que el poder absoluto impone y reafirma su poder a través de la represión, el terror y la violencia al mismo tiempo revelando su propia impotencia e inseguridad de poder mantener el control de cualquier otra manera. La imagen de Stalin creada por Solzhenitsin aporta a esta visión de un tirano lleno de inseguridades y miedos: “Solzhenitsyn’s derisive account of the cult of personality makes the serious point that Stalin is caught in a trap of his own making. His insecurities force him to seek the praise of others. Yet those same anxieties make him fearful of what people would say if they were free to speak their minds” (Pontuso 43).

Curiosamente, el régimen soviético bajo el mandato de Stalin básicamente usó casi los mismos términos declarando la guerra no a los “subversivos” sino a los “enemigos del pueblo”:

Pero el reloj de la Historia seguía dando las horas. En 1933, en la sesión plenaria de enero de TsK y del TsKK, el Gran Caudillo que ya calculaba mentalmente el número de bípedos que había que retirar de la circulación, declaró que la “desaparición del Estado”, prometida por Lenin y tan anhelada por los humanistas, “no llegaría a través del debilitamiento del poder estatal, sino a través de su máximo fortalecimiento, indispensable para rematar los restos de las clases moribundas...” (Solzhenitsin, 2: 125).

Así, el *Gran Caudillo* (Stalin) de la Rusia soviética planteaba el fundamento para legitimar su poder absoluto e incuestionable en los asuntos no sólo del Estado sino de la nación entera. De hecho, Timerman señala muchas analogías entre lo que sucedió en Rusia y lo que más tarde transcurrió en Argentina (97).

Sin embargo, el discurso oficial con toda su propaganda no pudo disfrazar o eliminar la verdad con las palabras evasivas y mentiras que no decían nada porque los ‘subversivos’ y los ‘desaparecidos’ fueron las personas reales, fueron los hijos, las madres, los padres, los hermanos, las hermanas, en fin, las familias enteras del país cuyo destino fue ‘secuestrado’ y ‘desaparecido’. Lo que estaba pasando a ellos fue demasiado real y nada pudo tapar esa horrorosa realidad: “Familias enteras desaparecieron. Los cadáveres eran envueltos en cemento y arrojados al fondo del río. Del Río de la Plata, del río Paraná ... Los cadáveres eran colocados en viejos cementerios, debajo de tumbas ya existentes. Jamás serán encontrados” (Timerman 66). De este modo, se plantea el enfrentamiento entre dos discursos-opositores: el discurso del estado con su propaganda de las ideologías y dogmas oficiales para ‘el bienestar de todo el pueblo’ y el discurso de un individuo-intelectual con su denuncia de los abusos y violaciones de los derechos humanos para ‘el bienestar de todos y cada uno’ de los seres humanos.

De esta manera en los textos de Timerman y Solzhenitsin se hace presente y se agudiza el debate que se desarrolla a través del discurso del poder donde la polémica se cristaliza dentro de dos polos opuestos: el poder del Estado y la oposición o la *resistencia*. Es preciso apuntar que la problemática de la tensión entre los derechos del hombre y los límites que el gobierno impone sobre la libertad individual no es nada nueva en la trayectoria socio-histórica y filosófica del pensamiento humano. De hecho, el

período de la Ilustración que abarcó la mayor parte del siglo XVIII se destaca por su preocupación por los derechos humanos y la libertad individual (Echavarren 15). Por extensión, se puede afirmar que el rol de un intelectual (o, el hombre *ilustrado*) según la visión de la Ilustración es recordarles a los demás sobre el derecho natural de pensar y expresar libremente todo aquello lo que se piensa. Es decir, ésta será la única manera de conseguir la autonomía individual y salir del estado de sujeción, o sea, pensar, criticar y expresar abiertamente sus ideas y pensamientos es uno de los instrumentos que puede ser utilizado por el intelectual para cuestionar el *estatus quo* y enfrentarse al poder del estado. Vale la pena decir que uno de los medios que ha resultado ser muy conducente y fructífero en el campo crítico-literario en cuanto a poder ayudar a un individuo a cuestionar estatus quo y, de esta manera, poder forjar un camino hacia la autonomía individual, adquirió el nombre de la *narrativa testimonial*.

III. La narrativa testimonial: destapar la mentira y decir la verdad

En consecuencia, el acercamiento textual a las obras de Timerman y Solzhenitsin y, precisamente, al tema de su discurso no se puede realizar sin replantear la cuestión del testimonio como un género literario que en las últimas décadas adquirió muy amplia difusión en la narrativa de América Latina y de Rusia. Según Leonidas Morales: “Ya hacia fines de la década del 80 y comienzos de la del 90 se publicaban compilaciones de estudios sobre narración testimonial” (194). Se ha producido mucha crítica sobre la literatura testimonial enfocándose en la polémica en cuanto a la definición, las características, la temática y las funciones principales. Mabel Moraña sugiere que “el testimonio sería una forma de narrativa épica, popular-democrática y no-ficticia, donde la voz narrativo-testimonial (correspondiente ya al protagonista, ya a un testigo de los

hechos narrados) se expresa a través de una fuerte presencia textual, y representa a un sector o clase social, apartándose así de la individualidad del ‘héroe problemático’ de la novela burguesa” (5). Hay que notar de paso que ella también señala que el discurso testimonial aborda una amplia variedad de conceptos y cuestiones muy polémicas en varios niveles. Moraña recalca que es necesario tomar en consideración que su definición “que se aplica puntualmente al testimonio o a la narrativa testimonial, debe aceptar múltiples matizaciones para el caso de la novela-testimonio, o de otras formas adyacentes que los mismos autores consideran al mencionar modalidades de “neo-testimonio”, “pseudotestimonio” o narraciones de “impulso testimonial” (5).

Aquí podría argüirse que muchos investigadores, tratándose del testimonio, parecen estar muy preocupados por la cuestión de la “verdad” o veracidad versus “ficción” o “ficcionalización”. A propósito, Fernando Reati señala su propio intento de “demostrar de qué modo ciertas memorias de prisión publicadas por ex presos políticos a mediados de los años 80, poco después de la Guerra Sucia, obligaban a replantear el concepto del testimonio en cuanto versión ‘verdadera’ de lo ocurrido” (106). Sin embargo, la intención de este trabajo no se ubica en enfocar la cuestión de la verdad que, según algunos investigadores, “subyace a todo texto que se reclama como “narración de testigo”” (Moraña 9). Cabe mencionar que en el presente estudio se adhiere a la posición que desde el principio disipa la tensión entre la objetividad / subjetividad en el debate sobre el testimonio por la simple razón que se hace difícil afirmar que la verdad se puede colocar y definir como algo absoluto y universal para todos. Por eso, sería más conveniente considerar la verdad como una modalidad que se relaciona más con la subjetividad que la objetividad porque pueden existir tantas verdades cuántas personas

hay en el mundo y cada quien, en general, cuenta su propia “verdad”. Esta idea se reitera muy frecuentemente dentro de una índole crítica de la literatura testimonial en los años más recientes: “El testimonio es, así, resultado de sucesivas reelaboraciones, de versiones superpuestas en las que las subjetividades de autor y personaje se confunden como en ningún otro subgénero de la narrativa” (Moraña 9). Sería conveniente contemplar la cuestión de verdad versus la ficción en cuanto a la narrativa testimonial, lo que podría servir como punto de partida antes de adentrarse en el propio análisis textual.

Esta obsesión por contar la ‘verdad’ y por utilizar el discurso “verídico” y verosímil tiene sus raíces en la literatura y el discurso colonial donde, en este respecto, se destaca la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo. Una de las mayores preocupaciones del autor / protagonista de la *Historia* es contar la “verdadera historia de lo acontecido” (Beckjord 147). Podría decirse que desde los tiempos coloniales empieza a plantearse esta oposición problemática entre la ‘verdad’ y la ‘ficcionalización’ en la literatura testimonial aunque muchos investigadores en la crítica más reciente intentan revelar “las limitaciones de algunos acercamientos recientes, que intentan distinguir entre ‘historia’ y ‘ficción’ en los escritos del siglo XVI” (Beckjord 148).

En el contexto más contemporáneo, esta problemática de la *verdad* versus *ficción* en la narrativa testimonial se agudiza aún más y se transforma y se ubica dentro de una nueva índole literaria y político-cultural que refleja los nuevos valores estético-ideológicos del siglo XX cuyo tejido social está contaminado por numerosas guerras civiles y regímenes totalitarios. En otras palabras, la transformación del género discursivo

testimonial se puede ver como el intento de acomodar y expresar los cambios socio-políticos dentro de la sociedad en general:

En este sentido, la literatura latinoamericana, especialmente en la segunda mitad de nuestro siglo, ha recogido el impacto de una serie de hechos que afectan la dinámica social en su totalidad ... los movimientos de liberación que recorren el continente durante el último medio siglo movilizan una serie de fuerzas que impulsan el cambio social o resisten el autoritarismo produciendo a nivel literario formas representativas de la lucha popular que reavivan modalidades tales como la crónica, el diario, la biografía y generan las formas enmascaradas del discurso producido bajo censura. (Moraña 3)

De esta manera, según muchos investigadores, el discurso testimonial que antes había servido como el medio de grabar y constatar los ‘hechos verdaderos’, o sea, contar la supuesta verdad y describir la realidad, poco a poco empezó a convertirse en un discurso que cuestiona y denuncia esta realidad y desafía los modelos y los mecanismos sociales de “status quo” y del poder institucionalizado (Moraña 6). En otras palabras, el discurso testimonial de los tiempos de colonia que antes ofrecía el testimonio y la historia ‘verdadera’ que justificaba, legitimaba y perpetuaba el poder y el orden socio-económico y cultural que este poder garantizaba, con el tiempo empezó a transformarse en la *literatura de resistencia* (Rama 23).

Esta *literatura de resistencia*, es decir, el testimonio literario modernizado del siglo XX, representa el “entrecruzamiento de narrativa e historia, la alianza de ficción y realidad, la voluntad, en fin, de canalizar una denuncia, dar a conocer o mantener viva la memoria de hechos significativos, protagonizados en general por actores sociales

pertenecientes a sectores subalternos...” (Moraña 5). Precisamente, es esa postura de la resistencia, esa voz de la denuncia levantada desde los huecos más oscuros de la realidad lo que caracteriza las obras *Preso sin nombre, celda sin número* y *Archipiélago Gulag*. Hay que destacar que la denuncia en la *literatura de resistencia* comúnmente no tiene el carácter generalizado y, además de exponer una “problemática social específica”, saca a la luz no solamente los hechos y los detalles específicos del período y de lo que pasó sino también expone los nombres específicos de aquellos “actores sociales” que, según los que hacen la denuncia, tienen que hacerse cargo y responder por sus actos y asumir la responsabilidad total por lo ocurrido. En consecuencia, una de las características clave de la denuncia y de la narrativa testimonial resulta ser la relación dicotómica entre el que denuncia o ‘el acusador’ y el que es denunciado o ‘el acusado’. Por lo tanto, la problemática de ‘víctimas’ y ‘victimarios’ muchas veces se pone de relieve en los testimonios literarios como los de Timerman y Solzhenitsin. Esta problemática en los textos de Timerman y Solzhenitsin será examinada con más detalle en el segundo capítulo del presente estudio.

Retomando lo que se refiere a la relación entre la ‘verdad’ y ‘ficción’ dentro del género del testimonio literario y a medida que se iba transformando la literatura testimonial en la época moderna, muchos críticos hoy día se coinciden en la opinión que resalta la antedicha “alianza de ficción y realidad” dentro del tejido narrativo testimonial más contemporáneo. Por ejemplo, Nora Strejilevich en su ensayo “Testimony: Beyond the Language of Truth” recalca la idea de que la verdad y la ficción como dimensiones concomitantes del discurso testimonial ya no ocupan puntos opuestos y de ninguna manera se excluyen mutuamente sino que forman parte integral de un proceso literario y

socio-psicológico más complicado que no encaja en la visión restringida del pasado que percibe el testimonio como simple y pura colección de los hechos:

Tension exists between the ways in which testimonies voice their truth, and the expectations readers or listeners have regarding what truth means and how it should be voiced. Society favors systematizing testimony as a collection of facts whereas testimony after genocide does not abide by the rules established by the scientific/academic/legal apparatus. Rather, it voices the intimate, subjective, deep dimension of horror. Having witnessed the abyss of atrocity, survivors can no longer rely on knowledge or facts as the basis for thinking. It is mostly in the realm of literature where recounting becomes an elaboration of language so that it can invoke the true nature of the “event.” (701)

Habría que precisar que Strejilevich alega que el verdadero testimonio debe incorporar la memoria o las memorias de los que vivieron y sobrevivieron los hechos y las experiencias horribles para poder contarlas. Sólo que esto no quiere decir necesariamente que la memoria se basa únicamente en los datos precisos de lo ocurrido. Para ella, el hecho de contar los eventos y acontecimientos de manera documental, objetiva y despojada de todo tipo de sentimiento o subjetividad no representa un testimonio en sí sino una deposición, un documento lineal idéntico a los que se hacen en la corte o cualquier otra institución penal.

Sin embargo, no hay duda alguna que la existencia humana no representa una unidad lineal sino un caleidoscopio y entrecruce de todo tipo de modalidades, dimensiones, espacios, acontecimientos y fenómenos que crean el vértigo pulsante e indomable de la realidad. El testimonio, visto por Strejilevich, no cuenta la “verdad” o la

“realidad” sino la recuerda, la reconstruye, la interpreta. Precisamente por eso, en su opinión, el verdadero testimonio se aproxima en su esencia a la narrativa y constituye por definición un discurso literario: “Memories of horror are not accurate, and witnesses who testify in front of a jury have to reshape their traumatic recollections to fit the requirements of the law, which demands precision. A truthful way of giving testimony should allow for disruptive memories, discontinuities, blanks, silences and ambiguities, it should become literary” (Strejilevich 704). De este modo, Strejilevich reafirma y reivindica el punto reconciliador o el entrelazamiento, la unidad y la “alianza” entre la *verdad* y la *ficción* en el testimonio que en sí es el testimonio literario. Sin embargo, ella insiste en distinguir entre la verdad versus la objetividad y la ficción versus la subjetividad:

This fact becomes more evident in testimonial narrative because experience is told from an intimate perspective, often through the voice of a first person narrator... In case of testimony, interpretation is part of the process because we are dealing with memories and with language... However, most witnesses seem to disavow the relationship between fiction and history... Generally, the first thing they forget is that there is no memory of the past without interpretation. More precisely, incontrovertible memory is itself is a fiction... Testimony, again, does not contribute facts but rather incomplete memories that are often imprecise and shaped by fear. Since abuse, persecution, annihilation, and suffering are all true, testimonial discourse should focus on its capacity to transmit these certainties... In short, testimony should stress just truthfulness, not objectivity. (Strejilevich 707-709)

Para el propósito de este trabajo las ideas de Strejilevich se hacen relevantes cuando se aplican tanto al testimonio literario de Timerman como a la obra de investigación literaria de Solzhenitsin.

IV. La polifonía: la memoria y las voces múltiples del testigo colectivo

De aquí en adelante el presente trabajo se va a apoyar parcialmente en las observaciones de Strejilevich sobre las funciones principales y la temática del discurso testimonial usándolas como punto de partida y eje conceptual para el análisis textual de dos obras en cuestión. Strejilevich examina y evalúa múltiples características, dimensiones, modalidades y construcciones que constituyen parte del discurso testimonial. En su ensayo el concepto de la verdad y la ficción se relaciona directamente con los conceptos de la memoria versus el olvido y de la voz versus el silencio, los conceptos que, en turno, se vinculan a una característica que se destaca en el testimonio como género literario. Esta característica representa el hecho de que el testimonio es “producido por (o a partir de) la información provista por un *testigo* que presenció o participó en los hechos narrados” (Moraña 6). Esta idea del *testigo ocular* es muy importante para cualquier proyecto del testimonio literario porque “apoya la credibilidad (y no sólo la verosimilitud) del testimonio, y su valor como elemento de denuncia” (Moraña 6). Ciertamente, Timerman y Solzhenitsin representan estos testigos que vivieron en carne propia todos los horrores y las atrocidades de la persecución política, del encarcelamiento injusto y del tratamiento inhumano y cruel mientras estuvieron encarcelados.

Ambos textos incorporan a este narrador en primera persona o narrador-testigo, quien a la vez funciona como el narrador protagonista de la historia narrada. Según

Gérard Genette, este tipo de “relación de participación del sujeto de enunciación narrativa en el contenido narrativo” se llama *narración homodiegética* (Pimentel 275). Timerman aun en las primeras páginas de su obra acierta a través del uso del ‘yo’ de la primera persona en su papel de un testigo que escribe nada más y nada menos que un testimonio: “Pero he sobrevivido, para dar testimonio” (14). Lo mismo hace Solzhenitsin en su dedicatoria: “A todos los que no vivieron lo bastante para contar estas cosas. Y que me perdonen si no supe verlo todo, ni recordarlo todo, ni fui capaz de intuirlo todo” (1: 11). Sin embargo, hay que recalcar que Solzhenitsin desde el principio no sólo se define a sí mismo como *narrador – testigo – participante* (protagonista) de la historia sino que también identifica a su lector entrando en una especie del diálogo con él, el diálogo que va a mantenerse presente a través de toda su obra: “¿Cómo se llega a ese misterioso Archipiélago?...Y los que van allí a morir, como usted y yo, mi querido lector, deben pasar forzosa y exclusivamente por el arresto” (1: 23). En este sentido, viene al caso la observación de Luz Aurora Pimentel en su *Teoría narrativa*: “la narración testimonial, en muchos casos, elige otras formas pronominales, no solamente la primera persona singular ... enunciado en la primera persona del plural: ‘nosotros’” (Pimentel 277).

No cabe duda que la selección de la primera persona del plural de “nosotros” por parte de Solzhenitsin tiene el propósito más allá de la mera formalidad estructural de la narración. Quizá quepa discutir que uno de los planteamientos fundamentales de Solzhenitsin radica en escoger el título y la metáfora colectiva de “Archipiélago Gulag”. ¿Qué quiere decir “archipiélago”? En términos geográficos es una serie de islas aisladas por incrustaciones de agua pero en términos metafórico-discursivos este “archipiélago” puede que represente un país místico o surreal que existe al lado o quizá dentro de un país

muy real donde todos los habitantes son los presos que forman parte de esta voz colectiva, la voz de “nosotros” que se ahoga en llanto de los torturados y se asfixia en el pudor de los anihilados (Ericson 153).

Casi sería obvio observar que la selección de la forma pronominal de “nosotros” apoya la idea de Solzhenitsin que, aunque él sí se declara como *el narrador – el testigo – el protagonista* de la historia narrada, a todos los demás también los incluye en esta categoría de los testigos o, en palabras de Pimentel, del *testigo colectivo* (Pimentel 277). Sin embargo, según Solzhenitsin, no son sólo los testigos sino los participantes y víctimas a la vez de la tragedia que envuelve a cada uno y a todos, a todo el país y a toda la nación (Brodsky 4). Para crear este sentido de que lo que está pasando, involucra a todo el país y cada uno de sus habitantes, Solzhenitsin se vale de una técnica narrativa denominada por Bajtín como *polifonía*:

In his fiction Solzhenitsyn effectively employs a technique called “polyphony,” a device originally detected in Dostoevsky’s works by Mikhail Bakhtin, a leading Russian literary scholar of the Formalist school. With only slight modification, Solzhenitsyn incorporates this device in his novels: almost every one of his characters shares in the development of the theme as if he were the book’s protagonist. In any given passage the narrator focuses exclusively on a particular character. The effect is one of intense interaction among a multitude of independent and seemingly unrelated characters, or “polyphony” (Kodjak 140).

Aunque al principio parece que esa multitud de los personajes con su polifonía de voces independientes no tiene nada que ver con el ambiente y el espacio restringido y limitado del las cárceles y los campos soviéticos, la polifonía narrativa en el texto de Solzhenitsin

le ayudar a forjar la idea de independencia intelectual y espiritual de los habitantes del Gulag soviético. Además, la cualidad polifónica de la narrativa de Solzhenitsin contribuye a la creación del ambiente heterogéneo y multifacético donde se cruzan, se moldean y se reafirman múltiples identidades de los seres humanos que logran conservar su integridad y dignidad humana a través de la búsqueda de su propia voz.

En efecto, a pesar de la privación de su libertad física, los habitantes de *Archipiélago Gulag* resisten a la privación de su derecho de pensar. Aquí el estilo de Solzhenitsin también se vale del *discurso polifónico*:

Ironically, Solzhenitsyn's characters act independently in just those circumstances that would seem to offer little possibility of individual freedom. Within the confines of a concentration camp ... freedom of action is, to say the least, limited. Yet while constraining his characters physically, Solzhenitsyn expands their intellectual independence and spiritual freedom. The reader thus witnesses the paradoxical depiction of free men in chains. From the grey mass of convicts... emerge bright and colorful individuals, each with his unique outlook and destiny. The contrast between the author's portrayal of individual personalities and the bureaucratic equation of a man with a number... eloquently conveys Solzhenitsyn's humanism. (Kodjak 140)

Todo lo dicho nos permite sugerir que a través de su texto, Solzhenitsin contrapone a la maquinaria del terror estatal un factor humano, es decir, todo lo humano que todavía se conserva (dentro de una persona y dentro de muchos si no todos) aunque sea en las más inhumanas condiciones. Por lo tanto, la cualidad polifónica de la obra de Solzhenitsin puede verse como parte del discurso *humanizante* de un ser humano que asume múltiples

roles del escritor, del intelectual, del testigo, de la víctima y del juez todo al mismo tiempo. Por otro lado, lo que hace el discurso polifónico de Solzhenitsin aun más humano y humanizante es la incorporación de la lengua coloquial que “mantiene la evocación de la cotidianidad”, no precisamente vulgar, sino marcada por el empleo de “refranes, decires, dichos...motivos folclóricos” y varias “alusiones bíblicas” (Bratosevich, 1: 80).

Notemos por otra parte que Timerman no emplea tanto las perspectivas múltiples y la forma de *nosotros* como lo hace Solzhenitsin pero lo interesante es que él también usa esta *voz colectiva* cuando hace referencia a su origen judío. De hecho, el prefacio a su *Preso sin nombre, celda sin número* se convierte en un tipo de homenaje donde Timerman reafirma su identidad y el orgullo por su herencia familiar y cultural de ser un judío: “Mi padre fue Natan Timerman. Natan ben Jacob. Y yo soy Jacob ben Natan. Jacob para honrar al padre de mi padre” (13). Con su “yo soy” Jacobo Timerman reitera su conciencia de ser un individuo con valor e identidad propia. Con su “Hemos recorrido todo el camino” (14), más adelante, la voz propia del “yo” se hace aún más fuerte cuando se integra en la voz de muchos, la voz de “nosotros”. Esta voz íntegra de la solidaridad, de la fuerza y la sobrevivencia, según Timerman, no quiere y no puede ser silenciada. No la pueden asfixiar ni los machetes de los “asesinos cosacos” (13), ni las cámaras de gas de los nazis, ni los centros clandestinos del Ejército argentino. Esa voz de muchos se cristaliza y se hace presente a través del testimonio de un ser humano cuyas “palabras de aliento” (Timerman 15) son el vestigio del pasado y el presagio del futuro, son la memoria y la esperanza, son la acusación y la justicia todo a la vez.

En cuanto al uso del modo narrativo de un *diálogo*, Timerman no se dirige al lector directamente como lo hace Solzhenitsin sino emplea una especie del *narratario*⁷ dentro de su texto como forma de apoyarse en un testimonio del otro. Ese otro es su “compañero del llanto”, es decir, es otro preso sin nombre cerrado en otra celda sin número que comparte su triste destino de estar encarcelado y torturado. Sin embargo, a través del texto de Timerman, se hace evidente que él no necesitaba este testimonio del otro tanto para comprobar a otros el hecho de que lo que narraba, sí pasó de verdad, como lo necesitaba para comprobar a sí mismo que no se estaba volviendo loco y que no estaba solo, o que no “era el último ser humano sobre la Tierra en un Universo de guardianes torturadores” (18). Dirigiéndose a otro preso, Timerman recrea el sentido de la fraternidad que casi se ha perdido en el medio de tanto sufrimiento y soledad:

Y entonces tengo que hablar de ti...fuiste mi hermano, mi padre, mi hijo, mi amigo...Tienes que recordar, es necesario que recuerdes, porque si no me obligas a recordar por los dos, y fue tan hermoso que necesito también tu testimonio...Era tan nítida la separación de la vida y la soledad, que sabiendo que tú estabas ahí, no podía mirar hacia la celda...Yo entendí que me estabas consolando, y comencé a llorar. En silencio, claro... Pero tú viste que lloraba, ¿verdad?, lo viste, sí...Tú me

⁷El *narratario* es el “receptor del mensaje” en una obra narrativa. En algunas obras el narrador dirige sus palabras a otro personaje que también es ficticio. A este receptor se le denomina *narratario*...” (Virgilio, Valdivieso, y Friedman 425).

enseñaste, esa noche, que podíamos ser Compañeros del Llanto. (18-19)

Lo que acabamos de citar del texto de Timerman resulta ser un pasaje más recargado emocionalmente y casi se aproxima al lenguaje poético con su intensidad de los sentimientos y densidad de las imágenes. Así, desde lo más profundo, se manifiesta el discurso *humanizante* de Timerman donde se reafirma el valor de un ser humano que resiste (aunque “en silencio”) a renegar su humanidad y ser ‘desaparecido’.

Lo interesante también es que, aunque Timerman usa al narratario y la forma de ‘tú’, a veces la voz del narrador destinada al narratario obtiene una resonancia de auto-reflexión como si el narrador (o Timerman) estuviera hablando no a alguien más sino a sí mismo utilizando la segunda persona. Esa técnica dialógica de Timerman logra crear un efecto de *la voz compartida* que resuena y se escucha no solamente de una persona sino de dos o tres, o más personas, hasta la infinitud. Es la voz compartida entre el ‘yo’, ‘tú’, ‘él’, ‘ella’, ‘nosotros’, o sea, entre todos los que fueron víctimas de la represión. Por consiguiente, Timerman trabaja de su propia manera el concepto del *testigo colectivo* o la *voz colectiva* aunque ésta no sea la polifonía de voces en el sentido bajtiano que se ve en la narrativa de Solzhenitsin.

Ahora bien, es interesante examinar más a fondo la problemática y la relación entre aspectos muy debatidos y controversiales en cuanto al discurso testimonial. Estos aspectos abarcan los conceptos recurrentes de la memoria versus el olvido y la voz versus el silencio. Estos aspectos se relacionan y se entrelazan a múltiples niveles con los conceptos ya analizados del *testigo colectivo* y la *voz colectiva*, pues, para poder expresar algo, para hacer presente la voz, uno tiene que preservar las memorias y recordar al mismo tiempo que uno a veces intenta callar esta misma voz para poder olvidar y tal vez,

mediante de ello, poder sanar las heridas del pasado y recuperarse. Sin embargo, muchos de los textos y obras escritas sobre experiencias traumáticas y dolorosas del pasado sufridas en el contexto de los regímenes dictatoriales del siglo XX abogan por la misma posición expresada por Strejilevich en su libro *El arte de no olvidar: literatura testimonial en Chile, Argentina y Uruguay entre los 80 y los 90*. El título mismo del libro ya revela hasta cierto punto esta posición de preservar la memoria, no olvidar y, aun más, hablar y darle voz a lo ocurrido, precisamente como una de las maneras de poder procesar el trauma y sobrevivir los efectos postraumáticos de ser una víctima del terror: “The need to tell our story to ‘the rest’, to make ‘the rest’ participate in it, has taken on for us, before our liberation and after, the character of an immediate and violent impulse. It could be said that even if the words ‘never again’ were only the shape of a hope never to be achieved, witnesses will ‘always again’ tell their story and remember, they will ‘always again’ insist on memory” (Strejilevich 702). Aquí Strejilevich refiere primordialmente a la memoria personal de un individuo que ha sufrido en carne propia los abusos y los tormentos bajo un régimen totalitario aunque muchos estudios han sido realizados también sobre el concepto literario y socio-psicológico que representa la *memoria colectiva* y su (re)construcción en los países que se encontraron bajo el poder dictatorial.

Cabe notar que muchos teóricos han examinado este concepto de la memoria colectiva dentro del contexto de la Guerra Sucia en Argentina en los setenta: “...the disappearances also served a conscious construction of the national memory about the dirty war...” (Robben 129). Sin embargo, esta concepción en sí abarca un terreno demasiado amplio y se ubica afuera del alcance del presente trabajo. Sólo basta apuntar que dentro de la polifonía de las voces que surgen al respecto de esta cuestión hoy en día

tiende a existir un consenso en tanto a que la memoria puede servir no sólo como el medio eficaz de procesar el dolor del pasado al nivel psicológico sino que también puede funcionar como instrumento para denunciar los abusos y reclamar a los abusadores, o sea, como arma de denuncia y resistencia socio-política y cultural (Strejilevich 707). Eso, según Strejilevich y algunos otros, puede abrir el camino a la posible reconciliación con el pasado y, potencialmente, la recuperación ética de una comunidad en transición de una dictadura a una sociedad más democrática (707). Por otro lado, escritores como Ariel Dorfman argumentan que la acción de preservar la memoria y romper el silencio pueden ayudar a evitar el riesgo de repetir los errores del pasado: “El silencio que pesaba encima de tantos de mis compatriotas...no podía ser acatado por los escritores. Consideré...que la democracia se fortalece expresando sus horrores y esperanzas. La manera de evitar la repetición de las grandes convulsiones no es callando su existencia” (89-90).

Edurne Portela ofrece una interpretación quizá más elaborada y explícita de la misma idea:

In the post-dictatorial Southern Cone countries, memory is a space of political struggle since the act of remembering is also an act of vindication for the victims of the dictatorships. This struggle is set against oblivion and for justice, and remembering is performed as a strategy to avoid the repetition of horror, to denounce the violation of human rights, and to pay tribute to the victims. The struggle is also a way of working through both individual and collective trauma.

(161)

De este modo, los conceptos de la memoria individual y la memoria colectiva se incorporan dentro de otro aspecto fundamental para entender los procesos que afectaban a

los países que sufrieron largos períodos de dictaduras. Este aspecto tiene que ver con la cuestión de un trauma sufrido por miles de personas al nivel individual que terminó por convertirse en un trauma colectivo al nivel nacional.

En cuanto al problema del trauma individual agudizado aún más por el silencio forzado, los textos de Timerman y Solzhenitsin tienen pasajes enteros dedicados al intento de expresar este trauma y dolor grabados no solamente en la memoria sino también sufridos en el silencio. Timerman representa el silencio como parte integral de la existencia propia de un preso. Él vincula los conceptos del Silencio (y la Soledad) a las modalidades físicas y literarias del Espacio y del Tiempo. Sin muchos preámbulos o preludios Timerman invita al lector a entrar (y compartir) el espacio al que está destinado un preso como él. Este espacio, por supuesto, es la celda: “La celda es angosta. Cuando me paro en el centro, mirando hacia la puerta de acero, no puedo extender los brazos...Las paredes blancas, recién encaladas. Seguramente había nombres, mensajes, palabras de aliento, fechas. Ahora no hay testimonios, ni vestigios” (15). A fin de empezar a exponer el mundo de despojo, privación y aislamiento artificialmente construido y reducido a un “colchón mojado” y a una “abertura cerrada”, Timerman crea el espacio de la celda, uno que se hace a la vez cómplice y perpetrador no sólo del acto de privar la libertad sino de ‘reducir’ a una persona, de silenciarla y poco a poco de “desaparecerla” por completo, de la misma manera que las “paredes blancas, recién encaladas” (15) borran y desaparecen los “nombres” y “mensajes”, todo lo que puede recordar y ‘revivir’ la memoria de la vida digna de un ser humano. Más abajo en el capítulo 2 se va a integrar ese tema del trauma individual y el trauma colectivo.

Como se ha mencionado anteriormente, Timerman relaciona constantemente el espacio de la celda no sólo con el silencio sino también con el tiempo: “Espero un Tiempo, y otro Tiempo, y más Tiempo. Y vuelvo a la mirilla... Yo entendí que me estabas consolando, y comencé a llorar. En silencio, claro” (19). La idea de la interacción y la interconectividad entre el Espacio y Tiempo y su importancia dentro de la teoría literaria ha sido trabajada por Mikhail Bajtín quien ha desarrollado el concepto del *cronotopo* que se va a explorar a fondo más adelante en aplicación al espacio de la cárcel y, en el sentido más amplio, al espacio de los campos de trabajos forzados en la Unión Soviética. Es preciso considerar la definición del cronotopo propuesta por Bajtín:

We will give the name chronotope (literally, “time space”) to the intrinsic connectedness of temporal and spatial relationships that are artistically expressed in literature. This term [space-time] is employed in mathematics, and was introduced as part of Einstein’s Theory of Relativity. The special meaning it has in relativity theory is not important for our purposes; we are borrowing it for literary criticism almost as a metaphor (almost, but not entirely). What counts to us is the fact that it expresses the inseparability of space and time (time as the fourth dimension of space). We understand the chronotope as a formally constitutive category of literature; we will not deal with the chronotope in other areas of culture. (*The Dialogic Imagination* 84)

Según Bajtín, el espacio y tiempo adquieren el papel aun más significativo cuando se interpretan en cuanto a su relación con la idea de la cárcel (o la prisión) y todo aquello que se asocia con ella como la persecución, el secuestro, la detención y la tortura.

Bajtín señala: “Abduction presumes a *rapid* removal of the abducted to a *distant* and *unknown place*. *Pursuit* presumes overcoming distance, as well as other *spatial obstacles*. *Captivity* and *prison* presume *guarding* and *isolating* the hero in a *definite spot in space*, impeding his subsequent spatial movement toward his goal, that is, his subsequent pursuits and searches and so forth (*The Dialogic Imagination* 99). Todo esto tiene como su objetivo principal desplazar a un ser humano del mundo conocido al que él está acostumbrado y transferirlo al mundo ajeno y amenazador, el mundo subhumano o *ultrahumano* donde se distorsionan todos los puntos de referencia a la ‘normalidad’ y se alteran todas las concepciones del espacio y del tiempo con el propósito de controlar a un individuo, de intimidarlo, silenciarlo, borrarlo y destruirlo.

Una vez que un ser humano está atrapado en este mundo *ultrahumano*, en esta realidad alternativa de la prisión, el silencio, o más bien, el silencio físico al que se refiere Timerman con la letra minúscula muy pronto se convierte en el Silencio escrito con mayúscula, ya que se desarrolla dentro de un ámbito socio-psicológico al nivel nacional, es decir, aquí el Silencio de Timerman entra en la previamente mencionada noción de la *memoria colectiva*:

Lo que sí hubo, desde el primer momento, fue el gran Silencio que aparece en todo país civilizado que acepta pasivamente la inevitabilidad de violencia, y sobre el cual cae de golpe el miedo. Ese Silencio que puede convertir a una nación en cómplice. Ese Silencio que hubo en Alemania, cuando aun muchos bien intencionados suponían que todo volvería a la normalidad cuando Hitler terminara con los comunistas y los judíos. O cuando los rusos suponían que todo volvería a la normalidad cuando Stalin terminara con los trotskistas. (67-68)

Solzhenitsin, por su parte, también aborda el tema del Silencio desde las primeras páginas en el primer capítulo que se titula *El arresto*. Solzhenitsin trabaja este concepto dicotómico del silencio y el Silencio de la manera muy similar a la de Timerman, o sea, también lo relaciona con la noción de la complicidad de un acto criminal y monstruoso.

Solzhenitsin habla de su propio silencio a la hora del arresto apropiándose del tono no solamente de auto-reflexión sino también de autoacusación que se extiende gradualmente a todo el país, a todos los que lo sabían pero lo callaban, lo miraban pero no lo querían ver: “El sentimiento general de inocencia engendraba un parálisis también general. ¿Y si, a lo mejor, a mí *no me cogen*? ¿Y si todo se arregla? ... ¡Tú eres inocente, claro que sí! Todavía crees que los órganos de la Seguridad del Estado son un ente humano y lógico: tan pronto como se aclare te soltarán. Entonces, ¿para qué vas a huir?, ¿para qué oponer resistencia?” (1: 33). Después el mismo Solzhenitsin contesta su propia pregunta: “¡Había que resistir! ¿Dónde estuvo su resistencia?”, increpan ahora a las víctimas los que se libraron del arresto. Sí, la resistencia debiera haber empezado en el momento del arresto. Pero no fue así... ” (1: 36).

También se ha de saber que Solzhenitsin no se restringe sólo a exponer la complicidad de todos en callar las atrocidades que pasan a su alrededor y tampoco arroja acusaciones ni veredictos sin tratar de evaluar el contexto y las circunstancias. Lo que hace es reflexionar y examinar a fondo las posibles razones para que sucedan esa complicidad casi criminal, esa “parálisis general” colectiva y esa atrofia total de conciencia:

Y al final, se te llevan... Y nadie te tapa la boca. ¡Puedes g r i t a r, no debieras dejar escapar la ocasión! ¡Gritar que se te llevan! ¡Que unos monstruos

disfrazados andan a la caza de la gente! ¡Que los cogen con falsas denuncias!
¡Que están acabando en silencio millones de seres! Y al oír muchas veces al día
estos gritos, al oírlos en todas partes de la ciudad, quizá a nuestros conciudadanos
se les desgarraría el alma. Quizá las detenciones se harían más difíciles.

(Solzhenitsin, 1: 36-37)

Curiosamente, de la misma necesidad desesperante y desesperada de gritar para que todo
el mundo te escuche a la hora del arresto habla Paulina, una víctima de la tortura en los
tiempos de una dictadura, en la obra de teatro de Ariel Dorfman “La muerte y la
doncella”: “Después me reproché a mí misma, tuve mucho tiempo en realidad para
pensarlo, yo sabía que en esas circunstancias había que gritar, que la gente supiera que
me agarraron, gritar mi nombre, soy Paulina Salas, me están secuestrando, que si uno no
pega ese grito en ese primer momento ya te derrotaron...” (70).

Sin embargo, Paulina, como Solzhenitsin y muchos, muchos más, se queda
callada y paralizada pero no derrotada porque, aunque muchos años después, ella buscará
la justicia, encontrará su propia voz, declarará su derecho de no tener que callarse nunca
más y asumirá el papel de la acusadora del hombre que la había hecho pasar por un
infierno. Lo importante también es que a través de la voz denunciadora de Paulina, a
través de sus revelaciones y acusaciones se manifiesta al mismo tiempo la voz femenina
que por fin, después de muchos años, reclama su derecho de ser escuchada y se niega a
someterse al poder y al *discurso masculino* que quiere dominarla.

Aunque la voz de Paulina y de millones de mujeres como ella sea la voz
femenina, el dolor y el sufrimiento no tiene género y esa voz de los testigos, víctimas y
acusadoras al mismo tiempo se transforma y se cristaliza en la voz de miles de otras

personas secuestradas, torturadas y ‘desaparecidas’ que, de una buena vez, rompen esa ‘parálisis colectiva’ y atrofia del Silencio y reclaman la justicia. Del mismo modo, se logra en el texto de Solzhenitsin la transformación del Silencio colectivo en la voz de la acusación (y autoacusación), la denuncia y el reclamo de la justicia. Puede leerse que Solzhenitsin juzga duramente tanto a sus contemporáneos como a sí mismo. Primero, empieza por decir, “si hubiera hecho tal cosa, si se hubiera hecho tal otra...Sencillamente, nos hemos merecido todos lo que vino después” y luego termina con “Yo también tuve más de una ocasión de gritar...” (1: 34) asumiendo su propia responsabilidad de ser cómplice de lo acontecido.

Sin embargo, basándose en la manera de narrar las cosas por parte de Solzhenitsin y en el uso del recurso de la polifonía narrativa, quizá se podría observar que, además de asumir su propia responsabilidad, él a la vez asume el papel multidimensional de un testigo, de una víctima y de un juez. No obstante, no hay duda que es un juez auto-reflexivo que todo lo evalúa desde múltiples ángulos y perspectivas y con bastante objetividad puesto que llega a aclarar que la razón principal por la cual él quizá guardó el silencio y no gritó cuando podía es que ahora sí puede atestiguar y gritar la verdad pero no a unos cuantos sino a millones y, después, a millones más por venir: “Pero yo, me callé además por otro motivo: porque estos moscovitas apiñados en los peldaños de las dos escaleras mecánicas eran pocos para mí, m u y p o c o s. Aquí mi clamor lo oirían doscientas personas, o el doble, ¿y qué pasa con doscientos millones restantes? Presentía vagamente que un día podría gritar a los doscientos millones...” (1: 39). Con esta declaración, Solzhenitsin marca su transformación del ‘cómplice’ del Silencio en alguien que asume el papel de recuperar su memoria y contar la verdad, o mejor dicho de contar

‘su verdad’ para que la oigan millones y millones. En otras palabras, aunque muchos años después, Solzhenitsin se responsabiliza por adoptar el papel no solamente de un testigo sino también, hasta cierto punto, de un portavoz de parte de todos los que sufrieron los horrores de la represión.

CAPÍTULO 2

EL INTELECTUAL Y LA ZONA: EL DISCURSO COMO PRISIÓN

El poder se construye alrededor de un discurso y tomar la palabra para combatir el silencio siempre es un acto de libertad.

(Aún no te dije adiós: El rescate de la verdad
por GRUPO BLANCO SOBRE NEGRO)

And deep torture may be called a hell,
When more is felt than one has power to tell.
(William Shakespeare, The Rape of Lucrece)

I. La zona del encuentro con la tortura: el cuerpo como espacio del dolor

A propósito de alcanzar un mejor entendimiento del abismo infernal que debe vivir y sobrevivir un individuo arrancado de los brazos de sus seres queridos y lanzado en un universo de la *zona*,⁸ vamos a indagar en los mecanismos del poder que ayudan a establecer y sostener un régimen de terror estatal. Estos mecanismos de poder se manifiestan a través del discurso contestatario utilizado por Timerman y Solzhenitsin como respuesta a las tácticas represivas del estado terrorista y se develan mediante la

⁸La palabra *zona* representa parte del argot cancelario en los campos de trabajos forzados de la Unión Soviética y se refiere a “todo espacio del campo penitenciario por alambre de espino. También, el perímetro de reclusión donde están los barracones y servicios, en contraposición a los emplazamientos (mina, canera, bosque, etcétera) donde se realizan los trabajos comunes” (Solzhenitsin, 1: 811).

temática y las técnicas literarias empleadas por ellos. Por lo tanto, dedicaremos este capítulo al análisis del discurso (o discursos) en dos textos y intentaremos abordar algunos temas en común (aparte de los que ya han sido contemplados en el capítulo anterior) en *Preso sin nombre* y *Archipiélago Gulag*. Nos enfocaremos también en comparar algunos recursos literarios que se encuentran en estos dos textos. En rigor, entraremos al espacio de la *zona*, o sea, el espacio de la cárcel en la obra de Timerman y el del *Gulag* en la obra de Solzhenitsin. Los mecanismos del poder, según Foucault, funcionan dentro de la realidad que los produce y unen de una manera u otra a todos los actantes que viven en el mismo espacio social (Foucault, *Power* 337). Por eso, emprenderemos el grueso de nuestro análisis basándose en el planteamiento de que el espacio de la zona puede definirse como un lugar del último encuentro de los oprimidos y los opresores, o sea, de los “muertos que caminan” a su destino final y los que diseñan y guardan ese camino (Calveiro 62).

Cabría señalar que en el texto de Solzhenitsin se destaca el empleo de la imagen del *encuentro* de millones de víctimas y victimarios dentro de la realidad social donde se enfrentan el *individuo* y el *estado* que perpetúa la política del terror. Solzhenitsin desarrolla la idea del encuentro final a través de una metáfora del camino, la ruta, la vía como medio de llegar al último destino por parte de los ‘condenados a muerte’, es decir, los habitantes del *Gulag*.⁹ En el texto de Timerman el mismo concepto del encuentro y

⁹GULAG representa las “siglas rusas de la Dirección General de Campos Penitenciarios (Glávnoye Upravlenie Lagueréi) que se encargaba de la administración de los campos soviéticos de trabajos forzados (Solzhenitsin, 1: 725-726).

destino final se expresa en la descripción de los llamados “vuelos de muerte”. Los vuelos de muerte se referían a los *traslados*¹⁰ o los viajes, principalmente nocturnos, cuando los cadáveres (o a veces los cuerpos sedados pero todavía vivos) de las personas destinadas a ser “desaparecidas” fueron lanzados al agua de los lagos o al mar por los funcionarios de las Fuerzas Armadas argentinas: “Los cadáveres eran arrojados al medio del mar desde helicópteros” (Timerman 66).

Solzhenitsin usa la metáfora del *encuentro final* como base para escribir una sección entera de cuatro capítulos (el segundo volumen) llamadas *Las naves del Archipiélago*, *Los puertos del Archipiélago*, *Las caravanas de esclavos* y *De isla en isla*. El concepto del camino en la narrativa de Solzhenitsin se hace interesante porque ha sido explorado por Bajtín en su teoría de *cronotopos* como recursos narrativos dentro del género literario de una novela. Bajtín relaciona el cronotopo del *camino* con el cronotopo del *encuentro*:

In the first chapter we mentioned the chronotope of encounter, in such a chronotope the temporal element predominates, and it is marked by a higher degree of intensity in emotions and values. The chronotope of the *road* associated with encounter is characterized by a broader scope, but by a somewhat lesser degree of emotional and evaluative intensity. Encounters in a novel usually take place “on the road.” The road is a particularly good place for random encounters.

¹⁰El *traslado* en el argot penitenciario usado en las cárceles clandestinas argentinas que significaba la ejecución (la muerte). Según Feitlowits, trasladar quería decir “to transfer, to move...take prisoners away to be killed” (60).

On the road (“the high road”), the spatial and temporal paths of the most varied people – representatives of all social classes, estates, religions, nationalities, ages – intersect at one spatial and temporal point. People who are normally kept separate by social and spatial distance can accidentally meet; any contrast may crop up, the most various fates may collide and interweave with one another. On the road the spatial and temporal series defining human fates and lives combine with one another in distinctive ways, even as they become more complex and more concrete by the collapse of social distances. The chronotope of the road is both a point of new departures and a place for events to find their denouement. Time, as it were, fuses together with space and flows in it (forming the road); this is the source of the rich metaphorical expansion on the image of the road as a course: “the course of life,” “to set out a new course,” “the course of history” and so on, varied and multi-leveled are the ways in which road is turned into a metaphor, but its fundamental pivot is a flow of time. (*The Dialogic Imagination* 243-244)

El cronotopo del camino y encuentro puede aplicarse tanto a la narrativa de Solzhenitsin como a la narrativa de Timerman y debe considerarse desde múltiples perspectivas y puntos de interpretación: un encuentro de un detenido-víctima con un interrogador-victimario, un encuentro de lo humano y lo animal, un encuentro de un preso político con un preso criminal, etc.

Todos esos tipos de encuentros pueden considerarse en relación con los temas de la prisión y la tortura que representan dos mecanismos o instrumentos de poder más antiguos y básicos que han sido practicados por la humanidad desde siempre (Campos).

Podemos destacar que los temas de la prisión y la tortura son dos temas fundamentales en las obras de Timerman y Solzhenitsin y se relacionan muy estrechamente con el tema de poder. Por lo tanto, el resto del análisis enfocará estos tres temas como un eje temático alrededor de cual giran y entrecruzan otros temas importantes. Esos temas como el espacio y el tiempo, el aislamiento y la soledad, el silencio y la memoria, la animalización y la cosificación, la deshumanización y la pérdida de identidad, el camino final y la muerte se van a plantear en el presente capítulo.

Como dice Javier Campos en su reseña de a *La muerte y la doncella* que trata, entre otros, del tema de la tortura:

La idea del poder asociado a la tortura y el maltrato está desde antaño presente en nuestra sociedad occidental. Ya en la Edad Media la veíamos manifestarse a través del castigo que se le producía a una persona, con el fin de amedrentar a los otros o bien, obtener información. Era el ejercicio directo del poder del Rey sobre sus súbditos... La tortura, en cambio, es un castigo subterráneo. Básicamente, es lo mismo que el suplicio, pero con la utilización de todas las tecnologías del siglo XX. Aquí no importa tanto la obtención de información por parte del torturador, la confesión pasa a ser algo completamente nimio. La idea es que la gente torturada, no diga nada de lo que vivió, pero que se mantenga como un mudo ejemplo de lo que les podría suceder a otros si intentan hacer algo "contra las reglas" impuestas por la autoridad dictatorial. (2)

Lo interesante aquí es que la tortura deja de percibirse como simplemente un acto físico atroz e inhumano contra el bienestar y la humanidad de una persona. La tortura se convierte en un instrumento del estado de perpetuar el miedo y el terror en la población.

Así que la tortura adquiere una función instrumental de dominación, subyugación y opresión psicológico-social.

No debemos desatender tampoco la idea de que mientras la tortura supuestamente pretende hacer hablar a una persona torturada, al mismo tiempo intenta disfrazar uno de sus verdaderos objetivos, o sea, hacer callar a la persona para que nunca más se atreva a hablar y atestiguar sobre la verdad de lo sufrido. Como indica Portela, “because torture, instead of eliminating the voice of the tortured, makes her speak, it is when she speaks that she is destroyed ... Torture produces speech in order to produce silence. It produces language so as to manufacture the absence of language... The dilemma of the tortured subject, then, is always one of the representability. How can one speak of the unspeakable” (32). Se puede ver entonces que el tema de la tortura se relaciona con el tema de silenciar a todos y para siempre, o sea, el tema del Silencio que ya hemos considerado en el capítulo anterior.

Dicho de otra manera, la tortura se convierte en una técnica utilizada por el Estado como parte integral de su aparato represivo y su metodología de callar, subordinar, disciplinar y controlar a la población y la sociedad para lograr su objetivo de mantenerse en el poder (Duhalde 146). Puesto que la tortura funciona en dos dimensiones distintas pero intercaladas, es decir, la tortura existe en forma física y psicológica, es importante que evaluemos paso a paso cómo se logra y se ejerce la “aplicación de esta metodología”, esta “política de aniquilamiento” (Duhalde 146), este poder absoluto de vida o muerte que “se dirige al cuerpo individual y social para someterlo, uniformarlo, amputarlo, desaparecerlo” (Calveiro 60).

Consideremos ahora que las obras de Timerman y Solzhenitsin contienen pasajes enteros dedicados a la descripción y análisis de esa realidad inconcebible e inexplicable donde la tortura se aplica rutinariamente como uno de los mecanismos y procedimientos que mantienen a flote la máquina del terrorismo estatal. No es sorprendente tampoco que Timerman casi de inmediato mencione a esta “máquina” que quemaba y devoraba los cuerpos humanos: “Seguramente habían llegado varios presos nuevos, y lo primero que hacían era pasarlos por la máquina, aun antes de preguntarles quiénes eran. La primera sensación del preso tenía que ser una sesión de shocks eléctricos para que bajara las defensas, de entrada” (20). De esta manera Timerman de inmediato revela que la tortura representa una técnica de destrucción psicofísica donde el dolor que se le inflige a un preso durante la tortura sirve para no sólo castigarlo y hacerlo sufrir sino también para intimidar y “ablandar” a una persona desde el principio, para quebrar cualquier tipo de resistencia y, como fin último, destrozarse su dignidad de ser humano subyugándolo al poder total e ilimitado del torturador que supuestamente actúa como el representante legal del Estado. Por eso, la tortura fue “la ceremonia iniciática en cada uno de los campos de concentración-extermio. La llegada a ellos implicaba automáticamente el inicio de la tortura, instrumento para ‘arrancar’ la confesión, método por excelencia para producir la verdad que se esperaba del prisionero, criterio de verdad para producir el quiebre del sujeto” (Calveiro 60). Como ya ha sido mencionado, la cuestión de la verdad constituye uno de los ejes argumentales sobre el que giran las obras-testimonios como las de Timerman y Solzhenitsin.

Anteriormente este trabajo ha estipulado que la verdad en el testimonio puede considerarse como algo más subjetivo que objetivo, pues, cada persona puede ofrecer su

“propia” visión de los hechos o contar su propia “verdad”, y eso se puede aplicar a ambos campos de las víctimas y los victimarios. Lo curioso es que ambos campos están dispuestos a lo que sea para poder sostener su versión o su ‘verdad’ sobre los hechos. Así se cristaliza y se agudiza este conflicto o enfrentamiento implacable entre dos fuerzas: los que oprimen y los que están oprimidos, los que infligen el dolor y los que están sometidos al tormento de tener que soportar la voluntad sádica y omnipotente de sus torturadores. En esta lucha espeluznante de poderes y verdades entre las víctimas y los victimarios, paradójicamente, la tortura en primer lugar puede verse como un instrumento de sacar la verdad pero no la verdad en sí sino la ‘verdad’ que quieren escuchar los opresores, es decir, la información que les conviene más a los torturadores por hacer hablar al preso torturado.

Según Javier Campos, una de las causas de la tortura es “la obtención de información por parte del torturador. Esto es, una confesión, sin importar si ésta es verdadera o falsa. En la mayoría de los casos, es falsa. La víctima es obligada a decir y acusar a determinadas personas como autoras y/o cómplices de algún delito inventado, o bien, de acusarse a sí mismas de algo que no han cometido” (3). En otras palabras, el objetivo principal de los torturadores no es sacar la verdad a sus víctimas sino sacarles la información que podría ser utilizada para crear más víctimas y ‘alimentar’ la hambrienta máquina de la opresión. Algo parecido señalan muchos otros investigadores:

La aplicación de tormentos tenía una función principal: la obtención de *información operativamente útil*. Es decir, lograr que el prisionero entregara datos que permitieran la captura de personas o equipos vinculados con la llamada subversión, que comprendía todo tipo de oposición política pero preferentemente

a la guerrilla y su entorno. La tortura era el mecanismo para “alimentar” el campo con nuevos secuestrados. (Calveiro 60)

Lo mismo dice Timerman cuando narra las largas horas del interrogatorio donde trataron de sacarle una confesión de algo que nunca ha pasado y hacerlo admitir algo que él nunca ha cometido: “Cada sesión duraba doce a catorce horas; los interrogatorios comenzaban inesperadamente, y siempre versaban sobre temas de estas características. Eran preguntas de respuesta imposible, y dentro de mi fatiga y agotamiento, y a mi vez trataba de que nos embarcáramos en discusiones ideológicas para evitar el trauma de las preguntas directas y las respuestas imposibles” (93).

Al analizar los textos de Timerman y de Solzhenitsin observamos que la metodología y política estatal de exterminio y aniquilamiento masivo ha sido expuesta y delatada con lujo de detalle y con toda su minuciosa monstruosidad. Por lo pronto tanto esfuerzo de tratar de decir lo innombrable y procesar lo incomprensible se explica precisamente por la imposibilidad casi segura de llevar a cabo esa tarea. “En los largos meses de encierro pensé muchas veces en cómo podría transmitir el dolor que siente el hombre torturado. Y siempre concluía que era imposible. Es un dolor que no tiene puntos de referencia, ni símbolos reveladores, ni claves que puedan servir de indicadores” (Timerman 46).

Solzhenitsin ofrece descripciones y explicaciones muy parecidas a las que emplea Timerman en su obra testimonial cuando el escritor ruso devela la política de exterminio implementada por el régimen soviético en la *Zona* (el espacio de la cárcel). No es sorprendente tampoco que el mecanismo opresivo de la Unión Soviética no se distinguiera tanto ni en los objetivos ni en los métodos del régimen militar durante la

dictadura militar en Argentina. Solzhenitsin dedica bastantes páginas para tratar de evaluar y explicar el hecho de que la inocencia o la culpabilidad de una persona en la mayoría de los casos no tenía nada que ver con la posibilidad de esta persona de ser detenida, torturada y asesinada en el proceso de las “investigaciones”, o enviada a las islas de Gulag de donde casi nadie logró regresar: “A finales de 1930 el proceso contra el Partido Industrial, más ruidoso aún y ya irreprochablemente orquestado: los acusados, del primero al último, cargan con cualquier infamia, por absurda que sea... En estos procesos se presentaba únicamente a una pequeña parte de los detenidos, sólo a los que aceptaban, de modo antinatural, calumniarse a sí mismos y a los demás, esperando indulgencia...” (1: 71). De hecho, hay varios capítulos (capítulos como *En la sala de máquinas*, *La infancia de la ley*, *La madurez de la ley*, *La medida suprema*, etc.) en *Archipiélago Gulag* que narran la historia del sistema penal del régimen soviético. Este sistema se basaba en los llamados juicios sobre los “enemigos del pueblo”, es decir, todos aquellos los que tuvieron la mala suerte de cruzarse en el camino de la máquina del terror estalinista. Solzhenitsin describe esos juicios con un tono de amargo sarcasmo e indignación ante lo ridículo, lo patético y lo inhumano de este proceso de arrancar falsos testimonios y acusaciones mediante los *métodos de persuasión* (un eufemismo para la tortura) para condenar a millones de inocentes o a una muerte segura o a toda una vida de privaciones y tormentos.

Muy a nuestro pesar, la realidad a veces supera cualquier imaginación y el relato sobre una tragedia del *país-Gulag* descrito por Solzhenitsin es un ejemplo más que ilustrativo de ello. Una de las premisas principales de Solzhenitsin en cuanto al sistema del régimen totalitario y sus consecuencias parece ubicarse en la idea que su poder total y

absoluto depende en gran parte en la “efectiva implementación de la maquinaria de terror” (Vezzetti 182) para prevenir, castigar o, si es necesario, erradicar cualquier tipo de resistencia o disidencia social y política. Y, desde el punto de vista del estado dictatorial, se puede utilizar cualquier método para lograr este propósito. Y estos métodos no le faltaban ni al régimen soviético comunista, ni al régimen militar argentino. De hecho, en el capítulo 3 “La instrucción del sumario” en el primer volumen de su libro, Solzhenitsin ofrece un tipo de inventario de algunos *métodos* del interrogatorio (o, en otras palabras, tortura) aplicados a los presos soviéticos durante el proceso de la ‘investigación’. Hay que hacer notar que Solzhenitsin también divide los métodos de tortura en métodos psíquicos y físicos aunque menciona que los dos muy a menudo no tienen una línea muy clara y precisa de distinción entre sí. Solzhenitsin cita nueve métodos clasificándolos como métodos psicológicos:

Intentaremos enumerar algunos de los métodos más sencillos para quebrar la voluntad y la personalidad del detenido sin dejar huellas en su cuerpo.

Empecemos por los métodos *psíquicos*. Aplicados a los borregos que nunca se han preparado para sufrir prisión, estos procedimientos tienen una fuerza enorme y hasta destructora, aunque tampoco son cosa fácil para el que tenga firmes convicciones. 1. Empecemos por algo tan simple como la propia *noche*. ¿Por qué siempre se prefiere *la noche* para quebrar las almas? ¿Por qué desde sus primeros tiempos los Órganos escogieron *la noche*? Pues porque de noche, arrancado del sueño (aunque no este sometido a insomnios forzosos), el detenido no puede tener el mismo equilibrio y serenidad que de día, es más maleable. 2. La persuasión en tono sincero...3. El insulto soez...4. El ataque por contraste psicológico...5. La

humillación previa...6. Cualquier procedimiento para *turbar* al detenido...7. La intimidación...8. La mentira...9. *Especular con el afecto* por los seres queridos también funcionaba maravillosamente con los detenidos... (1: 135-139)

Es interesante que los métodos utilizados en los campos de concentración argentinos se parezcan mucho a los que se describen en la obra de Solzhenitsin. ¿Será posible que los opresores, los victimarios y los torturadores tanto de Argentina como de Rusia (o de cualquier otro país del mundo y en cualquiera otra época) en realidad no sean capaces de inventar su propio repertorio de las herramientas de tortura?

En efecto, Eduardo Luis Duhalde menciona muchas de estas “técnicas destructoras” de manipulación psicológica de los prisioneros en los campos argentinos que, según las descripciones de Solzhenitsin, también formaban parte de la vida diaria de los presos en los campos soviéticos. Entre ellas son *la presencia de muerte, la ruptura con el mundo exterior: el aislamiento, la pérdida de la visión y de la noción del tiempo, la “cosificación”, los vejámenes psicofísicos: la pérdida de la autoestima y la situación límite: la tensión constante* (167-172). Todos estos componentes de la tortura en una medida u otra están presentes en los textos de Timerman y Solzhenitsin así como también se encuentran las contemplaciones de los autores sobre los efectos que éstos provocan en las víctimas torturadas.

Por ejemplo, Solzhenitsin examina la cuestión del aislamiento como uno de los métodos de tortura y como parte íntegra de la existencia de los presos en los campos soviéticos de *Gulag*. Por lo mismo, quizá escoja Solzhenitsin la metáfora del

*Archipiélago*¹¹ que consiste en un conjunto de islas pequeñas separadas y a la vez conectadas por cuerpos del agua. Pilar Calveiro describe el campo de concentración como un lugar donde “el hombre encuentra el mayor grado de aislamiento posible. Prisioneros concentrados en una barraca, cuidadosamente separados entre sí por tabiques, celdas, cuchetas. Compartimientos que separan lo que está profundamente interconectado” (77). La imagen metafórica literaria del *Archipiélago* de Solzhenitsin capta con toda la precisión esta esencia de separación e interconexión al mismo tiempo de todo y todos dentro del universo concentracionario. Edward Ericson señala:

Separate camps may be seen in a literary image to constitute islands, an archipelago – in this case, scattered over a vast expanse of land rather than water. Together, they make up a veritable nation (of zeks), another recurring image; yet each camp is an isolated island cut off from help from elsewhere. *Gulag* is Solzhenitsyn’s monolithic historical given; *archipelago* is his invented addition to show the camps’ unity and separateness simultaneously. (153)

El análisis de la imagen de Archipiélago y su significación sería incompleto sin citar las palabras del propio Solzhenitsin, palabras sumamente importantes que, por cierto, abren la obra:

¿Cómo se llega a ese misterioso Archipiélago? Hora tras hora vuelan aviones, navegan barcos y retumban trenes en esa dirección, pero no llevan un solo letrero

¹¹ El *archipiélago* no es “un topónimo concreto, sino un mundo metafórico creado por Solzhenitsyn y formado por los campos de reclusión, diseminados como islas por la geografía soviética” (Solzhenitsin, 1: 726).

que indique el lugar de destino. Tanto los taquilleros como los agentes de Sovtunist y de Intunist se quedarían atónitos si les pidieran un billete para semejante lugar. No saben nada ni han oído nada del Archipiélago en su conjunto, y tampoco de ninguno de sus innumerables islotes... Y los que van allí a morir, como *usted* y *yo, mi querido lector*, deben pasar forzosa y exclusivamente por el arresto. ¡El arresto! ¿Hará falta decir que parte nuestra vida en dos? ¿Que se abate sobre nosotros como un rayo? ¿Que representa un duro trauma espiritual que no todos son capaces de asimilar y que a menudo conduce a la locura? El universo tiene tantos centros como seres vivos hay en él. Cada uno de nosotros es un centro del universo. Y el cosmos se desmorona cuando le dicen a uno entre dientes:

“¡Queda usted detenido!” (1: 23)

Muchos otros testimonios también documentan este sentimiento de que el “cosmos se desmorona” desde los primeros momentos del arresto cuando una persona es forzosamente aislada y arrancada de su vida y su hábitat conocido y normal y brutalmente lanzada en un universo alternativo de los ‘muertos en vida’ donde ya no se aplican las reglas del mundo de los ‘vivos’.

En comparación, Timerman le da su propio desarrollo al tema del aislamiento y de la soledad que siguen al arresto y el encarcelamiento empleando la imagen de la *mirilla*: “Pero nadie me habla, no sé qué va a ocurrir, la mirilla está siempre cerrada. Todo está tan inmóvil, a excepción de los ruidos y voces que llegan desde afuera” (101). Para Timerman, la mirilla sirve como la única esperanza de conservar su conexión con el mundo alrededor. La idea de poder mirar para afuera a través de un agujero pequeño en la puerta cerrada que te separa para siempre del mundo exterior, del mundo al que

perteneciste hace poco tiempo, se convierte en una fuerte metáfora de toda una vida humana reducida a unos cuantos metros lúgubres de la celda y un “colchón mojado” (Timerman 15).

La mirilla otorga la posibilidad de poder mirar (aunque desde un ángulo de visión reducido y retorcido) y observar la vida ‘al otro lado’, la vida afuera a la que quizá algún día un preso por fin podría regresar y reintegrarse de nuevo a este ‘mundo de los vivos’. La mirilla invita la ilusión de tan anhelada libertad: “En la noche de hoy, un guardia que no cumple con el Reglamento dejó abierta la mirilla que hay en mi puerta. Espero un tiempo a ver qué pasa, pero sigue abierta. Me abalanzo, miro hacia afuera. Hay un estrecho pasillo, y alcanzo a divisar frente a mi celda, por lo menos dos puertas más. Sí, abarco completas dos puertas. ¡Qué sensación de libertad!” (Timerman 17). La mirilla permite entrar la luz y, con ella, la esperanza que ilumina las tinieblas de la soledad cuando un ser humano está privado de todos sus derechos, de su libertad y hasta de propia vida, o sea, cuando uno se encuentra ‘enterado en vida’: “Hay mucha luz en el pasillo. Retrocedo un poco ennegrecido, pero vuelvo con voracidad” (Timerman 17). La mirilla ayuda a romper el espacio de la “celda angosta” (Timerman 15) y remedia el sentido asfixiante y total del encierro: “Trato de llenarme del espacio que veo. Hace mucho tiempo que no tengo sentido de las distancias y de las proporciones. Siento como si me fuera desatando ... Pero hace ya mucho tiempo -¿cuánto?- que no tengo una fiesta de espacio como ésta” (Timerman 17).

Al hablar de la imagen de la mirilla en el texto de Timerman volvamos a los temas del espacio y del tiempo (se ha discutido ya sobre ellos más arriba en relación con el tema y el cronotopo del Silencio). Como ya hemos señalado Bajtín examina los

conceptos del espacio y del tiempo a través de su teoría de *cronotopo*, o sea, la conexión intrínseca de lo temporal y lo espacial que se manifiesta tanto en la vida de los seres humanos como en la literatura (*The Dialogic Imagination* 84). Sin embargo, en su teoría de la narrativa novelística Bajtín también conecta la existencia del tiempo y del espacio con la idea de la *visibilidad*, o sea, la cualidad humana de poder observar y ver no solamente el espacio sino también el correr del tiempo: “The ability to *see time*, to *read time*, in the spatial whole of the world and, on the other hand, to perceive the filling of space not as an immobile background, a given that is completed once and for all, but as an emerging whole, an event – this is the ability to read in everything *signs that show time in its course*” (*Speech Genres* 25). Diríamos entonces que la visibilidad se obtiene con la ayuda de *un ojo que mira y ve todo*.

Por una parte, con la imagen de un ojo pegado a la mirilla Timerman reafirma la idea de un ‘testigo ocular’ que presencié y vio todo lo ocurrido aunque sea desde un agujerito en la pared de una celda (o, quizá, gracias al hecho de tener que estar recluso en esa misma celda). Por otra parte, a través de la mirilla, Timerman restablece una conexión de un hombre preso con el mundo de los demás, con la realidad al otro lado dado que ya no se trata sólo de un ojo de un testigo, es decir, de propio Timerman sino ya es un ojo de otro preso que también ve hacia afuera. Esos dos presos comparten su soledad en el silencio y ya no son tan solos (y desolados) porque a través de su “mirilla abierta” logran comunicarse y consolarse mutuamente aunque sea sólo con sus miradas.

Es interesante que Bajtín le da mucha importancia a ese tipo de *ojo* en la tradición cultural del Occidente donde ha sido adoptado el concepto de la *visibilidad*: “We stress, first and foremost, the exceptional significance of *visibility*...All other external feelings,

internal experiences, reflection, and abstract concepts are joined together around the *seeing eye* as a center, as the first and last authority. Anything essential can and should be visible...great significance to the *art of the eye...*” (*Speech Genres* 27). Todo lo dicho permite argumentar la importancia de la *visibilidad* en cuanto a las nociones del espacio y del tiempo (y del mismo poder) porque el hecho de poder ver implica la capacidad de mantener el control (Fraile 10). Vale añadir que la visibilidad fue una de las concepciones principales adaptadas en un nuevo modelo de organizar el espacio de la cárcel propuesto por Jeremy Bentham a finales del siglo XVIII.

Ese nuevo paradigma espacial de la cárcel recibió el nombre del *panóptico* que proponía organizar el espacio penitenciario en un diseño que hubiera permitido a una persona ejercer vigilancia sobre muchas personas a la vez sin que ellos se dieran cuenta de estar observados. De hecho, según Bentham, ese modelo podría aplicarse no solamente al espacio de la cárcel sino también a los hospitales, escuelas, fábricas o manicomios, o sea, todos los lugares donde pocas personas tienen que vigilar a muchos: “Lo fundamental es el sistema de vigilancia, conseguida mediante una torre situada en el centro de un edificio circular donde se albergan las diferentes habitaciones o celdas. En el caso de la cárcel, cada reo no sabe si es o no observado, pero puede serlo en cualquier momento” (Fraile 7). En fin, el nuevo diseño del panóptico tenía como su propósito reasignar y reestructurar las relaciones de poder que existían entre los que tenían el control y los que tenían que ser controlados.

No es casualidad que los gulags rusos lleguen a instalar algo parecido al diseño del panóptico en cuanto a su organización del espacio del encierro y vigilancia:

By definition, the most fundamental tool at the disposal of the camp administrators was control over the space in which prisoners lived: this was the *zona*, or “prison zone.” By law, a *zona* was laid out in either a square or a rectangle. “In order to insure better surveillance,” no organic or irregular shapes were permitted...But barbed wire and walls alone did not define the *zona*’s boundaries. In most camps, armed guards observed the prisoners from high wooden watchtowers. (Applebaum 186-187)

Si los captores querían todo el poder de la visibilidad para vigilar mejor a los presos, también querían privar de esa capacidad a sus víctimas en el mayor grado posible: “Los detenidos estaban permanentemente encapuchados o “tabicados”, es decir, con los ojos vendados, *para impedir toda visibilidad*” (Calveiro 47).

Por algo es que en las cárceles clandestinas en Argentina se usaba el tabique¹² y la capucha¹³ como un tipo de tortura psicológica:

Mas no es sólo la ruptura con el mundo exterior. También su “nuevo mundo” aparece absolutamente limitado y castrado. Durante largo tiempo – muchos meses – estará privado de la vista (encapuchado o con sus ojos vendados) y de su capacidad de movimiento (con cadenas o grilletes en

¹²El tabique significa “(n.partition wall). Blindfold. Tabicado/a (adj. walled up). Blindfolded. Prisoners were blindfolded during their kidnapping and kept so during their captivity, causing eye infections, temporary and long-term blindness, and in some cases, infestations of maggots” (Feitlowitz 68).

¹³La capucha, en argot cancelario, es “(n. hood). Section of camp where shackled, handcuffed desaparecidos were made always wear hoods that covered their heads, faces, and necks” (Feitlowitz 62).

sus miembros). Se tiene la sensación de un tiempo detenido. Se carece de toda visión prospectiva, de todo proyecto de futuro. La indefinición es el único elemento referencial de ese tiempo fuera de la historia, fuera de la vida. (Duhalde 170)

Cabe destacar que en su texto Timerman se fija tanto en el propio dolor físico sufrido por el cuerpo como en las secuelas psíquicas que deja la tortura en una persona torturada.

Por lo tanto, se puede argumentar que su texto exhibe no sólo las características de un testimonio sino también de un tipo de psicoanálisis literario del carácter auto-reflexivo y evaluativo. Sin embargo, la siempre presente auto-reflexión de parte de Timerman de ninguna manera disminuye o aplaca el choque total y espeluznante que uno experimenta al leer las escenas de la tortura que él ha sufrido. En cuanto a este dolor psicofísico escalofriante y deshumanizante, hay un párrafo escrito por Timerman que resulta ser particularmente impactante:

El ser humano es llevado tan rápidamente de un mundo a otro, que no tiene forma de encontrar algún resto de energía para afrontar esa violencia desatada. Esa es la primera parte de la tortura: caer sorpresivamente sobre el ser humano sin permitirle crear algún reflejo, aunque sólo fuera psicológico, de defensa. El ser humano es esposado por la espalda, sus ojos vendados. Nadie dice una palabra. Los golpes llueven sobre el ser humano. Es colocado en el suelo y se cuenta hasta diez, pero no se lo mata. El ser humano es luego rápidamente llevado hasta lo que puede ser una cama de lona, o una mesa, desnudado, rociado con agua, atado a los extremos de la cama o la mesa con las manos y piernas abiertas. Y comienza la aplicación de descargas eléctricas. La cantidad de electricidad que transmiten los

electrodos – o como se llamen – se gradúa para que sólo duela, queme, o destruya. Es imposible gritar, hay que aullar... ¿Qué siente el ser humano? Lo único que se me ocurre es algo así: me arrancaban la carne. (47)

Si analizamos este párrafo en más detalle, salen a la luz muchos elementos característicos y definitivos del mecanismo de la tortura como instrumento de subyugación de un ser humano.

Es posible apuntar que quizá lo más trágico y, al mismo tiempo, paradójico de los mecanismos del poder que subyuga y domina es que nada y nadie puede escaparse del molinero de esa máquina y todos, las víctimas y los victimarios terminan por destruirse. Foucault, contemplando el panóptico de Bentham como modelo de la prisión en la sociedad occidental, señala:

Yet it is hard to discern who it is who stands to profit from the organized space that Bentham conceived. This seems uncertain even regarding those who occupy or visit the central power. One has the feeling of confronting an infernal model that no one, either the watcher or the watched, can escape... This indeed is the diabolical aspect of the idea and all the applications of it. One doesn't have here a power which is wholly in the hands of one person who can exercise it alone and totally over the others. It's a machine in which everyone is caught, those who exercise power just as much as those over whom it is exercised. This seems to me to be the characteristic of the societies installed in the nineteenth century. Power no longer substantially identified with an individual who possesses or exercises it by right of birth; it becomes machinery that no one owns. (*Power / Knowledge* 156-157)

Sin embargo, algunos investigadores en el campo de la narrativa testimonial indican que Foucault, en su análisis del panóptico de Bentham, se interesó principalmente en el funcionamiento de las estructuras mismas del poder y en los actores sociales que ejercían el poder sin enfocarse en el otro lado de la moneda, o sea, los oprimidos y su resistencia al carácter opresivo de esas estructuras (Portela 71).

En pocas palabras, no se debe subestimar el papel del *factor humano* dentro de las estructuras del poder: “Regarding the matter of impersonal power, Scott asserts, “I believe that many apparently impersonal forms of control are mediated by a personal domination ... In other words, the representatives of institutions or mechanisms of control are human beings who can exercise a subjective, random, violent, and instinctive domination” (Portela 71). Por eso, conviene detenernos más en la problemática de los actores sociales: en los que, por un lado, ejecutan órdenes ejecutando a las personas y poniendo en ‘práctica’ las técnicas de opresión y en los que, por otro lado, terminan por ser ejecutados. Detengámonos en la cuestión de los víctimas y victimarios.

II. La zona del encuentro con el otro: las víctimas y los victimarios

Puede argüirse que una de las tácticas más efectivas y comprobadas a través de la historia de la humanidad es tratar de ‘aflojar’ al espíritu humano mediante el tormento para romper la voluntad de un ser humano a resistir. Al hablar sobre los temas de la prisión y la tortura y puesto que la cárcel (y el campo de concentración) representa un lugar de *encuentro(s)* de prisioneros y captores, es imposible ignorar la problemática de la relación que llegaba a desarrollarse entre las víctimas y los victimarios cuya complejidad ha sido estudiada dentro del campo de la narrativa testimonial (Calveiro 77). Ha sido señalado que la tortura le otorga el control absoluto al torturador sobre la persona

torturada, haciéndola creer que no tiene ningún derecho a nada ni siquiera a llamarse un ser humano y privándola de todo lo que le puede recordar de su humanidad. Muchos testimonios señalan el intento de crear el ambiente de omnipotencia e impunidad por los opresores y torturadores que pretendían ser ‘dioses’ con el derecho de dar o quitar la vida: “El poder de los burócratas concentracionarios, no obstante constituirse como simple dispositivo asesino, como fría maquinaria de desaparición...al disponer del derecho de decisión de muerte sobre millares de hombres se concebía as sí mismo con una omnipotencia virtualmente divina” (Calveiro 53). De hecho, durante las sesiones de tortura, los guardias a menudo solían a recordar a los torturados sobre su capacidad irrevocable de “dar muerte o dar vida”: “Nosotros somos todo para vos. La justicia somos nosotros. Nosotros somos Dios...aquí dentro nadie es dueño de su vida, ni de su muerte...” (Calveiro 54).

Timerman narra su propia experiencia del encuentro con esa presunción de ser dioses: “Uno de los interrogadores, conocido como el Capitán Beto, me dijo: “Sólo Dios da y quita la vida. Pero Dios está ocupado en otro lado, y somos nosotros quienes debemos ocuparnos de esa tarea en la Argentina” (45). Calveiro asocia esa presunción de ser dioses de parte de torturadores con el derecho de muerte o la capacidad de “adueñarse de las vidas”: “Prolongar una vida más allá del deseo de quien vive; segar otra que pugna por permanecer; adueñarse de las vidas ... Hay un placer especial del poder concentraionario en ese adueñarse de las vidas...” (54). Por otro lado, Timerman relaciona la omnipotencia con el sentido de la impunidad de esos ‘dueños de la vida y la muerte’: “Es como si sintieran dueños de la fuerza necesaria para cambiar la realidad. Y vuelve a colocarlos en el mundo de la omnipotencia. Esa omnipotencia que, sienten, les

asegura impunidad; sentir que son inmunes al dolor, a la culpa, al desequilibrio emocional” (55). Al mismo tiempo, la omnipotencia y la impunidad de los opresores provocaba el sentimiento de impotencia y desesperación en los oprimidos: “La exhibición de omnipotencia que creaba en el secuestrado una sensación de impotencia también total” (Calveiro 69).

Solzhenitsin contempla la misma cuestión del poder omnipresente y omnisciente de los funcionarios de las Fuerzas Armadas soviéticas que estaban a cargo de arrestar, interrogar y acusar a los ‘enemigos del estado’:

Tu poder sobre todo el personal de esta unidad militar, de esta fábrica o de este distrito llega a tener una hondura incomparablemente mayor que el poder del comandante, del director o del secretario del comité de distrito. Ellos disponen del trabajo, el salario y el buen nombre de sus subordinarios; tú dispones de su libertad... ¡Eres como una divinidad arcana, no se te puede ni nombrar! ... Nadie osará controlar lo que tú haces, pero toda la persona puede ser sometida a tu control. (1: 183)

Cabria apuntar que a pesar de ese sentido de impotencia y desolación, se devela en la narrativa testimonial una miríada de las técnicas de sobrevivencia adoptadas y usadas por los presas como tipo de resistencia a los mecanismos represivos de la prisión.

Esas tácticas de sobrevivir constituyen otra faceta reveladora sobre la relación que se llevaba entre las víctimas y victimarios: “Se establecen relaciones curiosas, y una de las muchachas, amante del jefe, logró que su padre fuera autorizado a vivir con ella. Están los dos en la misma celda, y el padre terminó por hacerse amigo del amante de la hija” (Timerman 174). Sin embargo, la dinámica de esa relación es tan amplia y compleja

que queda afuera de los límites del presente estudio. Para el propósito de este trabajo basta resaltar aquí una dimensión importante de la relación entre una víctima y un victimario que consiste en el efecto destructor y deshumanizante del proceso del ‘desaparecimiento’ a una persona tanto en los secuestrados y torturados como en los secuestradores y torturadores. Es decir, Timerman y Solzhenitsen enfocan la esencia degradante y denigrante de las relaciones que a veces se producían y se mantenían tanto dentro de las cárceles argentinas como dentro de los gulags soviéticos a través de narrar las historias de unas personas que cayeron víctimas de su propio intento de *sobrevivir* y trataron de sobrevivir usando las tácticas de *convivir* con sus propios verdugos.

Por ejemplo, Timerman narra una historia de tres muchachas que encontraron su propia manera de adaptarse a la vida que fueron forzadas vivir:

Mantienen en Coti Martínez arrestadas a tres jóvenes muchachas, muy hermosas, que sirven a sus caprichos sexuales... Fueron torturadas, violadas, y lentamente corrompidas por esa necesidad que tiene el preso de construirse algún tipo de vida que le otorgue cierta esperanza, alguna conexión natural con la vida ... Quieren vivir, y aceptan la vida de los torturadores antes que resignarse a la vida del torturado, o la vida del aislado. (174-175)

Por lo tanto, según Timerman, quizá no fue la tortura misma lo más horroroso de la experiencia de un preso sino la necesidad de encontrar algunos puntos de referencia a nueva realidad acostumbrándose a las tácticas ‘patéticas’ de sobrevivencia en este “universo para resignados o locos” (175).

En el texto de Solzhenitsin también se analizan las consecuencias devastadoras en las vidas y la psique de los seres humanos de tal necesidad de ‘convivir’ con sus verdugos:

No debieron faltar casos como éste, porque se trata del terreno donde más tentador resulta utilizar el poder. En 1944 un agente de la Seguridad del Estado obligó a casarse con él a la hija de un general del Ejército, amenazándola con encarcelar a su padre. La muchacha tenía novio, pero se casó con el agente para salvar a su padre. Durante el breve tiempo que duró el matrimonio, llevó un diario íntimo, que entregó a su amado para luego suicidarse. (1: 186)

La cuestión de convivencia, interdependencia y el “sentir que hay algo que necesitan en el otro” entre los torturados y los torturadores dentro de los centros clandestinos o campos de trabajo ha sido investigada dentro del campo de la narrativa testimonial (Timerman 52). La pregunta que casi siempre ha salido a la luz fue: ¿Cómo llega un ser humano a torturar a otro ser humano y después llegar a su casa con su familia, sus hijos y seguir vivir como si no pasara nada?

Muchos críticos han señalado que una de las respuestas puede encontrarse precisamente en esa palabra clave del “otro”, o sea, al usurpar el poder en Argentina, desde el principio la Junta Militar empezó a usar la Doctrina de la Seguridad Nacional para instalar la concepción del *Otro* en la psique colectiva del país: “El Otro que construyeron los militares argentinos, que era preciso encerrar en los campos de concentración y luego eliminar, era *el subversivo*” (Calveiro 90). Así pues, resultaba mucho más fácil torturar, humillar y destrozarse a alguien marcado por la estampa de esa *Otredad* que, de alguna manera, le negaba su humanidad: “Es Otro *extraño*,

preferentemente extranjero o infiltrado, un intruso, perfectamente diferente a mí, a quien puedo reconocer de inmediato porque está desprovisto de cualidades humanas” (Calveiro 89). Como ya ha sido apuntado, el *subversivo* de Argentina encontró su propia manifestación en el *enemigo del pueblo* de la Unión Soviética.

Sin embargo, la diferencia entre los dos se ubica en el hecho de que la mayoría de los familiares de los subversivos argentinos no los negaron y no denunciaron ser su familia mientras que en la Unión Soviética millones de los familiares (hijos, hermanos y aun padres) de los “enemigos del pueblo” fueron forzados a denunciar su parentesco y renegar cualquier tipo de relación familiar con los de su propia sangre (Solzhenitsin 345). Así pretendían a destruir a lo más sagrado de todo ser humano: a la familia y, con ella, destruir la identidad y la realidad actual para poder construir una nueva identidad y una nueva realidad. Quizá fue éste el rostro más ‘inhumano’ que mostraba la maquina aniquiladora del terrorismo estatal. Como lo señala Timerman: “Esos grupos familiares destruidos y derrotados en conjunto ... Era el verdadero fin de la civilización en la cual fui educado porque desaparecía lo que era la familia: el consuelo era imposible, el afecto, inalcanzable; la protección, violada en todas formas. Desaparecía la antigua familia protectora...” (170).

En muchas de las citas que hemos hecho, se habla no solamente sobre el ejercicio del poder absoluto de una persona sobre otra sino del proceso de humillar y dominar a una persona que no tiene ningún modo de defenderse hasta “lograr la producción de un nuevo sujeto, completamente sumiso a los designios del campo” (Calveiro 73).

III. La jerga deshumanizante de la zona: el lenguaje como prisión

Quizás las secuelas más despeluznantes de la cárcel y de la tortura fueron que, después de ser ‘procesados’ por la máquina devoradora del Terrorismo del Estado, muchos de los presos terminaban por perder no solamente todo el sentido de la realidad sino también el sentido de su dignidad e identidad humana, en fin, el sentido de su propio ser. Para mostrar este proceso lento y horrendo de la *deshumanización* de las víctimas por parte de la maquinaria del Estado totalitario que trataba a las personas como si fueran animales o a alguien a quien se puede despachar muy fácilmente sin ningún remordimiento o consecuencia, Timerman y Solzhenitsin emplean el recurso literario de *animalización*. Ese recurso literario sirve como reflejo del proceso de “animalización” al que fueron sometidos todos los prisioneros: “La intención es clara: destruir al sujeto y retraerlo a una existencia casi exclusivamente animal como si realmente se pudiera “animalizar” al hombre. Colocar a las personas en situaciones, posturas, actitudes que se asocian con la conducta animal tiende a reforzar una muy dudosa superioridad del poder y a resaltar su indefensión, denigrándolas” (Calveiro 101).

Timerman logra enfatizar el sentido del terror y de la impotencia de un ser humano convertido durante la tortura en un animalito horrorizado y devorado cuando para él resulta “imposible gritar, hay que aullar” como un animal atrapado a quien le “arrancaban la carne” mientras que el otro animal, el animal verdadero, feroz e implacable ejecutaba su poder omnipotente, sádico y cruel (47). De hecho, Timerman utiliza la palabra “aullar” varias veces cuando intenta describir lo que siente un preso “ante la permanente humillación a la que lo someten los torturadores” (110). Timerman incluso usa el *juego de palabras* empleando el verbo *aullar* y convirtiéndolo en un

apellido *Aullmann* usado en referencia a una mujer Liv Ullmann quien vino a la cárcel para entrevistar a Timerman (y otros presos): “La llamábamos Aullmann, porque se parecía a Aullido o Aúllan, y era lo que hacíamos en nuestras celdas, aullábamos hacia adentro, invirtiendo la biología y los sonidos. Y todo eso ocurrió después de su llegada a la cárcel” (105).

Agreguemos que en cuanto al uso de los nombres, muchos de los apodos que fueron usados por los guardines, los médicos y los torturadores en las cárceles clandestinas argentinas tenían que ver con algún tipo de animal como el Perro, el Tigre, el Puma, el Tiburón, Jacal, etc. (Feitlowitz 69). Esos apodos *animalizados* representan una parte importante del ‘lenguaje en clave’, el código o argot que define y puntualiza las relaciones que existían dentro de la *zona* que, como ya dijimos, fue el espacio del encuentro entre los torturados y los torturadores, las víctimas y los victimarios. Hay que recalcar el aspecto importante en los textos de Timerman y Solzhenitsin que consiste en el hecho de que los seres *animalizados* fueron tanto las víctimas como los verdugos.

Aunque Timerman no usa tanto los nombres de sus guardianes en la cárcel, hay muchos testimonios que revelan la existencia del lenguaje cancelario que contaba con su propio léxico y representaba la realidad que lo producía. Así es como se describe ese proceso de creación del argot en las cárceles clandestinas argentinas que, de una manera paradójica, separaba y unía a la vez a los secuestrados y los secuestradores:

The slang in the camps was a mix. Some of it was definitely born there. But some came from the jails. Because many of the guards and torturers came from the penal system and police. Much of the *lunfardo* (slang) in this country comes from the marginal sectors, people who tended to land in jail. Originally *lunfardo*

provided a way that prisoners could talk among themselves and not be understood by their jailers. A code. So those running the jails learned it in order to break the code. And then the situation became reversed – the prisoners had to learn the codes of their captors. The amazing thing – maybe it’s not so amazing – is that there did develop a common code, and that this united us.” (Feitlowitz 95)

Lo que unía a los presos y los captores, al mismo tiempo los separaba del mundo exterior convirtiéndose en otra forma de la separación y aislamiento de la realidad del ‘mundo de los vivos’:

We sat around this table, drinking and talking about things going on at Olympus. For a moment I thought, ‘What if someone overhears us?’ Then I realized that no one could have understood what we were talking about – we were speaking in code, as it were. Not deliberately, it was just how we spoke then. And it hit me: Here I am, sitting at a café – out in the world, but not a part of it. Not a member... In the night and fog of Argentina, language itself became a prison.” (Feitlowitz 96)

Puede decirse que el mismo lenguaje se utilizaba como un método de subyugar y controlar: “Language as it was used in the camps was a form of torture” (Feitlowitz 58).

Es decir, la jerga cancelaria pertenecía a uno de los métodos de tortura psicológica mientras creaba los términos *especializados* para describir el tormento físico:

Through language. Through the reality created by and reflected by words. In the clandestine camps there developed an extensive argot in which benign domestic nouns, medical terms, saints, and fairy-tale characters were appropriated as terms pertaining to physical torture. Comforting past associations were translated into

pain, degradation, and sometimes death. Although acts of torment are by their nature hellish for anyone, the names given to these practices carried an extra psychological twist for those raised in the River Plate culture. (Feitlowitz 57)

No es sorprendente entonces que algo similar sucedía en los campos de trabajos duros en la Unión Soviética donde también existía su propio lenguaje en clave, su propio argot que utilizaba el léxico clandestino que al principio no fue comprensible a alguien quien no fuera uno de los presos. Sin embargo, con el tiempo muchos de los términos usados por los *zeks*¹⁴ del Gulag soviético traspasaron los límites de la zona y se incorporaron al lenguaje ruso. Por ejemplo, las palabras como *Gulag*, *zek*, *zona*, *blatnoi*¹⁵ y *dokhodyaga*¹⁶ ya forman parte del lexicón común del idioma ruso y son fácilmente reconocidos por todos los parlantes nativos. A lo largo de los capítulos (como en *Los zeks como nación*, por ejemplo), Solzhenitsin gradualmente guía al lector para que ése entienda que el *Archipiélago* ya acorraló cada centímetro cuadrado de la Rusia soviética y ya alcanzó hasta el último rincón del alma de todo ser humano.

Eso es lo que más indigna a Solzhenitsin, o sea, que el argot penitenciario de la *zona* no fue lo único que traspasó el alambre de espino de Gulag sino que con él la realidad social de Rusia se contaminó con la concepción del mundo y la mentalidad del Archipiélago:

La filosofía de los cofrades, después de empezar por someter al Archipiélago, no

¹⁴El término *zek* se aplica, en argot penitenciario, a un “recluso (a partir de la abreviación z/k, zakliuchonnyi)” (Solzhenitsin, 1: 810).

¹⁵El término *blatnoi* se usa para referirse a un criminal profesional o un *cofrade* también conocido como un *vor* o ladrón (Applebaum 658).

¹⁶La palabra *dokhodyaga* refiere a “someone on the verge of death; usually translated as ‘goner’” (Applebaum 656).

tuvo dificultad en lanzarse más lejos y en apoderarse del mercado ideológico nacional, que estaba vacío a falta de una ideología más fuerte. El modo de obrar los campos, la crueldad de las relaciones humanas, la coraza de insensibilidad en el corazón... todo eso conquistó sin esfuerzo el mundo que gravitaba alrededor de los campos y luego se reflejó profundamente en todo el mundo de la libertad. (2: 605)

Tampoco es una coincidencia que a partir de su primer capítulo y a través de toda la obra, Solzhenitsin empieza a usar un léxico muy particular al referirse no solamente a los presos de los campos de concentración soviéticos sino también a todas las personas que vivían en el territorio del país.

Los recursos discursivos de Solzhenitsin ayudan a crear el sentido de que todos en la Unión Soviética fueron presos y no solamente los habitantes del Gulag. De allí es que otra vez se reafirma la idea de todo el país como *Archipiélago Gulag* y sus habitantes como prisioneros atrapados dentro del sistema totalitario. Por ejemplo, la palabra “borregos” indudablemente llama la atención inmediata del lector: “En una palabra, vivimos en unas condiciones tan atroces que un hombre desaparece sin dejar rastro, y sus personas más allegadas, su madre, su esposa..., pasan años sin saber qué ha sido de él...es el caso de los simples borregos, de nosotros” (1: 26-27). Bratosevich ubica ese tipo de vocablos dentro del recurso discursivo del *léxico desvalorativo* que se también caracteriza por el uso exagerado de aumentativos o despectivos (1: 55).

Solzhenitsin desarrolla bastante a fondo esta imagen de un “borrego” inocente pero estúpidamente menso que no sabía lo que le esperaba cuando habla de las ilusiones que tenían las personas al pensar que a ellos no les iba a pasar nada porque no eran

culpables de nada: “El borrego se entenece: o sea, que sus temores eran infundados. Da las gracias y parte exultante a casa para hacer maletas” (1: 29). Esas palabras de Solzhenitsin se llenan de sarcasmo y a la vez de amargura por los seres humanos que son tan débiles y apáticos que no pueden y quizá no quieren luchar y defender su libertad y su propia vida. Como si Solzhenitsin quisiera gritar a los cuatro vientos: ¡Qué equivocados estaban y qué duro tuvieron que pagar esta equivocación suya que para muchos resultó ser fatal!

Según Solzhenitsin, pues, si hay borregos, inevitablemente hay lobos también: “Así tenía que ser: de la oveja mansa vive el lobo” (1: 32). De esta manera muy hábil y con el sabor amargo de la ironía auto-reflexiva, Solzhenitsin ubica y define la relación entre los seres humanos que viven forzados a aguantar el terror estatal encajándola dentro del paradigma animal-dicotómico de los “borregos” y los “lobos”. Solzhenitsin aplica esa imagen de los lobos en varias ocasiones: “Como aconseja la sabiduría popular: quien con lobos anda, a aullar se enseña” (1: 195). De ese modo al encuentro (ya mencionado) de los víctimas y victimarios se incorpora el encuentro de lo humano y lo animal dentro del espacio de la zona. Además, Solzhenitsin resalta la idea de que las líneas entre las víctimas y sus verdugos a menudo fueron borradas porque dentro del sistema opresivo estalinista cualquier ex-victimario podría convertirse en una nueva víctima en cualquier momento: “¿Y cómo surgió esta raza de lobos ente nuestras gentes? ¿Acaso no tiene nuestras mismas raíces? ¿Acaso no es de nuestra sangre?” (1: 195).

La tensión entre lo humano y lo animal se introduce también mediante el empleo de la palabra “insecto” que es otro término que constituye parte del léxico *animalizante* usado por Solzhenitsin:

En el artículo “Cómo organizar la emulación socialista” (7 y 10 de enero de 1918), V.I. Lenin proclamaba como único objetivo general “*limpiar* la tierra rusa de toda clase de insectos nocivos. Y por *insectos* entendía no sólo a todos los enemigos de clase, sino también a “los obreros que muestren pasividad en el trabajo”, como por ejemplo los cajistas de las imprentas del partido en Petrogrado... Ya no podremos averiguar jamás en su totalidad quiénes caían bajo esta amplia definición de *insectos*: la población rusa era demasiado heterogénea, y en su seno se encontraban pequeños grupos aislados algunos sin función e incluso ahora olvidados. Eran insectos, naturalmente, los miembros de los *zemstvos*... Eran insectos los cooperativistas. Todos los propietarios de inmuebles. Se encontraban no pocos insectos entre los profesores de los liceos. Insectos eran todos los que formaban parte de los consejos parroquiales y quienes cantaban en el coro de las iglesias. Eran insectos todos los sacerdotes y, con mayor razón, todos los frailes y monjas... (1: 49-5)

Hay que tener presente que Vladimir Lenin, el célebre padre de la Revolución Rusa (hasta que de este título decidió apropiarse el mismo Stalin), se refería a la gente llamándolos *insectos* y, en muchos casos, a la gente común y corriente (de hecho, ¡a la mayor parte de la población rusa!) y no solamente a la gente que encajaba por excelencia bajo la categoría de los “enemigos de clase”, o sea, los que pertenecían a la clase media y / o alta o a la clase culta, ilustre y educada.

Hay que hacer notar también en este párrafo el hecho de que desde los primeros pasos de la *Revolución de proletariado*, su entonces líder, Lenin, ya había comenzado a trazar el *Gran Bosquejo* y poner en práctica el plan de *aplstar* de manera sistemática a

los *insectos* que no estaban de acuerdo con la política del nuevo gobierno soviético. Stalin solamente se hizo cargo de convertirse en el *Gran Ejecutor* de este *Gran Bosquejo* empezado por Lenin llevándolo a niveles y extremos que su creador original ni siquiera hubiera podido imaginar. En efecto, Solzhenitsin dedica muchísimas páginas de su “investigación literaria” a este proceso de eliminar a los *enemigos-insectos* por parte de la maquinaria estalinista. Es decir, la cinta transportadora de las páginas interminables de Solzhenitsin de algún modo imita y personifica la cinta transportadora del proceso de exterminio sistemático y de aniquilación en serie de millones de personas realizado por la dictadura del régimen soviético. De allí surgen imágenes y metáforas muy llamativas, expresivas y fuertes utilizadas tan ampliamente por Solzhenitsin.

En lo tocante al recurso de la animalización ampliamente usado por Solzhenitsin no debemos desatender su relación con el concepto del *otro* que ya hemos contemplado unas páginas atrás. No es posible abarcar la problemática del proceso de desintegración y deshumanización de las personas por parte del régimen dictatorial soviético como visto en el texto de Solzhenitsin sin hablar de una dimensión algo distinta de esa *otredad* que no existía en las cárceles clandestinas de los tiempos de la dictadura pero que se producía y se mantenía dentro de los campos de los tiempos soviéticos. Con eso nos referimos a la existencia del mundo binario o, mejor dicho, del mundo de los presos dividido en dos mundos distintos en los gulags rusos. O sea, esos dos mundos fueron poblados por los llamados *blatnii*, en argot penitenciario, los criminales profesionales, comunes y corrientes, y por los presos políticos, es decir, los intelectuales cuyo único crimen fue su cualidad de ser personas cultas y educadas lo que automáticamente los ubicaba en la categoría de los ‘particularmente peligrosos’ para el régimen soviético. Todos esos

‘peligrosos’ fueron condenados en la Unión Soviética bajo de las estipulaciones del temido e implacable artículo 58 (por la actividad política o contrarrevolucionaria) según cual todos los acusados recibieron el mínimo de 10 años de trabajos forzados.

A lo largo de varios capítulos, Solzhenitsin nos introduce ese mundo clandestino, subterráneo y *ultrahumano* del Archipiélago con sus propias reglas y leyes donde todos se encuentran sumergidos en la lucha por sobrevivir más feroz que jamás ha sido develada con tanta minuciosidad en la historia humana. Solzhenitsin analiza todos los pormenores de las relaciones que se desarrollan entre los presos criminales y los presos políticos en los gulags soviéticos. El escritor ruso se enfoca en el antagonismo que existía en este mundo ‘al revés’ entre dos fuerzas binarias de los presos criminales y los presos políticos donde los primeros mostraban el desprecio y intentaban humillar y aprovecharse de todas maneras y a toda hora a los segundos a los que llamaron diminutivamente *frayers*.¹⁷

Lo que interesaba a Solzhenitsin es sacar a la luz el hecho de cómo ese conflicto entre los presos criminales y los presos políticos ha sido expresado en el lenguaje que se utilizaba en los gulags. De hecho, la jerga de la *zona*, o sea, el lenguaje especializado

¹⁷La palabra *frayers* “designa germania a todo el que no roba; es decir, al que no es un Chelovek (un Ser Humano, así, con mayúscula)”. En una palabra, los *frayers* son “el resto del género humano”, los que son “ajenos al submundo delictivo y sus leyes” (Solzhenitsin, 1: 741).

clandestino usado por los presos de los gulags mejor que nada mostraba el contraste entre la visión del mundo y la mentalidad de los *blatnii* y los *frayers*. De hecho, el lenguaje utilizado por los *zeks* reflejaba a perfección la esencia opresora y depredadora del sistema que regía la vida (y la muerte) de cada uno de los habitantes del Gulag. Aquí proponemos sólo algunos de los ‘vocablos’ auténticos producidos en las entrañas del Archipiélago por los creativos *blatnii* para poder oprimir y humillar aun a través del lenguaje: los *castores* (los presos ricos, poseedores de “cachivaches”, es decir, ‘materias grasas’ que les fueron robadas por los presos criminales), los *suki* (literalmente, los perros, los presos criminales que colaboraron con autoridades), los *maloletki* (o los cachorros, los presos niños o adolescentes), el *pakhán* (el pachá o el jefe criminal), los *pridurki* o los ‘necios’ (los enchufados, los que no participaron en los trabajos comunes, es decir, los trabajos duros sino trabajaron como cocineros, cortadores de pan, almaceneros, médicos, etc.).

Cabe añadir también que los guardias de los gulags soviéticos casi siempre apoyaban a los criminales comunes y les daban el tratamiento preferencial ante los presos políticos pues no consideraban a los criminales profesionales como a ese *otro* extraño y amenazador y, por lo tanto, creían que los criminales pudieron rehabilitarse y después reintegrarse a la sociedad. Mientras que los presos políticos nunca lo pudieron haber hecho porque no pensaban de la misma manera que ellos y, por ende, fueron los enemigos hasta el final: “No importa, eres un bandido y un asesino, pero al menos tú no has traicionado a la patria. Eres *de los nuestros*. Te enmendarás” (Solzhenitsin, 1: 591). Así que los presos políticos de los gulags fueron víctimas dobles, o sea, tuvieron que enfrentarse al mismo tiempo a dos ‘enemigos’ aliados para humillarlos y atormentarlos.

Por lo tanto, la revelación de este conflicto de mentalidades e identidades contrapuestas en la obra de Solzhenitsin otra vez se llevaba mediante la técnica de animalización:

Cuando te embanastan en el compartimiento del Stalin crees encontrarte compañeros de infortunio, piensas que todos tus enemigos y opresores han quedado al otro lado de las rejas, no esperas encontrarlos también a este lado. Mas de pronto, cuando alzas la cabeza hacia esa escotadura cuadrada troquelada en la litera central, hacia ese único cielo que se abre sobre ti, puedes ver encima de ti tres o cuatro... ¡no, no diremos rostros!, ¡ni tampoco caras de mono, pues hasta los simios tienen una expresión más apacible e inteligente!, ¡semblantes repulsivos también sería quedarse cortos, puesto que no guardan ninguna semeblanza humana! Ves jetas crueles y abyectas que expresan mofa y ruindad. Cada una te observa como la araña al acecho de la mosca. La reja es su telaraña, ¡y tú has caído en ella! Retuerce los morros como si fueran a picarte en un costado. Cuando conversan, sisean, y disfrutan más con este siseo que con el sonido de vocales y consonantes propio del habla. No se asemeja su garla al ruso más que en los sustantivos y las desinencias verbales: es una auténtica jerigonza ... A partir de este instante, nada tuyo es ya tuyo, y tú mismo ya no eres más que un maniquí de gutapercha en el que se han colgado cosas superfluas que están ahí para que te las quiten. Nada puedes explicar con palabras a ese diminuto y perverso hurón, ni a las jetas de allá arriba. (1: 586-588)

De ese modo en el discurso narrativo de Solzhenitsin se agudiza el conflicto con otro tipo de *otredad*, o sea, con el otro enemigo mortal que ya no es un guardia, uno “del otro lado de las rejas” sino otro preso, un enemigo adentro, un enemigo quizá más temerario y

rapaz que el que está afuera. Así se hace presente una nueva dinámica de la relación entre las víctimas y los victimarios que se despliega entre los presos criminales y los presos políticos que fueron victimizados por los criminales comunes dentro del sistema de los gulags soviéticos.

A la par con las imágenes metafóricas de los seres humanos animalizados y convertidos en borregos o insectos dentro del sistema de los campos de *Gulag*, Solzhenitsin recurre a otra imagen metafórica que forma parte de la técnica literaria de *cosificación* para exponer al máximo la esencia de este sistema. Como señala Calveiro: “La cosificación del prisionero, del paquete que “pertenece” a una fuerza o a un secuestrador no es más que otra modalidad de lo mismo”, o sea, del intento de “animalizar” al hombre (101). Esta imagen metafórica de cosificación es la del *Alcantarillado* penitenciario del régimen soviético como mecanismo de “desaparición” para siempre de los “enemigos” del Estado.

Las vidas humanas en este alcantarillado de la represión estatal se convierten en los *potoks* (ríos y corrientes) de millones y millones de los “muertos en vida” arrastrados derecho al infierno. Estas almas en pena, estos condenados a la muerte sufren y perecen en agonía yéndose a la deriva de las cañerías nauseabundas hacia su destino final y ahogándose en su propia “sangre, sudor y orina”:

En las cañerías se producían pulsaciones, ora la presión era superior a la planificada, ora era inferior, pero los canales penitenciarios nunca fluyeron vacíos. Por ellos corrían constantemente la sangre, el sudor y la orina y, con ellos, todos nosotros. La historia de este alcantarillado es la historia de un incesante tragar y fluir, sólo que las crecidas alternaban con los estiajes, y de nuevo venían

las crecidas, los arroyos se juntaban, ora más grandes, ora más pequeños, y de todas partes aflúan arroyos y arroyuelos, chorros de los desagües o simples gotas aisladas. La enumeración cronológica que reproducimos a continuación, en la que se mencionan tanto riadas de millones de presos como arroyos de simples e imperceptibles decenas de personas, dista mucho de estar completa, es pobre, limitada por mis capacidades para penetrar en el pasado. Precisa aún de muchas puntualizaciones por parte de quienes conocieron aquello y continúan en el mundo de los vivos. (Solzhenitsin, 1: 47-48)

Al mismo tiempo que Solzhenitsin describe “las riadas del alcantarillado penitenciario”, también compara las *olas de la represión estatal* y las vidas humanas que ésta se llevó para siempre a los “arroyos y arroyuelos” de algunos ríos muy grandes y conocidos de Rusia como los ríos de Obi (en Siberia), Yeniséi y Volga. El empleo de la metáfora de los ríos le permite a Solzhenitsin proyectar la magnitud y la profundidad de lo ocurrido al mismo tiempo ayudando a concebir y procesar el trauma del pasado sufrido tanto por él al nivel individual como por todos los condenados a perecer en las olas siniestras del alcantarillado penitenciario soviético al nivel colectivo. Se señala que ese tipo de la metáfora de un río como recurso literario se ha usado en algunos de los textos que pertenecen a la narrativa testimonial latinoamericana como, por ejemplo, el río Paraná (Portela 117).

Quizá un método más inmediato y fácil de observar esa “cosificación” de un hombre se revela en otro procedimiento común que se aplicaba rotundamente en las cárceles argentinas y los campos rusos. Ése fue el procedimiento de *numeración*, o sea, la práctica de asignar los números a los presos recién llegados en vez de usar sus nombres

y apellidos: “Los vigilantes tenían orden de llamar a los presos sólo por sus números y de no conocer ni recordar sus apellidos” (Solzhenitsin, 3: 77). De allí quizá es que Timerman puso *Preso sin nombre, celda sin número* como título a su libro.

Es importante precisar que, aunque Timerman no acude tan a menudo a las imágenes simbólicas y las metáforas como lo hace Solzhenitsin, sí usa descripciones fuertes y precisas para transmitir el sentido de fatalidad e impotencia que ahoga a una persona destinada a perecer en las ciénagas funestas del Alcantarillo. Por ejemplo, en las líneas que siguen Timerman describe la pasividad y la resignación ante la tortura como el único recurso de aguantar y sobrevivir el dolor que se le inflige a un ser humano torturado:

Esta pasividad, se me ocurre, ahorra muchas energías, y dejaba todas las fuerzas para soportar la tortura. Pensé que me vegetalizaba, y que desechaba las lógicas emociones y sensaciones – miedo, odio, venganza - , porque cualquier emoción o sentimiento significaba un desgaste de energías inapreciables...Y es mejor dejarse llevar mansamente hacia el dolor y por el dolor, que luchar denodadamente como si uno fuera un ser humano normal: la actitud vegetal puede salvar una vida. (49)

Las palabras como “vegetalizaba” y “la actitud vegetal” usadas por Timerman al referirse a su propio estado de preso a quien ya nada le importa y nada le duele recuerdan las imágenes animalizadas y cosificadas de los seres humanos de Solzhenitsin convertidos en *borregos y arroyos* se destruyen (pues, muchos no sobrevivirán) en el último encuentro que los lleva al destino final. Por otra parte, se puede ver la diferencia de tono entre Timerman con su actitud más resignada y Solzhenitsin con sus digresiones sarcásticas.

En lo referente a las técnicas de Solzhenitsin, esta comparación del proceso de aniquilación de millones de personas durante la dictadura de Stalin a las fuerzas de la naturaleza crea un sentido siniestro de fatalidad e imposibilidad de escaparse de la mano todopoderosa de la máquina de represión, así como no se puede escapar de los cataclismos y de la furia de los elementos naturales. Solzhenitsin describe varias olas o ‘riadas’ represivas que llevaron a millones de vidas a través de los años y que fueron ejecutadas por el ejército soviético y la policía estatal bajo las órdenes del Gran Ejecutor (palabras de Solzhenitsin), Yosef Stalin:

Antes se produjo la riada de los años 1929-1930, todo un buen río Obi, que arrastró a la tundra y a la taiga a unos quince millones de campesinos (si no fueron más). Los campesinos son, sin embargo, un pueblo mudo y sin escritura y no nos legaron quejas ni memorias... En cambio, la riada de 1937 arrolló y arrastró al Archipiélago a gente de una posición, a gente con un pasado en el partido, a gente culta, que dejaban atrás en las ciudades a muchas personas afectadas, de las cuales no pocas eran gentes de letras. Ahora todos escriben a la vez, todos hablan y recuerdan: ¡El treinta y siete! ¡Todo un Volga de sufrimiento popular! (1: 46-47)

Un hecho sobresaliente aquí también es que las palabras hábiles de Solzhenitsin unen, a través del discurso metafórico, dos mundos muy diferentes, el de los hombres (el mundo anormal y disfuncional) y el de los elementos (el mundo *natural* que funciona según las leyes y la lógica de la naturaleza).

Es preciso tener en cuenta que muchas de las páginas de Solzhenitsin donde se narra la tragedia de toda la nación que tuvo que padecer los horrores del *Terror Rojo* del

régimen bolchevique se llenan con un lúgubre pesimismo mezclado con un amargo lirismo. No cabe duda que el texto de Solzhenitsin como historiador y además testigo se extiende para hablar en detalle sobre los hechos y los eventos que de verdad han marcado el tejido histórico y socio-político del país que él tanto ha querido y, por lo mismo, tanto ha criticado. Al mismo tiempo, la narrativa de Solzhenitsin como maestro de palabra y escritor abunda en distracciones líricas llenas de imágenes simbólicas, en metáforas y símiles llenas de doble sentido y en aforismos populares llenos de ironía y sarcasmo.

Uno de esos aforismos utilizados por Solzhenitsin enfatiza la dicotomía que ya hemos mencionado que existe entre la idea de la fatalidad y finalidad del destino de los condenados a la muerte y la idea de omnipresencia y omnipotencia de las manos que están a cargo de ejecutar las órdenes y llevar a cabo las condenas. Esta dicotomía se hace presente en el texto de Solzhenitsin cuando él emplea otra metáfora como un recurso literario del *juego de palabras* que tiende a usar muy a menudo para otorgar el doble sentido a lo que intenta expresar al lector. El juego de palabras y el doble sentido resultan de la coincidencia léxica entre la palabra “órganos” como partes del cuerpo humano (así como de los animales) y “órganos” como el nombre oficial de la policía estatal (y en muchos casos, del mismo Ejército) en la Unión Soviética.

Muy astutamente Solzhenitsin señala, “sabido es que todo órgano que no se ejercita acaba atrofiándose”, lo que quiere decir que los *Órganos* de la Seguridad del Estado tenían tanto trabajo con tratar de *identificar* y *procesar* a los innumerables “enemigos del pueblo” que no podían darse lujo de “atrofiarse” por ningún motivo. Las siguientes líneas transmiten a la vez el choque y el temor del narrador ante lo mecánico, lo sistemático y lo continuo que llega a ser este proceso deliberado, despiadado y

continuo de borrar a las personas y eliminar las generaciones enteras: “Así pues, si sabemos también que los Órganos (esta abyecta palabra se la pusieron ellos mismos), exaltados y elevados por encima de todo lo viviente, no han perdido por atrofia ninguno de sus tentáculos, sino que, al contrario, han desarrollado otros y han fortalecido su musculatura, resulta fácil imaginar que ello se debe al ejercicio continuo” (Solzhenitsin, 1: 47). Así se crea la imagen de una bestia infernal, de un monstruo de la naturaleza todo poderoso y casi sobrenatural (¿quizá, un pulpo, otro personaje acuático que habita y, en realidad, rige las aguas funestas del *Alcantarillado*?) que no deja de devorar el cuerpo y el alma de todo lo bueno y todo lo humano que todavía les queda a sus indigentes víctimas.

Por fin, el mismo sentido asfixiante de impotencia ante la fuerza mecánica y todopoderosa de la maquinaria estatal se crea en el texto de Solzhenitsin mediante la acumulación de los acrónimos que representan los nombres de las numerosas agencias policiales que existían en diferentes épocas de la Unión Soviética y a menudo esas agencias dentro de un poco tiempo cambiaron del nombre. Esos cambios repentinos agregaban al ambiente de la clandestinidad y omnipotencia de esas instituciones. Como ya se ha apuntado, a esas agencias de seguridad del Estado se les llamaba los *órganos* y en muchos casos sus funciones y responsabilidades fueron tan complejas y confusas que la gente se sentía completamente perdida ante la imposibilidad de saber de quién fue responsable y de qué. Algunos de esos acrónimos son: Cheká (Comisión extraordinaria de lucha contra la contrarrevolución y el sabotaje), GPU (Dirección Política Estatal – 1922-1923), OGPU (Dirección Política Estatal Unificada – 1923-1934), NKVD (Comisariado del Pueblo Interior – 1934-1943), NKGB (Comisariado del Pueblo de

Seguridad Estatal – 1943-1946), MGB (Ministerio de Seguridad Estatal – 1946-1953), el MVD (Ministerio del Interior – 1953), KGB (Comité de Seguridad Estatal – 1953-1991).

Resumiendo conclusiones, vale añadir que en cuanto a las imágenes de los “cadáveres” o cuerpos humanos, el cuadro de la *zona* no sería completo sin incluir a la imagen del cuerpo humano quebrantado y destrozado en el proceso de “ablandar” los espíritus y destrozando las identidades. Por eso cabe señalar la importancia de la imagen del cuerpo en Timerman y Solzhenitsin, o sea el cuerpo “descuartizado” y “desaparecido”: “Los cadáveres eran descuartizados e incinerados” (Timerman 67).

De hecho, a lo largo de sus obras el cuerpo se hace parte de ese espacio de dolor y sufrimiento resultante de lucha de poderes y voluntades entre víctimas y victimarios, entre el Individuo y el Estado. Esa lucha de poderes y voluntades se devela mediante las imágenes mórbidas y macabras que se despliegan a través de las descripciones y las escenas del exterminio masivo en los textos analizados.

Por otro lado, la idea de mutilar los cuerpos dejándolos sin rostro o huellas digitales sirve el propósito de hacerlos irreconocibles y luego desaparecerlos con más facilidad sin que las familias nunca pudieran encontrar a sus seres queridos. Sin embargo, el mismo acto de borrar el rostro puede verse como un intento de borrar todo el vínculo que un desaparecido tuvo con su familia, es decir, se convierte en la cuestión de borrar la identidad. Podría argüirse entonces que el cuerpo molido y quebrantado por la maquinaria del terror estatal de algún modo se ha convertido no solamente en un símbolo de desaparición de personas sino también en un vestigio trágico de la pérdida de la humanidad e identidad.

De esta manera, Timerman y Solzhenitsin al narrar la epopeya del cuerpo castigado, torturado y destruido logran el efecto paradójico de deshumanizar y humanizar al mismo tiempo a los seres humanos reafirmando lo retorcido y lo inhumano de lo que está sucediendo. ¿Al preguntar si se puede sanar el cuerpo, cuál será la respuesta? Sí, quizá con el tiempo el cuerpo tiene la capacidad de sanarse y rehabilitarse aunque las cicatrices en la piel se quedan por siempre. La pregunta aún más importante también se queda: ¿Acaso puede sanarse el trauma de una persona que fue torturada, humillada y destrozada? O sea, ¿se puede algún día cicatrizar la memoria? La respuesta todavía se queda por encontrarse en los países como Argentina y Rusia que aún se encuentran secuestrados en la *zona* de su propia incapacidad de buscar un nuevo camino que sea un camino sin violencia, perseguidos por los fantasmas del pasado, agobiados por los problemas del presente y aterrorizados por las inseguridades del futuro. En fin, lo que nos dicen Timerman y Solzhenitsin a lo largo de sus testimonios es que, si es posible desaparecer el cuerpo, no se puede desaparecer la memoria de todos aquellos que sobrevivieron y siguen buscando las respuestas a las preguntas que nunca van a ‘desaparecer’. Como dice Timerman, “hemos recorrido todo el camino” pero el (re)encuentro con nuestra identidad (y nuestra humanidad) todavía está por venir (14).

De todo lo dicho, el discurso narrativo contestatario empleado por Timerman y Solzhenitsin representan un recordatorio horripilante de los tiempos tenebrosos en la historia de Argentina y Rusia cuando millares (y millones) de personas estuvieron sumergidos en el mundo lleno de los “muertos en vida”. Ése fue el mundo que seguía produciendo con permanencia mecánica e irreductible a las víctimas y los victimarios que se encontraban atrapados dentro de la máquina de terror estatal. Quizá lo más

trágico y, al mismo tiempo, paradójico de todo eso es que nada y nadie logró escaparse del molinero de esa máquina donde las víctimas y los victimarios terminaron por destruirse. Así es como, según Solzhenitsin, llegó a establecerse, expandirse y multiplicarse el mítico *Archipiélago* que con el tiempo traspasó sus límites y se convirtió en todo el real *Gulag* donde todos nosotros quizá todavía nos quedamos presos.

CONCLUSIÓN: A MODO DE CIERRE QUE QUEDA ABIERTO...

PASADO, PRESENTE Y FUTURO: ECO DE DISCURSOS QUE SE REPITEN

Pensar es un hecho revolucionario...

Marie Orensanz
(*Monumento a las víctimas del terrorismo de estado*, Parque de la memoria, Buenos Aires, Argentina)

Make no mistake: Every regime that tortures does so in the name of salvation, some superior goal, some promise of paradise. Call it communism, call it the free market, call it the free world, call it the national interest, call it fascism, call it the leader, call it civilization, call it the service of God, call it the need for information, call it what you will, the cost of paradise, the promise of some sort of paradise, Ivan Karamazov continues to whisper to us, will always be hell for at least one person somewhere, sometime.

Ariel Dorfman
(Thomas Hilde, *On Torture* 149)

Como ya hemos señalado, Solzhenitsin culpa de todo lo que pasó en los tiempos de la dictadura no sólo a los verdugos que dieron las órdenes o que las ejecutaron sino también a todos los que lo presenciaban y lo callaban, a los que lo miraban y se negaban a verlo. A lo largo de los capítulos de Timerman y de Solzhenitsin junto al tema del Silencio se examina el tema de complicidad y la responsabilidad personal de un individuo-cómplice convirtiéndose en el concepto de la *complicidad colectiva*, o sea, se hace vigente la idea de que todos de algún modo fueron responsables de lo ocurrido en una sociedad que se hizo cómplice de terror institucionalizado. En las palabras de Pilar

Calveiro: “En la sociedad, como en los campos, no existieron héroes ni “inocentes”. Todos fueron alcanzados de alguna manera por el poder desaparecedor” (158).

Resumiendo conclusiones y retornando a la problemática de responsabilidad-complicidad y del rol de un intelectual dentro de las estructuras de poder, viene al caso recordar que Timerman se responsabiliza por lo que pasó como un ser humano, un periodista y un representante de los medios de comunicación, o sea, como un intelectual aceptando que muchos intelectuales como él jugaron un papel importante en difundir el silencio y, por ende, el miedo. El escritor argentino señala que mucha gente en los tiempos de dictadura optó por guardar su silencio e ignorar lo que estaba pasando a su alrededor por la simple razón de auto-preservación: “Ese Silencio comienza en los medios de comunicación. Algunos dirigentes políticos, algunas instituciones, algunos sacerdotes intentan denunciar lo que ocurre, pero no logran establecer el contacto con la población... Ese Silencio comienza por tener un gran olfato. La gente olfatea a los suicidas, y les escapa... No meterse en política, y quedar vivo” (Timerman 68). Sin embargo, según Timerman, la responsabilidad de los intelectuales fue mucho más grande porque presumidamente tuvieron el *poder de la palabra* y no lo usaron por miedo o cualquier otra razón. También porque fueron figuras públicas y, especialmente, los que tenían acceso a los medios de comunicación, la prensa, tenían el deber moral y profesional de decir la verdad: “Y como encajar todo esto, esos sueños de libertad de prensa, de democracia y convivencia, de tolerancia y libertad, cómo encuadrar todo en las respuestas al presidente del Consejo de Guerra especial número 2, ese coronel Clodoveo Battesti que después de cumplida su alta misión jurídica y militar, fue premiado con la dirección de un canal de televisión estatal...” (Timerman 149).

Como ya dijimos, Solzhenitsin también asume la responsabilidad de callarse cuando debía hablar aunque tuviera sus propias razones para hacerlo. Según Solzhenitsin, su razón más concluyente para no hablar antes fue que después podría “gritar” la verdad a “doscientos millones” y al mundo entero a través de su escritura (1: 39). Sin embargo, hay otro importante planteamiento que hace Solzhenitsin sobre el rol de los intelectuales que recibieron 10 años o más como presos ‘políticos’ según el famoso artículo 58 del sistema penal soviético. Solzhenitsin usa el recurso de la *polifonía* discursiva y el cronotopo del *encuentro* entre la gente de todo nivel social e intelectual para señalar que por primera vez en la historia de Rusia llegaron a compartir el mismo destino del sufrimiento y muerte *los de abajo* y los de la *intelligentsia*:

A millones de intelectuales rusos los arrojaron al Archipiélago, y no para hacer turismo sino para sufrir mutilaciones, para morir, y sin esperanza de regreso. Por primera vez en la historia, una cantidad tan grande de personas cultivadas, maduras, culturalmente ricas, se encontraron sin inventiva, metidas para siempre en la piel del esclavo, del siervo, del leñador y del minero. De mismo modo, por primera vez en la historia mundial (en tan gran escala) ¡se fusionaron las experiencias de las capas alta y baja de la sociedad! Se fundió un de los tabiques más importantes de antes, en apariencia transparente per impenetrable, que impedía a los superiores comprender a los inferiores: la piedad... Esos remordimientos desaparecieron al fin, pero sólo en los zeks intelectuales de Archipiélago: ¡Compartían plenamente el aciago destino del pueblo! Sólo siendo siervo él mismo podía en ese momento el ruso culto (si además se elevaba por

encima de su propia pena) pintar al siervo campesino desde adentro. Pero entonces no disponía de lápiz ni de papel, ni de unos dedos blandos. (2: 526-527)

De ese modo, según Solzhenitsin, ha sido forjado este lazo, ese vínculo del entendimiento que nunca existía antes entre los letrados y el pueblo, el hecho que se hizo posible, irónicamente (o trágicamente), cuando los intelectuales fueron despojados de su pluma del escritor sustituida por la pala del *zek*.

Sin embargo, quizá lo más importante que ha emergido de las obras de Timerman y Solzhenitsin es que ellos elevan a un ser humano por sobre todas las cosas trazando un vínculo unificador entre todos (los víctimas y victimarios) cuyos destinos fueron molidos por las ruedas de máquina de terror. Al exponer lo inhumano que fue el sistema de terror estatal, Solzhenitsin y Timerman al mismo tiempo oponen su discurso *humanizante* al discurso *deshumanizante* del estado represivo mostrando que no obstante todos los tormentos y atrocidades que sufrieron las víctimas, muchos intentaron y lograron preservar su humanidad. La humanidad logró preservarse cuando un preso le ofreció unas palabras de apoyo y consuelo a otro preso recién torturado, cuando una mujer intentó aliviar el dolor cantando y consolando a una chica desconocida cuyo cuerpo fue deformado por la tortura y cuando los hijos trataron de “averiguar qué pasaba con los padres ... y las hijas ... averiguar qué pasa con una madre, para acercarle una naranja, para que le permitan ir a la letrina” (Timerman 170). Quizá como parte más impactante de su discurso contestatario, Solzhenitsin y Timerman cuentan muchas historias cuando los seres humanos se protegían y se apoyaban mutuamente para poder resistir el denigrante y deshumanizante efecto de su encierro. Como señala Feitlowitz: “In spite of

terror, torture, and depravity, prisoners did manage to resist the dehumanizing project of their captors” (79).

La escritura ha sido otro vínculo con todo lo humano para alguien como Timerman y Solzhenitsin quienes, aunque sin poder escribir tras las rejas y el alambre de espino, sobrevivieron para después poder contar su historia y la historia de todo el país. Este es el papel, la labor y el honor más grande que Solzhenitsin consideraba para él como hombre, como víctima, como pensador, como escritor, en fin, como intelectual, o sea, poder escribir libremente y hacer escuchar no sólo su voz y su historia sino hacer escuchar la polifonía de las voces de millones y millones de otros seres humanos como él.

Así se plantea la cuestión de la importancia de escritura en la vida de un hombre y, especialmente, de un hombre letrado, de un intelectual que dedica su vida a decir ‘lo indecible’ y ‘expresar lo inexpresable’. Aunque, como bien expresó Timerman, no existieran los “puntos de referencia” y los “símbolos reveladores” para expresarse sobre algunas cosas de la vida humana, lo cierto e indudable es que sí existe un medio que nos otorga a los seres humanos un lugar especial entre otros habitantes del mundo. Dicho de otra manera, para los hombres-intelectuales como Timerman y Solzhenitsin la mejor manera de tratar de percibir, explorar y entender la realidad es con ayuda del lenguaje, o sea, a través de hablar y /o escribir.

Puesto que la sociedad sobrevivió y también sobrevivieron tanto muchas de las víctimas como los victimarios, la vida tiene que seguir y el funcionamiento de nuestra sociedad tiene que continuar. El hecho es que en la sociedad que sobrevivió el genocidio nada, nadie y nunca más podrá ser igual, todos llevarán de una manera u otra las secuelas del terror vivido. Como plantea Solzhenitsin: “Voy a decirles un secreto: no todos

moriremos, pero todos seremos transformados” (2: 641). ¿Entonces qué es lo que queda por hacer a los sobrevivientes con las cicatrices en la memoria y los fantasmas del pasado que todavía siguen persiguiendo el espacio colectivo de nuestra sociedad?

Por supuesto, no hay respuestas fáciles para ese tipo de preguntas aunque muchos estudios en la literatura testimonial latinoamericana han sido dedicados a tratar de encontrar una manera de reconciliación con el pasado dentro de las sociedades que han sufrido el terrorismo de estado bajo una dictadura. En realidad, el testimonio mismo se percibe por muchos como una de las maneras de entender lo ocurrido, hacer la memoria y procesar el trauma (Portela 36). Al analizar *Preso sin nombre, celda sin número* y *Archipiélago Gulag*, sale a la luz el hecho de que eso es lo que precisamente son los testimonios de Timerman y Solzhenitsin: un intento de hacer memoria y procesar un trauma personal a través del prisma de un trauma colectivo de todo el país. Con ayuda de su escritura, Timerman y Solzhenitsin lograron encontrar su propia manera y su medio de “transmitir el dolor” (Timerman 46) y decir ‘lo indecible y lo inefable’.

Lo interesante (o quizá lo lógico) del asunto es que ambos escritores a menudo señalan el acto de pensar y escribir como lo único que los sostenía a flote en los momentos más difíciles mientras estaban encarcelados. Timerman cuenta sobre esto: “Entonces cuando esos importantes episodios en mi vida concluían, comenzaba el trabajo mental. Decidí escribir un libro sobre los ojos de mi esposa. Se titulaba “Los ojos de Risha en la celda sin número”. Curiosamente, no pensaba en mi mujer como tal, porque hubiera resultado muy doloroso; más bien, me organizaba como un poeta que está en su mesa de trabajo y realiza un inspirado trabajo profesional...debía comenzar a escribir mentalmente”” (Timerman 50). Se ve entonces que Timerman acudió a su escritura como

una de las tácticas de sobrevivencia a las que, como ya apuntamos, solían acudir los presos para abstraerse de la realidad que los rodeaba. O sea, se puede señalar que el discurso de Timerman a menudo es *el discurso de resignación*: “Ya que no puedo transmitir la magnitud del dolor, quizás pueda dar algunos consejos a los futuros torturados. El ser humano continuará siendo torturado, continúa siendo torturado, en diferentes países ... Descubrí que instintivamente había desorillado una actitud de pasividad absoluta” (49).

Lo paradójico es que Timerman también indica que él pensaba para “no pensar”. Pensaba para que “la mente estuviera ocupada con infinitas y diferentes tareas” y para no “imaginar lo que podría estar ocurriendo con mis mujer y mis hijos” (Timerman 49). Eso fue, según Timerman, lo que ni los guardias ni los torturadores podían controlar, su pasividad que le “ahorraba muchas energías” y su pensamiento y actitud ‘abstraída’ que lo alejaba y protegía de la realidad (49).

Algo similar aparece en las páginas de Solzhenitsin quien dedicó el capítulo entero *Poesía bajo una losa, verdad bajo la piedra* al acto de pensar y *escribir mentalmente*: “Y si necesitaba depurar las brumas de mi cabeza era porque llevaba dos años escribiendo un poema. Éste era para mí muy gratificante, me ayudaba a no advertir lo que estaban haciendo con mi cuerpo...para buscar cualquier rincón apartado y escribir. En aquellos momentos era libre y feliz” (3: 129-130). De donde se sigue que tanto para Solzhenitsin como para Timerman el acto de pensar (y escribir) contiene en sí una cualidad de poder librarse de todo lo exterior. En rigor, el pensamiento le otorga a un ser humano el poder de estar libre aún estando restringido y encadenado físicamente.

Por lo pronto, Solzhenitsin en la parte de *Archipiélago Gulag* titulada *El alma y el alambre de espio* incorpora una reflexión filosófico-existencial (aunque frecuentemente le da un toque de sarcasmo) sobre mecanismos mentales y espirituales de resistencia que llevaban a un ser humano a sobrevivir y, hasta cierto punto, a superar las atrocidades del encierro (2: 641). En varias ocasiones Solzhenitsin resalta la importancia del acto de pensar (y escribir) para un hombre como medio para *humanizarse* y recuperar el sentido de su propio ser aun en las condiciones más denigrantes e inhumanas: “Era bueno meditar en prisión... ¿No era la mente libre una de las ventajas de la vida en el Archipiélago... Y otra libertad más: no te podían privar de la familia, ni de los bienes, pues ya estabas privado de ellos. Lo que no tienes, ni Dios te lo arrebatará. Es la libertad fundamental...” (2: 653-654). Allí está la paradoja: hay que estar preso para poder llegar a estar libre. ¿Acaso está allí la respuesta (o por lo menos una de ellas): pensar para resistir, escribir sobre el trauma para poder superarlo?

Sin embargo, no se debe simplificar demasiado la cuestión del trauma por decir que al simplemente escribir sobre algo, uno podría ser capaz de superar su trauma. No es tan simple el asunto puesto que la literatura no debe percibirse necesariamente como un vehículo directo de transmitir el dolor de la manera literal sino debe considerarse como un modo de expresar ese dolor a través de la representación e interpretación simbólica de las experiencias traumáticas (Portela 40). Como apunta Portela, “the origin of trauma does not present itself as literal or material truth...but as psychological or “historical truth” whose meaning has to be interpreted, reconstructed, and deciphered” (40). Cabría precisar que los textos de Solzhenitsin y Timerman no se pueden considerar como la narración del trauma en el sentido directo de la palabra. O sea, ellos no representan sólo

las memorias traumáticas de los escritores como testigos-víctimas sino más bien se basan en las *memorias narrativas* (Portela 41). Esas memorias narrativas fueron procesadas y reconstruidas de la manera en la que los escritores lograron desasociarse de sus propias experiencias traumáticas para poder asumir una distancia crítica y el punto de vista más objetivo de los eventos. O sea, sus textos se pueden ver como un proceso de “working through” en su relación al trauma cuando una persona que intenta procesar sus experiencias traumáticas “can recall the traumatic events through narrative”: “This happens”[w]hen the past becomes accessible to recall in memory, and when language functions to provide some measure of conscious control, critical distance, and perspective”” (Portela 41).

En particular, Timerman acude tanto a las *alternancias* de ‘persona’ como a las *alternancias* del tiempo verbal para demostrar la diferencia entre sus *memorias narrativas* y sus memorias traumáticas personales y para ‘distanciarse’ de lo ocurrido (Bratosevich, 2: 18). Por ejemplo, él usa el ‘yo’ y el ‘tú’ en el presente al narrar las escenas de tortura o de su estadía en la celda (a menudo se trata aquí de un *flashback*) (Bratosevich, 2: 31) y cambia de persona y de tiempo verbal a la tercera persona en el pretérito al insertar sus reflexiones sobre la situación socio-política y cultural del país o al contemplar las cuestiones filosóficas y existenciales como la vida, la muerte, la violencia, el destino, etc. En el caso de Solzhenitsin, esa objetividad crítica se logra, como ya hemos dicho, en la cualidad polifónica de su estructura discursiva que se caracteriza por la alteridad de los pronombres y los tiempos verbales, de voces y perspectivas y la multiplicidad de discursos: el discurso auto-reflexivo y el discurso dialógico, el discurso elevado de ‘alta literatura’ (Bratosevich, 1: 72) lleno de arcaísmos y el discurso popular

lleno de vocablos coloquiales, el discurso jurídico mezclado con el argot penitenciario y decires del folclore ruso.

Por otro lado, la alteridad de personas y tiempos verbales en Timerman y la polifonía de voces, perspectivas y discursos en Solzhenitsin pueden interpretarse como la polifonía de las voces de *resistencia*, o sea, son las voces que no se conforman a sólo transmitir el dolor sino pretenden denunciar los abusos y reclamar la justicia.

Consecuencia de lo dicho, para Solzhenitsin y Timerman, el proceso de superar el trauma y empezar el duelo al nivel personal y nacional se vincula entonces a la necesidad de desenmascarar a los torturadores y victimarios gritando los nombres de los responsables, denunciando las atrocidades que ellos cometieron y reclamándoles por todos sus crímenes. No es una casualidad que Timerman cierra su testimonio con las palabras: “Y la única esperanza: que el crimen no quede impune” (180).

Con eso volvamos de nuevo a la cuestión de escritura como resistencia que ya hemos considerado anteriormente cuando hablamos del testimonio como narrativa de *resistencia* que sirvió como base para la *literatura de resistencia* del siglo XX. Precisamente es *el discurso de resistencia* o *el discurso contestatario* el que domina la mayor parte de los textos escritos por Timerman y Solzhenitsin aunque a veces éste se entrelaza con *el discurso de resignación*. O quizá es la mezcla entre esos dos discursos que puede considerarse como uno de los ejes comunes que unen los textos y los estilos de dos escritores. En primer lugar, su *discurso contestatario* consiste en la determinación de decir la verdad, reconstruir la memoria y recuperar su propia voz con el propósito de empezar el proceso de reconciliación con su pasado. En segundo lugar, ese discurso se maneja como una herramienta de resistencia a todos los mecanismos de opresión los que

hemos indagado en este trabajo: “The reconstruction of these memories is an attempt at recuperating their voices with dignity, to convert the horrors and degradation of the disappearance into a dignified account of resistance” (Portela 50). En tercer lugar, el discurso testimonial de Timerman y Solzhenitsin se convierte en una vía catalizadora de empezar su camino de superar el trauma e iniciar el duelo. En pocas palabras, su “acts of bearing witness and establishing...truth are necessary in order...to start the work of mourning and, equally important, to fight impunity” (Portela 57).

Cabe añadir que hubo algunos cambios tanto en Argentina desde que Timerman escribió su *Preso sin nombre* como en Rusia desde que Solzhenitsin escribió su *Archipiélago Gulag*. Sin embargo, aunque los cambios sociales que han empezado a surgir en la sociedad argentina contemporánea tienen muchos rasgos y desafíos en común con los procesos que están transformando el cuerpo social de Rusia, es importante señalar que muchos de esos procesos se distinguen rotundamente de lo que está sucediendo en la Rusia actual. Por ejemplo, Argentina ha avanzado mucho más que Rusia en su proceso de la *transición* a una sociedad más democrática en cuanto a sus intentos de rehabilitar el sistema legal y restaurar la sociedad basada en los principios de legalidad, justicia y derechos humanos. A ese proceso de los cambios sociales históricos en Argentina se refiere, por ejemplo, en la dedicatoria a la edición (8ª edición del año 2006) del 30 aniversario del golpe de estado de *Nunca más*, un informe sobre los casos de la desaparición de personas durante la dictadura militar argentina:

Nuestro país está viviendo un momento histórico en el ámbito de los derechos humanos, treinta años después del golpe de Estado que instauró la más sangrienta dictadura militar de nuestra historia ... Las exigencias de verdad, justicia y

memoria están hoy instaladas como demandas centrales de vastos sectores sociales. Como lo afirmaban las Madres de Plaza de Mayo ya bajo la dictadura militar, cuando planteaban los dilemas de la verdadera reconciliación nacional, “el silencio no será una respuesta ni el tiempo cerrará las heridas. (7)

Es interesante observar que con los cambios sociales en la Argentina de hoy, se hacen presentes también los cambios en el *discurso oficial* del Estado que auto-proclama como una fuerza y un agente social en la lucha de la “verdadera reconciliación nacional” que “busca unir a la sociedad tras las banderas de la justicia, de la verdad y la memoria en defensa de los derechos humanos, la democracia y el orden republicano” (*Nunca más* 7-8).

Por lo tanto, los cambios en Argentina consisten en el movimiento social que ha crecido en las últimas décadas en Argentina cada día levantando más alta su voz colectiva y reclamando la justicia. Como si por fin se escucharan las palabras de Tierman de “que el crimen no quede impune”. Ese proceso de superar el olvido y traer la justicia a las familias de los ‘desaparecidos’ (y a toda la sociedad) ha culminado en los famosos *juicios* llevados contra algunos (¡no todos!) de los perpetuadores y los criminales de los tiempos de la dictadura argentina (Verbitsky 33). Como apunta Bruno Napoli: “Argentina transita un momento político inédito: casi 600 represores del último régimen militar con colaboración civil, se encuentra detenidos (acusados de secuestros, torturas, asesinatos y desapariciones forzadas de ciudadanos...)” (65). Aunque hoy día en Argentina existe mucha controversia alrededor de esos juicios y alrededor del proceso de *la recuperación de la memoria y la reconciliación* con el pasado en general, por lo menos ya están en el camino. Desafortunadamente, no se puede decir lo mismo sobre la Rusia de hoy que

todavía resiste a todo tipo de cambio, por lo menos en cuanto a la recuperación de la memoria (Batalla 26). La Rusia de hoy “no desea hacer conciencia de su drama”, si usamos las palabras de Timerman aplicándolas al caso de Rusia en vez de Argentina (51). En pocas palabras, cuando se trata de sanar las heridas del pasado, el pueblo ruso todavía no está dispuesto a admitir que necesita recuperar la memoria porque ha sufrido un trauma colectivo (Batalla 27).

De hecho, en Rusia muchos de los victimarios y los criminales que torturaron, abusaron y ‘desaparecieron’ a la gente durante la época del régimen estalinista nunca fueron juzgados por sus crímenes (aunque muchos, como ya lo sabemos del testimonio de Solzhenitsin, padecieron la misma suerte que sus víctimas arrastrados por las ruedas de máquina estatal). En realidad, en Rusia no hubo y quizá nunca habrá juicios de ningún tipo sobre los que perpetuaron el terrorismo de estado durante muchas décadas de la historia del régimen soviético. Así que, en el caso de Rusia, los crímenes siguen y quizá seguirán siendo impunes. Cabría apuntar también que la Rusia contemporánea podría servir como un “poster child” para develar los procesos que caracterizan, según Angenot, las sociedades contemporáneas en general: “Tenemos la impresión de que la sociedad occidental de comienzos del siglo XXI ... funciona con dinámicas de amnesia / desmemorización bastante nuevas y acentuadas” (Angenot 213).

Algunos críticos señalan la importancia de investigar cambios sociales que suceden en las sociedades contemporáneas al terminar el siglo XX, el siglo de dictaduras y regímenes totalitarios y al entrar al siglo XXI cuando las sociedades se encuentran en el medio de los procesos relacionados con los fenómenos y conceptos como la memoria, el olvido, la verdad y la justicia. Esas sociedades, según Angenot, “parecen estar

caracterizadas, a su vez, por prácticas omnipresentes, nuevas y adaptadas al gusto en boga, de amnesia colectiva, de borra miento de ciertas huellas de censuras y supresiones más o menos consensuadas de cierto pasado inoportuno...” (212). Consecuencia de lo dicho, en el futuro será interesante indagar las razones y los motivos por los cuales las sociedades como Rusia (y Argentina en menor grado) “producen olvido o se adaptan a él, por los cuales funcionan a partir de la amnesia o del rechazo...a partir de la desaparición y la obliteración del pasado” (Angenot 213). Esa ‘desaparición’ y ‘obliteración’ del pasado se basa en los fenómenos de rechazo y olvido colectivo practicados a través de “las amnistías (jurídicas e históricas, que renuncian a “enjuiciar” crímenes prescritos y relegan a víctimas y verdugos a la noche de un pasado en el que todo da lo mismo)” (Angenot 214). Al “sellar el olvido”, se produce la llamada *hipermnesia* que marca la realidad social de las sociedades contemporáneas históricamente amnésicas (Angenot 214).

Al realizar el presente trabajo, nos quedamos sin tocar muchos temas importantes. Por eso, como objeto para futuras investigaciones será interesante explorar la problemática de multiplicidad de voces o la polifonía de *discursos de resistencia* que surgen dentro del campo literario como una respuesta a los discursos del olvido y la amnesia colectiva. De la manera que no hemos podido considerar, al analizar los textos de Timerman y Solzhenitsin, varios temas y discursos fundamentales: el tema judío (Timerman ha examinado a fondo ese tema en *Preso sin nombre*) y el discurso del *Holocausto*, el tema de las mujeres en los campos y el *discurso femenino*, el tema de los niños y las familias afectadas, el tema del sistema penal y el *discurso jurídico* y muchos otros.

Cabría mencionar en cuanto a la voz de la resistencia y, en particular, a la voz femenina que, aunque la Rusia contemporánea y la Argentina (hasta cierto punto) podrían estar afectadas por el fenómeno de *hipermnesia*, ese hecho no quiere decir que las voces de resistencia no se escuchan. Esas voces se escuchan en la lucha y las marchas de resistencia de las Madres de Plaza de Mayo en Argentina que empezaron sus marchas a partir de 1977 en el intento de recuperar a sus hijos desaparecidos, denunciar los abusos de los derechos humanos y llamar por la justicia (Vázquez 169). Esas voces se escuchan en la letra rebelde y denunciante de las chicas del grupo punk rock ruso *Pussy Cats* que recientemente estaban condenadas a varios años de prisión por cantar unos versos políticos contra Putin. Sin embargo, a la diferencia del movimiento de las Madres de Argentina que a través de los años se hizo un movimiento civil, político y educador de mucha influencia y difusión en la sociedad argentina (tienen su propio periódico y hasta su propia universidad), las voces de resistencia en Rusia todavía siguen aisladas, fracturadas y silenciadas a cada paso por la censura y represión del régimen actual.

Total, huelga decir que al cerrar el siglo XX y empezar el siglo XXI la realidad social contemporánea produce y despliega nuevos *discursos oficiales* y nuevos *discursos contestatarios* de resistencia para comunicar temas actuales, legitimar ideologías dominantes y describir procesos que suceden en la sociedad.. Como lo dice Angenot, el discurso es “el medio obligado de la comunicación y de la racionalidad histórica, así como también es, para algunos, un instrumento de prestigio social, del mismo nivel que la fortuna y el poder. En él, se formulan y difunden todos los “temas impuestos” ... de una época dada” (Angenot 61). Por lo tanto, la tarea para futuros investigadores será analizar esos discursos ‘nuevos ‘del siglo XXI comparándolos con los discursos ‘viejos’

para poder ‘explicar’ los acontecimientos y procesos que afectan la realidad actual. Hasta ahora, muchas de las observaciones realizadas en este estudio se han apoyado en las perspectivas y tendencias en el campo del análisis literario y discursivo-textual. Las contemplaciones y las propuestas planteadas aquí han tomado como punto de partida las ideas de Nicolás Bratosevich quien ha explorado la posibilidad y la necesidad de reevaluar y renovar los criterios del análisis literario y aplicar la “opción polifacética” en el análisis del discurso literario y los textos.

Es decir, el discurso literario debe considerarse dentro de su relación con “variadas corrientes lingüísticas actuales, con la semiótica, la filología, las ciencias sociales, la literatura como lectura, la escritura como multivocidad o como mediación ideológica, el texto como entidad de instancias heterogéneas o como génesis múltiple” (Bratosevich, 2: 186). De esta manera se hace posible decir que el discurso literario y su análisis no se puede separar del *discurso social* en el sentido más amplio y se debe llevar a cabo a través de la combinación de distintos métodos que pertenecen no solamente al campo literario sino también socio-lingüístico, histórico, etc. (Bratosevich, 2: 14). Bratosevich señala que una de las facetas de tal análisis literario puede enfocarse en la relación ‘texto-sociedad’ y al mismo tiempo concentrarse en los “fecundos descubrimientos del grupo soviético de Bajtín, con respecto a la actividad discursiva como dialogismo, Intertextualidad o Polifonía, a partir de una ‘translingüística’ que ha roto con la idea de texto-isla o de enunciado no compartido...Y entonces la escritura se concibe como un ejercicio de lectura (de otros textos, de otros discursos); y aun la práctica crítica...” (Bratosevich, 2: 14). Por lo tanto, una de nuestras propuestas para la

posible futura investigación se basa en intentar forjar un vínculo y reconciliar dos tipos de análisis: el análisis literario y el análisis lingüístico (más precisamente, socio-lingüístico).

Vale añadir que uno de los discursos nuevos dentro del campo de la *socio-lingüística* que ha generado mucha atención en las últimas dos o tres décadas ha sido el *discurso de la globalización*¹⁸ o el *globalismo*. El discurso de la globalización se analiza por algunos investigadores dentro del paradigma del *análisis crítico del discurso*¹⁹ o *CDA* (*Critical Discourse Analysis*) que enfoca el papel y la capacidad de discurso para promover cambios sociales y transformar las estructuras y relaciones de poder. El *CDA* también investiga unos discursos nuevos que existen en la sociedad contemporánea como el *discurso de la crisis* y el *discurso de la transición* que recientemente han dominado el discurso oficial de estado en los países *en transición* a democracia como Argentina y Rusia. Sin embargo, muchos investigadores que practican el *CDA* han señalado que el análisis de lo que realmente ha transcurrido durante la llamada época de la ‘transición’ muestra que la transición a la democracia en su modelo occidental hasta

¹⁸El *discurso de globalización* (o globalismo) ha sido investigado por Norman Fairclough y algunos otros investigadores dentro del paradigma del llamado *CDC* (*Critical Discourse Analysis*). Las premisas fundamentales del discurso de la globalización que se ha convertido por ahora en el *discurso dominante* de los que están en poder señalan que el proceso de la globalización hoy día es inevitable e irreversible y que este proceso promueve la liberalización, democratización e integración global que beneficiarán a todos los países al nivel global y no solamente a los países desarrollados como los EE.UU. Sin embargo, los beneficios (como ya bien sabemos) a veces necesitan los sacrificios y el sacrificio inevitable, desde el punto de vista del discurso de la globalización, es que se requiere *la guerra contra el terror* para asegurarse que la globalización tenga éxito (Fairclough, *Critical Discourse Analysis* 459).

¹⁹El *análisis crítico del discurso* o *CDA* (*Critical Discourse Analysis*). El *CDA* ha sido investigado por Fairclough y algunos otros lingüistas con el enfoque en la interacción entre las entidades como el poder, el discurso y su capacidad de transformar las relaciones de poder y contribuir a los cambios sociales. El interés particular para el *CDA* presenta el discurso de la globalización y su función dentro de la matriz de la sociedad actual.

hoy ha fracasado en los países como Rusia (Fairclough, *Language and Globalization* 67).

Efectivamente, al principio de este trabajo se han mencionado las palabras de Ezat Mossallanejed diciendo que “we are living in an age of horror” y, aunque esa idea parece ser perturbadora y desconcertante, todo indica que describe con precisión la realidad actual en que vivimos (11). Como ya hemos señalado, los tiempos de dictaduras y regímenes totalitarios no pueden considerarse una cosa del pasado que ha dejado de existir con el final del siglo XX (Portela 24). Hay que tener en cuenta el hecho de que los nuevos estados, gobiernos y sistemas dictatoriales del siglo XXI aprendieron a disfrazarse bajo las declaraciones de los cambios y del progreso hacia la sociedad más tolerante y justa para todos. Es decir, esos gobiernos y regímenes transmiten sus ‘proclamaciones’ a través de una gama de los discursos (nuevos y viejos) culturales, socio-políticos, socio-lingüísticos, ideológicos e incluso literarios que sirven como un tipo de *medios discursivos* o *prácticas discursivas* que se construyen y reconstruyen para acomodar y reflejar las nuevas tendencias al nivel global dentro del ámbito social, político y cultural de la actualidad. No se puede ‘descifrar’ esos nuevos discursos del siglo XXI sin entender algunos procesos socio-políticos, económicos y culturales que están afectando el mundo contemporáneo al nivel global.

Por cierto, al analizar los procesos y los cambios sociales que transforman nuestra realidad actual puede argüirse que los aparatos, los *órganos* policiales que hemos señalado anteriormente y los métodos represivos que fueron utilizados por el régimen soviético todavía siguen en pie en la Rusia actual y no dejan de desatar su furia y su poder opresivo y violento al servicio de los ‘de arriba’ sobre cualquiera de los ‘de abajo’ que se atreve a expresar cualquier tipo de oposición o resistencia. El terror estatal

tampoco es la cosa del pasado para la Rusia contemporánea. Sólo basta considerar el caso de la guerra y la política del *terror estatal* en Chechenia que el gobierno de Putin ha decidido implementar como respuesta al *terror no estatal* de algunos grupos más radicales de los combatientes chechenos que forman parte de la oposición a las políticas de Moscú (Batalla 89-93). Lo interesante es que el vocablo y las declaraciones que se utilizan en el *discurso oficial* de Kremlin sobre la “lucha contra el terrorismo internacional” y la “operación antiterrorista” como la única manera de asegurar la seguridad nacional y proteger el bienestar de todos aunque sea al precio de que en el proceso “se cobra víctimas” y que mueren algunos “inocentes” en el nombre del futuro bienestar de la *mayoría* suenan como eco de los planteamientos y las declaraciones empleadas de la misma manera y con el mismo propósito por la Junta Militar en Argentina y por el gobierno actual de los Estados Unidos. Por ende, se ve posible apuntar que el nuevo concepto de la “war on terror” se puede percibir como una nueva manifestación del terrorismo de estado, sólo esta vez al nivel global.

En suma, puede decirse (aunque con el peligro de simplificarlo demasiado) que de nuevo nos encontramos atrapados dentro de dilemas imposibles y luchas interminables de poder y sobre el poder. De nuevo nos caemos víctimas de los *juegos políticos* de dominación y manipulación de nuestras mentes, nuestros cuerpos y nuestras vidas que usan los *juegos discursivos* basados en los opuestos, las falacias y las dicotomías para disfrazar sus verdaderos objetivos y propósitos. Estas falacias y dicotomías de nuestra contemporaneidad son muchas: el *occidente* y el *oriente*, la *civilización* y la *barbarie*, el ‘yo’ y el ‘otro’, la democracia y la dictadura, el individual y el gobierno, lo individual y lo colectivo, el arte por el arte o el arte por una causa, etc. Lo que no debemos olvidar que

la vida, la realidad y la condición humana no encajan tan fácilmente dentro de las prescripciones rígidas y límites arbitrarios de estas dicotomías. En la condición humana, usando palabras de Bratosevich, irreductiblemente se intercalan y se entrelazan las “génesis múltiples”, la “multivocidad”, la “mediación” y la “heterogeneidad”.

El más grande oxímoron de nuestra realidad actual se manifiesta en el proceso de moldear a los individuos en los ‘buenos ciudadanos’, los ‘súbditos’ sin capacidad de pensar o cuestionar a través del adoctrinamiento estatal y prácticas discursivas erróneas basadas en cuentos de falsa grandeza y promesas del futuro bienestar para todos. Este futuro bienestar, este ‘paraíso en la tierra’, según nos dicen los ‘dueños’ del poder, no va a tardar en llegar pero sólo para todos los que lo merecen y los que están dispuestos a asumir el precio y hacer algunos sacrificios necesarios. La paradoja de la sociedad contemporánea, polarizada y paralizada con mentiras y engaños, consiste en y futuro triunfo de los procesos democráticos convirtiéndolos en *presos de libertad*, es decir, en los ‘presos’ de las ideas y las promesas de libertad para todos que, por alguna inimaginable y absurda razón, podría lograrse a través de restringir la libertad de algunos otros e imponerles nuestra propia voluntad y visión del mundo.

Por lo tanto, nuestra otra propuesta para el futuro es investigar más a fondo, haciendo un análisis crítico-comparativo al nivel histórico-filosófico, económico y socio-político, todos los procesos que forman parte de dos sistemas-rivales (y de todos los discursos que utilizan estos sistemas) que ya por dos siglos han dominado el ámbito social de la sociedad humana y que, al parecer, se encuentran en dos campos radicalmente opuestos. Tal investigación podría revelar que quizá en realidad estos dos sistemas tienen mucho más en común que uno puede imaginar porque resultan muy

similares en la manera de utilizar los métodos (y métodos bien parecidos) para lograr sus propósitos (aunque estos propósitos sean un tanto diferentes en algunos pequeños detalles si no en su esencia). Estos dos sistemas son la *democracia* y el *totalitarismo*. Según lo señalan algunos investigadores, la “polaridad entre democracia y autoritarismo se había convertido en la doxa de nuestra actualidad” (Avelar 51). La democracia en la forma en la que existe en el occidente puede percibirse como un resultado y a la vez un disfraz retórico-discursivo e ideológico del imperialismo (el capitalismo), la dictadura de los sectores dominantes de la sociedad, de la *elite*. Mientras que el *totalitarismo* puede interpretarse como un resultado y la manifestación máxima del socialismo que usa los lemas de la justicia popular para imponer la dictadura de los sectores ‘dominados’, de las *masas*, de esta manera convirtiéndolos en los sectores dominantes, nuevos ‘dueños’ que, por su parte, después de apropiarse del poder, oprimen a todos aquellos que anteriormente tuvieron este poder. La pregunta es la siguiente: ¿significa el cambio (la inversión) de los ‘actores’ y los ‘papeles’ el cambio de la esencia de todo el fenómeno o la esencia básicamente queda intacta?

La respuesta no se ve nada fácil y todavía está por darse. Lo único que sale a la luz es que hoy día en dos países en la *transición* a democracia, Rusia y Argentina, y en un país que proclama ser una democracia hecha y derecha, los Estados Unidos, otra vez las promesas se quedan sólo eso, las promesas, mientras la corrupción, las prácticas ilegales económicas y políticas, la violencia estatal contra todo tipo de oposición y los problemas económicos más grandes que nunca, siguen rigiendo y contaminando la realidad social. Quizá no es la cuestión del fracaso del proceso de la transición a democracia en Argentina o Rusia por lo que debemos preocuparnos sino necesitamos considerar la

posibilidad de que la sociedad del siglo XXI ha evolucionado y ha llegado al punto cuando ya no encaja dentro de los paradigmas ideológicos y retóricos del pasado basados en dicotomías como *capitalismo-socialismo* o *democracia – totalitarismo*. Quizá los discursos de los extremos y las polarizaciones, los antagonismos y los opuestos que identifican y atacan a ese ‘otro’, un preso perpetuo del ‘estado de excepción’, declarándolo como único responsable de todos los problemas a los que hoy día se enfrenta la humanidad ya no sirven para acomodar y reflejar todas las tendencias y todos los cambios que, a cada paso y con la fuerza y velocidad imprescindibles, transforman el tejido social de la sociedad contemporánea.

Quizá tampoco se trata del fracaso del capitalismo o socialismo como sistemas económicos y socio-políticos (porque los dos funcionaron, es otra cuestión si funcionaron de la manera eficaz o no, en algún u otro tiempo histórico, en algún u otro espacio social), sino de su incompatibilidad con las nuevas dinámicas sociales y los procesos transformadores que afectan a la sociedad. Puede ser que nos encontremos en un momento cuando tenemos que reflexionar sobre el pasado y reevaluar de la manera imparcial todos los lados positivos y negativos de ambos sistemas para poder entenderlos mejor, formar nuestra propia opinión en cuanto a la acción futura y poder utilizar lo bueno y lo positivo y rechazar lo malo y lo negativo. En pocas palabras, nos falta lo que se puede llamar la *polifonía* (apropiándose del término de Bajtín) social que ofrecerá opciones y propuestas *alternativas* y, hasta cierto punto, híbridas que combinarán las experiencias del pasado y los rasgos más positivos de dos sistemas sin caerse en una falacia de que el triunfo de sólo uno de los dos puede asegurar el bienestar y la salvación de todos los seres humanos.

Entonces, ¿dónde puede pararse dentro todo lo dicho un intelectual contemporáneo? Total, cada quien es libre para escoger su rol pero, según Timerman y Solzhenitsin y sus obras, un intelectual y un escritor siempre puede asumir el papel más activo y usar su voz y su discurso para promover cambios sociales, es decir, no tiene que ser necesariamente un “técnico” especializado y enfocado solamente en su propio campo (como ha sido la tendencia en los últimos años) sino una combinación entre un intelectual universal y un intelectual especializado. El intelectual de Solzhenitsin y Timerman ya no es un simple observador distante de los hechos que está manteniéndose afuera de lo ocurrido, es decir, en la posición de estar “desplazado” de cualquier poder, ya tiene el poder de su pensamiento y de su crítica, que en sí representa un tipo de poder aunque éste no sea un poder estrictamente en el sentido político. Por otra parte, el papel del intelectual en cuanto a la cuestión de la *producción* de discurso es participar en la multiplicidad de las voces, en el diálogo polifónico entre todos y recordar a todos nosotros sobre nuestra propia humanidad. En fin, los intelectuales como Timerman y Solzhenitsin responden con su discurso *humanizante* como tarea literaria e intelectual al discurso *deshumanizante* del poder y su tarea de ‘subyugar’ la mente de un individuo. En eso, se nos hace pensar que Timerman y Solzhenitsin sobrepasaron su objetivo de ‘romper el silencio’, ‘contar la verdad’ y ‘conmemorar la vida’ (no muerte) de millones de sus conciudadanos. Los dos lograron escribir las obras monumentales, testimonios que conmemoran la condición humana en su eterna e irrenunciable búsqueda de tratar de escoger su propio destino. ¿Y qué tal el poder? El poder, en palabras de Solzhenitsin, es un veneno para el cual los seres humanos todavía no han encontrado un antídoto (1: 182).

BIBLIOGRAFÍA

- Angenot, Marc. *El discurso social: los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2010. Impreso.
- Applebaum, Anne. *Gulag: A History*. New York: Anchor Books, 2004. Impreso.
- Avelar, Idelber. *The Untimely Present*. London: Duke University Press, 1999. Impreso.
- Bakhtin, Michael M. *The Dialogic Imagination: Four Essays by M. M. Bakhtin*. Ed. Michael Holquist. Trans. Caryl Emerson and Michael Holquist. Austin, TX: University of Texas Press, 2011. Impreso.
- . *Speech Genres & Other Late Essays*. Ed. Caryl Emerson and Michael Holquist. Trans. Vern W. McGee. Austin, Texas: University of Texas Press, 2010. Impreso.
- Batalla, Xavier. "Autócratas, oligarcas y petróleo". En *Vanguardia, Dossier: Rusia: Democracia y autocracia* 9 (2004), 24-30. Web. 6 Sept. 2011.
- Beckjord, Sarah H. "'Con sal y ají y tomates': las redes textuales de Bernal Díaz en el caso de Cholula." *Revista Iberoamericana* 1 (1995): 147-60. Web. 11 Aug. 2011.
- Bloor, Meriel, and Thomas Bloor. *The Practice of Critical Discourse Analysis: An introduction*. London: Hodder Arnold, 2007. Impreso.
- Bratosevich, Nicolás. *Métodos de análisis literario aplicados a textos hispánicos*. 2 vols. Buenos Aires: Hachette, 1985. Impreso.
- Brescia, Pablo. "Intelectualidad y fin de siglo en Beatriz Sarlo." *Memorias. Segundo congreso internacional: Literatura sin fronteras*. México: UAM. 73-84. Impreso.

- Brodsky, Joseph. "The geography of evil." *Literary Review* 1 (1999): 4-8. Impreso.
- Burg, D., and G. Feifler. *Solzhenitsyn*. New York: Stein and Day, 1972. Impreso.
- Calveiro, Pilar. *Poder y desaparición: los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Ediciones Coluhue, 2001. Impreso.
- Campos, Javier. "La muerte y la doncella; Ariel Dorfman". *Rincondelvago*. Web. 14 Feb. 2010.
- Dorfman, Ariel. *La muerte y la doncella*. Nueva York: Siete Cuentos Editorial, 1992. Impreso.
- Duhalde, Eduardo Luis. *El estado terrorista argentino*. Buenos Aires: Ediciones El Caballito, 1983. Impreso.
- Echavarren, Roberto. *Foucault: una introducción*. Buenos Aires: Quadrata, 2011. Impreso.
- Edwards, T. L. *Argentina: a global studies handbook*. Santa Barbara, California: ABC-CLIO, INC., 2008. Impreso.
- Ericson, Edward E. *Solzhenitsyn: The Moral Vision*. Grand Rapids, Michigan: William B. Eerdmans Publishing Company, 1980. Impreso.
- Fairclough, Norman. *Analysing Discourse: Textual Analysis for Social Research*. New York: Routledge, 2010. Impreso.
- . *Critical Discourse Analysis: The Critical Study of Language*. Harlow, U.K.: Pearson Education Limited, 2010. Impreso.
- . *Language and Globalization*. New York: Routledge, 2006. Impreso.
- Feitlowitz, Marguerite. *A Lexicon of Terror: Argentina and the Legacies of Torture*. New York: Oxford University Press, 2011. Impreso.

- Feuer, Kathryn. *Solzhenitsyn: A Collection of Critical Essays*. New Jersey: Prentice Hall Inc., 1976. Impreso.
- Foucault, Michel. *Discipline & Punish: The Birth of the Prison*. Trans. Alan Sheridan. New York: Vintage Books, 1995. Impreso.
- . “Los intelectuales y el poder: conversación entre Michel Foucault y Gilles Deleuze.” *Entrevista de Michel Foucault por Gilles Deleuze. Microfísica del Poder. M. Foucault*. Ed. La Epiqueta. Madrid. 77-86. Web. 7 Sept. 2011.
- . *Power*. Ed. James Faubion. Trans. Robert Hurley et al. New York: The New Press, 2000. Impreso.
- . *Power / Knowledge: Selected Interviews and Other Writings 1972 – 1977*. Ed. Colin Gordon. Trans. Colin Gordon, et al. New York: Pantheon Books, 1980. Impreso.
- Freile, Pedro. “El castigo y el poder: espacio y lenguaje de la cárcel”. *Geo Crítica*. 1985. Universidad de Barcelona. Web. 23 Sept. 2011.
- González Campañá, Núria. “Intelectuales y poder en Iberoamérica: Mario Vargas Llosa, el poder como tentación.” *Fundación para el análisis y los estudios sociales*. Oct. / Dec. 2010. 145-62. Web. 8 Sept. 2011.
- Hilde, Thomas C. *On Torture*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 2008. Impreso.
- Kodjak, Andrej. *Aleksander Solzhenitsyn*. New York: Twayne Publishers, 1978. Impreso.
- Lázara, Simón. “La Doctrina de la Seguridad Nacional.” En *Memoria y Dictadura: Un espacio para la reflexión desde los Derechos Humanos*. 3ra ed. Ed. María Soledad Astudillo et al. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Asamblea Permanente por los Derechos Humanos, 2011. 115-17. Impreso.

- Lewis, D. K. *The History of Argentina*. Westport, CT.: Greenwood Press, 2001. Impreso.
- Lynch, John. *Caudillos in Spanish America, 1800-1850*. Oxford: Oxford University Press, 1992. Impreso.
- Marín, Juan Carlos. “Luchar.” *Archivo Chile. Centro de Estudios Miguel Enriquez*. Web. 2 Sept. 2011.
- Moody, Christopher. *Solzhenitsyn*. Edinburgh: Harper & Row Publishers, Inc., 1973. Impreso.
- Morales, Leonidas. “La verdad del testimonio y la verdad del loco.” *Revista Chilena de Literatura* 72 (Abril 2008): 193-205. Impreso.
- Moraña, Mabel. “Documentalismo y ficción: Testimonio y narrativa testimonial hispanoamericana en el siglo XX.” En *Políticas de la escritura en América Latina. De la colonia a la Modernidad*. Caracas: Ediciones eXcultura, 1997. 113-50. Impreso.
- Morrock, R. *The Psychology of Genocide and Violent Oppression: A Study of Mass Cruelty from Nazi Germany to Rwanda*. Jefferson, North Carolina: McFarland & Company, Inc., 2010. Impreso.
- Mossallanejed, Esat. *Torture in the Age of Fear*. Hamilton, Canada: Seraphim Editions, 2005. Impreso.
- Napoli, Bruno. “Memoria, verdad y justicia: nociones de una justicia institucional”. En *Juicios por crímenes de lesa humanidad en Argentina*. Ed. Gabriele Andreozzi. Buenos Aires: Atuel, 2011. 65-79. Impreso.
- Nunca más: informe de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas*. 2006. 8ª ed. 2ª reimp. Buenos Aires: Eudeba, 2011. Impreso.

- Pigna, Felipe. "Entrevista a Juan Gelman". *El historiador*. 2011. El historiador.
Web. 23 Sept. 2011.
- Pimentel, L. A. "Teoría narrativa." En *Aproximaciones: lecturas del texto*. Ed. Esther Cohen. México: UNAM, 1995. 257-87. Impreso.
- Pontuso, James F. *Assault on Ideology: Aleksandr Solzhenitsyn's Political Thought*. Lanham, MD: Lexington Books, 2004. Impreso.
- Portela, M. Edurne. *Displaced Memories: The Poetics of Trauma in Argentine Women's Writing*. Lewisburg: Bucknell University Press, 2009. Impreso.
- Rama, Angel. *La ciudad letrada*. Montevideo, Uruguay: Arca, 1998. Impreso.
- Reati, Fernando. "Trauma, Duelo y Derrota en Las Novelas de Ex Presos de la Guerra Sucia Argentina." *Chasqui* 33 (1) (May 2004): 106-127. Web. 10 Oct. 2011.
- Rivera Echenique, S. *Militarismo en la Argentina: Golpe de Estado de junio de 1966*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1976. Impreso.
- Robben, Antonius. "How Traumatized Societies Remember: The Aftermath of Argentina's Dirty War." *Cultural Critique* 59 (Winter, 2005), 120-64. Impreso.
- Rock, David. *Argentina 1516 – 1987: From Spanish Colonization to Alfonsín*. Berkeley: University of California Press, 1987. Impreso.
- Rzhevsky, Leonid. *Solzhenitsyn: Creator & Heroic Deed*. Alabama: The University of Alabama Press, 1978. Impreso.
- San Martino de Dromi, Laura. *Ensayos de historia social, política y militar argentina*. Buenos Aires: Academia argentina de la historia, 2000. Impreso.
- Sarmiento, D. F. *Facundo: Civilización y Barbarie*. Colección Hispánica. Buenos Aires: Doubleday & Company, Inc: 1961. Impreso.

- Shevtsova, Lilia. “La Rusia de Putin: entre la democracia y el autoritarismo”. En *Vanguardia, Dossier: Rusia: Democracia y autocracia* 9 (2004), 24-30. Web. 21 Sept. 2011.
- Solzhenitsyn, Alexandr. *Archipiélago Gulag I: ensayo de investigación literaria (1918 – 1956)*. 3 vols. Barcelona: Tusquets Editores, 2008. Impreso.
- Strejilevich, Nora. “Testimony: Beyond the Language of Truth.” *Human Rights Quarterly* 28 (2006), 701-13. Impreso.
- Timerman, Jacobo. *Preso sin nombre, celda sin número*. Madison, Wisconsin: The University of Wisconsin Press, 2000. Impreso.
- Vasconcelos, José. *Origen y objeto del continente. Latinos y sajones. Probable misión de ambas razas. La quinta raza o raza cósmica*. México: Ediciones de la Secretaría de Educación Pública, 1942. Impreso.
- Vázquez, Inés. “Palabra de resistencia”. En *Luchar siempre: las marchas de la resistencia: 1981-2006*. Ed. Inés Vázquez y Demetrio Iramain. Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo, 2009. 169-85. Impreso.
- Verbitsky, Horacio. “Entre olvido y memoria”. En *Juicios por crímenes de lesa humanidad en Argentina*. Ed. Gabriele Andreozzi. Buenos Aires: Atuel, 2011. 33-42. Impreso.
- Vezzetti, Hugo. *Pasado y presente: guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2009. Impreso.
- Virgillo, Carmelo, Teresa Valdivieso, y Edward Friedman. *Aproximaciones al estudio de la literatura hispánica*. 5 ed. New York: Mc-Graw-Hill Higher Education, 2004. Impreso.

Walsh, W. B. *Russia and the Soviet Union: A Modern History*. Michigan: The University of Michigan Press, 1968. Impreso.

Weiss, G., and R. Wodak. *Critical Discourse Analysis Theory and Interdisciplinarity*. New York: Palgrave Macmillan, 2003. Impreso.